

EDINSON
MARTÍNEZ

LAS HORAS PERDIDAS





EDITORES

Las horas perdidas

Edinson Martínez

Edinson Martínez
Sultana del Lago Editores

Maracaibo, 2021.
PRIMERA EDICIÓN

HECHO EL DEPÓSITO DE LEY

ISBN: 9798719464381
Depósito Legal: ZU2021000049

Diseño de la portada:
Chemel Noguera

Diagramación y maquetación:
Sultana del Lago Editores

www.sultanadellago.com
+584246723597

Salvo lo dispuesto en los artículos 43 y 44 de la Ley sobre el Derecho de Autor, queda prohibida la reproducción o comunicación, total o parcial de este libro, siendo que cualquier individuo u organización que incurriere en la conducta impropia señalada, podrá ser perseguido penalmente conforme a lo establecido por los artículos del 119 al 124 eiusdem, constitutivos éstos del Título VII de la aludida ley y sin perjuicio de las responsabilidades civiles a las que pudiera haber lugar.

Un gato bajo el sol

El techo estaba tan caliente que ni siquiera la brisa de la hora moderaba su temperatura, era como una plancha ardiente sobre la que sólo era posible caminar llevando calzados para no ampollarse las plantas de los pies. Sin embargo, el gato se desplazaba con tanta calma que sus mullidas patas no parecían sentir molestia alguna. Tampoco el sol, arremetiendo inclemente, como un disco dorado sembrado en el firmamento atizando la tarde incipiente, lograba apremiar el deambular parsimonioso del animal sobre la superficie ferrosa. En mayo, la temporada de lluvias se anuncia con unos calorones que, de vez en cuando, un vientecillo viajando desde el occidente, apenas es capaz de amainarlos por algunas horas; agita las copas de los árboles, y desarregla el follaje, ventilando débilmente, aquellas plantas secas a punto de fallecer por seis meses de verano polvoriento. Cuando las nubes van recargándose con aquel ritmo lento en que aparentan detenerse, la sensación térmica sobre la ciudad se encumbra de tal modo que el gesto invisible del viento sobre todo cuanto se encuentra a su paso, pareciera el aliento irritado de una bestia imaginaria soplando con tesón. Desde anoche, después de la primera de las lluvias de la temporada, hasta los linderos de la madrugada, una llovizna entrecortándose a veces, y arreciándose en otros instantes, se mantuvo persistente aliviando durante su presencia el agobio calorífico de los días previos. Hoy, sobre el ciclo que ya ha comenzado, *Mateo*, en puntillas, como un bailarín estilizado, deambula imperturbable con la cola en alto. Es un gato grande, intimidante, de un negro intenso

que, si alguno de los sujetos encaramados también en el techo lo viera paseándose a sus espaldas mientras ellos hacen su trabajo, saltaría sorprendido por aquella inusual presencia rondándoles sigilosa. Enseguida las creencias y supersticiones que sobre los felinos se han extendido, lo condenarían irremediablemente como indicio de mal augurio. El par de hombres que, atareados sobre la cubierta del estacionamiento del condominio, instalan unos paneles solares para generar electricidad, no se han dado cuenta del paso del micifuz en su taimado andar en dirección a uno de los extremos del área. El animal, se bajará rápidamente de la plataforma, al escuchar los juegos alborozados de varios niños que llevan ahí algunas horas de recreo entretenido, promovidos por sus padres desde los pisos donde viven para que sus diversiones no agreguen el tumulto de sus juegos, al ya pesado incordio del interior de sus hogares. Una vez que iniciara el apagón eléctrico, han ido conminándolos rutinariamente hacia la sombra del techado de los vehículos en procura de mejor clima. Hace rato que se distraen como en una vacación imprevista mientras se protegen del sol; pero, sobre todo, del calor fatigoso atrapado en las paredes del lugar donde habitan. El resto de sus familias, entre tanto, resisten, luego de cinco días continuos sin electricidad, la opresión insoportable del trascurrir caluroso de las horas que van abriéndose a la tarde.

Un hombre con el pecho descubierto, se asoma a través de una de las ventanas abiertas de uno de los apartamentos en los niveles intermedios del edificio. En la claridad vespertina, la panza le brilla abultada como la de una embarazada en los meses finales de su gestación. Desde ahí lanza al viento la bocanada final del humo del cigarrillo

que ha consumido hasta los límites precisos del filtro. Se aprecia con un semblante relajado similar al disfrute que sienten las personas haciendo la extracción pausada de la viciosa inhalación, en especial, la última de las esencias del adictivo deleite. Al empinar su rostro, angosta sus labios, y de su boca sale con fuerza, la porción de aire nebuloso que viene de sus pulmones. Después, despacha desidioso la colilla al vacío, con aquel gesto frecuente de los fumadores de tomarla entre los dedos y aventarla con el índice hacia cualquier parte. Frente a él, en ángulo de unos sesenta grados, sembrado entre un cielo limpio de extravagantes nubes blancas que se encumbran impasibles, como si toda el agua que pudieran retener ya se hubiese expulsado la noche anterior, se estaciona el sol ardiente del invierno que ahora arropa la región. La humedad pegajosa que ha dejado la víspera en el ambiente, hace que le corran por su frente varias gotas de sudor que van rodándole presurosas sobre la cara, se las aparta hastiado con una de sus manos, musitando el malestar que todos llevan en medio de la incertidumbre. La mujer que se aproxima acercándose a su costado derecho, llega recogiendo el cabello sobre sus hombros, formándose un gran moño encima de la cabeza para suspendérselo en aplacamiento del asfixiante letargo tropical. Ambos, sin mirarse, ajustan sus vistas hacia el estacionamiento en el que juegan los niños hace bastante rato, vigilando con curiosa expectativa, el ritmo apaciguado del gato que sin disimulo les esquivo sus mimos, abstraídos lo ven descendiendo del techo en dirección a la pandilla de infantes. La mascota se les ha escapado durante el lapso en que la puerta estuvo abierta ventilando el interior sofocante del inmueble donde viven. Nunca lo había intentado, aunque sus intenciones estuvieran en su ánimo silvestre,

al acecho de la menor oportunidad para escabullirse. La pareja de jubilados lleva años desviviéndose en domesticar el instinto agreste de *Mateo* sin poder conseguirlo, como, en efecto, sí lo han logrado con *Rocco*, el otro de los felinos que acompaña los días aburridos del par de ancianos y, que, ahora, permanece tendido en el piso de la sala con sus patas abiertas en abúlica pose. No es de extrañar que esto ocurra, hasta en los humanos suceden casos similares, los hay a quienes su indómito carácter nada o poco los doblega, en tanto, a otros, la mansedumbre indiferente les gobierna en aplacado devenir el fin de sus días. Los jubilados escogieron su nombre por su aspecto rayado como un tigre, presumiéndole un temperamento que no tiene. Mientras que el talante enigmático y seductor, determinó el de *Mateo*; un gato desprendido, escasamente apegado a las comodidades que le prodigan desde una estancia placentera dos retirados sin mayores ocupaciones. No siempre todo semblante corresponde a quien lo exhibe.

El olor a combustible quemado que sale de los generadores eléctricos, se disipa lerdo con la brisa tórrida que invade a ratos desde el noroeste la intimidad trastocada de los residentes del condominio. Hace ya días que comenzaron a surgir intempestivos equipos suplidores de electricidad por toda esta parte de la ciudad. El penetrante vaho a gasoil que despiden, obliga a la joven en el comedor donde aguarda irritada, a soplarse con movimientos cortos en agitada exasperación la zona de la nariz en estéril esfuerzo por desprendérselo de la cara. No consiguiendo el modo de espantárselo, suelta resignada el cuaderno de la hija que se le ha ido deshojando cuando frenética intenta una y otra vez hacer correr el tufo. Al re-

componerlo, llevando cada hoja a su lugar, examina cuidadosa las tareas de la hija; la fecha de la última de ellas, se ubica a más de una semana del día en que ahora se encuentran. Viven en uno de los pisos bajos de la edificación, sólo ella y la niña. El padre desde hace seis meses abandonó el país luego de quedar sin trabajo, emigrando inicialmente hacía Colombia, pasando luego a Ecuador y, finalmente, radicándose en Perú, en Chiclayo, donde hace oficios de todo tipo para mantenerse y enviar parte de lo que gana a su familia. La niña lleva días sin dormir, apenas se aviene al sueño después de prolongadas vigili-
as en las que va dando brincos, sobresaltándose por el silencio forzado de las noches, y la penumbra lúgubre que se mete por las ventanas abiertas en procura de una fresca huida. Abrazada a su madre, se rinde con el pensamiento puesto en el padre hasta que algún sonido fortuito, de esos que brotan en las tinieblas sin saber desde dónde se remontan, la trae de vuelta a las sombras de la habitación. Pocas cosas la animan, una de ellas: saberse en compañía de *Mateo*; el arisco minino al que ha intentado varias veces apurruñar infructuosamente. Sueña con encontrársele en las inmediaciones de la planta baja, en las escaleras, o en el estacionamiento, para acurrucarse apartada con él, lejos del manoseo entrometido de los otros niños. No pasaría mucho el tiempo en que sus deseos se hicieran realidad.

Sobre la línea media del edificio, una pareja con tres hijos traviesos, dos hembras y un varón en edad escolar, se desperezan bien temprano en las mañanas para correr de la casa a las áreas comunes. Es el hábito de madrugar para ir al colegio el que los mantiene activos, incluso, ahora, mientras las clases llevan suspendidas varios días.

Ocupan el apartamento del nivel inmediatamente inferior al que habita el viudo vendedor de seguros, de donde se les escucha la agitación que hacen una vez que se levantan y corren escaleras abajo hacia el lugar de juegos que han escogido. En su descenso precipitado, en medio de risas y parloteos revestidos de la solemnidad infantil, llaman a la puerta de su vecina para integrarla al jolgorio improvisado que se prolonga desde la mañana hasta en la tarde; lapso apenas interrumpido por las intervenciones repentinas de algunos de los padres, y el horario habitual del almuerzo que los recoge en grupo hasta sus hogares. Apoyado sobre la ventana, respirando un poco del airecillo que sopla, el jubilado se ha detenido por unos instantes a ver el jugueteo del tropel de niños bajo el cobertizo. Los ve brincar, correr, y gritarse, reclamándose por alguna falta cometida en el ajetreo que, desde donde se halla, no puede determinar con exactitud. Sonríe mientras señala a su mujer el sitio donde se encuentran los chicos, apuntando su dedo índice en dirección a ellos, moviéndolo en discretos círculos como intentando describir lo que va explicando a su pareja. Cuando ella agacha su rostro, sacándolo ligeramente de los linderos del marco para enfocar sus ojos azules, achinándolos con el hábito de quienes se ven exigidos para procurarse mejor visión, se lleva la mano a la boca, sorprendiéndose enseguida por lo que observa, y una sonrisa de asombro comienza a explayársele franca, trastornando en deslumbrante armonía, el cumulo de pequeñas arrugas que le circundan el par de luceros que embelesaron cincuenta años atrás a Evaristo.

—¡Evaristo! —exclama perpleja.

Uno de los niños que ha llegado a último momento, viene corriendo desde la entrada principal de la torre, es el compañero de juegos del hermano de las dos chicas que hace rato le esperan. Retrasado en la cita, quién sabe por cuál imprevisto, acude precipitándose por las escaleras para integrarse a ellos. Es el único hijo de una pareja que vive en los niveles de la mitad superior de las residencias, justo encima del jovial solterón que se ufana del *average* que lleva de conquistas femeninas. Se mudaron ahí en el octavo mes de embarazo de su madre. Es el mismo que cuando bebé, lloraba incesantemente durante aquella tarde en que llegaban al departamento de Marila, la vecina que aún reside en la planta inferior, precisamente frente a Matilde y su madre, los dos hombres que buscaban afanosamente al publicista desaparecido desde entonces. Marila y Leandro no alcanzaron a tener hijos. Desde mucho antes del apagón eléctrico, después de esperar por años el anhelante retorno de su marido, ya se había mudado parcialmente a casa de una hermana. No habiendo logrado soportar la atroz incertidumbre que la consumía, se rindió, no sin antes destejer en soledad, si en algún modo podría compararse su labor, el tiempo que fue transcurriendo, como una Penélope moderna que iba contando y descontando con ansiedad los días que, primero se hicieron meses, y, por último, años sin que nada cambiara. Al principio, animada por una fe ciega, presagiaba con cada paso que se oía detrás de las puertas, el arribo sorpresivo de Leandro. Al final, terminó resignándose ante la espera inútil. A veces, muy esporádicamente, aparece como un fantasma por las residencias, rondando apresurada su propiedad, abriendo las ventanas y aireando su interior para que el desgano no siga llenando los rincones de aquel hogar de tantos recuerdos y al que to-

davía se resiste a dejar para siempre. Durante estos días no ha regresado.

Viniendo desde una parte más elevada, la charla pausada de un par de vecinos, un hombre y una mujer, ambos jóvenes, de acuerdo con el tono de sus voces, se percibe como un rumor distante y apagado, interferido, cuando el viento deja de soplar, por el ruido sordo de las plantas eléctricas apostadas en esta zona de la ciudad, probablemente sean los inquilinos que se han mudado finalizando el año pasado, y que apenas se las ha visto entrando y saliendo constantemente atareados en sus asuntos. Llevan unos ocho meses viviendo allí. Callados y circunspectos, se limitan a responder el saludo al toparse inevitables de frente con algunos otros de los residentes. La chica, entonces, baja la mirada, enterrándola en el suelo del ascensor, y él gira el rostro hacia la botonera que marca los niveles donde se ha de abrir el aparato. Son unos segundos calmosos en que se ven precisados a compartir un tiempo que pareciera deslizarse en cámara lenta. No han vuelto al trabajo desde hace ya casi una semana, donde tampoco el resto de los compañeros de labores se han reintegrado. No hay electricidad, ni agua para la higiene del lugar, como ocurre ahora en casi todos los centros de trabajo. A ratos, se platican con la libertad que se niegan frente a extraños, se observan en la perplejidad de sentirse inútiles teniendo la vitalidad para bregarse mejor destino. Sentados, con la mesita que adorna el centro de la sala separándolos, el murmullo de su charla se fuga por la puerta que da acceso al pasillo central que les comunica con el resto de la construcción.

—¿Cuánto tiempo crees que podamos soportar esto? —pregunta Angélica, mientras encaja sus pupilas negras

sobre la faz sudorosa del esposo. Se reclina sobre el asiento y junta sus piernas lisas y morenas, reuniéndolas en apretado gesto que une rodillas y muslos como un solo cuerpo, anulando, en arreglo inconsciente, cualquier tentativa de mirada furtiva hacia las fronteras de su intimidad. Diego, siempre la fisgonea, la escruta con la libido presta de los recién casados. Su interrogante lleva implícita la vena de un reproche, de un reclamo, de una inconformidad en crecimiento que va socavando el lazo conyugal que los une.

—No lo sé, Angélica. Nadie lo sabe... ¡Cuánto quisiera que fuera muy poco! —alega acongojado, encogiéndose de hombros, levantando sus cejas hirsutas y oscilando su cara en desgano evidente cuando responde en legítima gestualidad la incertidumbre que le aflige. Ya antes han sostenido el mismo diálogo.

Enfrente, avocindados en el mismo piso, intermediándose por la escalera del vestíbulo y el elevador, un par de adolescentes distraen el sopor vespertino jugando a las cartas, son dos hermanos que viven junto a su padre, un viudo que perdió a su esposa dos años atrás en un accidente de tránsito. Es una persona reservada, disciplinada y de edad próxima a la madurez, a esa frontera etaria a veces indefinida que se alza por encima de los cuarenta. El sujeto se gana la vida como corredor de seguros. Hace rato que escucha la conversación de los nuevos inquilinos. El susurro inconstante de ambos, ingresa sin restricciones a través de su puerta abierta que, igual a los demás, mantiene así aspirando recibir la brisa caprichosa de la tarde. No sale de casa desde el sábado, hace dos días, aguardando el retorno del fluido eléctrico para retomar su rutina de costumbre. La súbita interrupción de la corriente lo sorprendió justo antes de ingresar al ascensor.

Un apagón intempestivo al momento de presionar el botón lo percató del riesgo que ha corrido, enseguida da un brinco y se retira de su interior. Eran las cuatro y quince minutos de la tarde. Ha estado tentado a intervenir en la charla que oye desde el extremo opuesto de donde vive. Pero la prudencia lo detiene bajo el impedimento del antiquísimo dicho popular que le viene de improviso a la cabeza: «en pleito de marido y mujer ninguno se ha de meter». Conoce por experiencia de estos avatares perniciosos que sufren las parejas en sus inicios, tendría autoridad para aconsejarles y talento para aquietarlos, en cierto modo, ese precisamente es su trabajo, convencer a otros de las bondades de tomar decisiones ponderando todos los aspectos que influyen en ella para que finalmente sean las adecuadas. Inducir a unos la compra de seguros para garantizar su tranquilidad, y persuadir a otros para mantener su estabilidad emocional, son dos operaciones que se unen bajo una misma mecánica: vender la ilusión de la protección, de la inmunidad ante los imprevistos.

Cuando los Martini fueron a visitarlo para obsequiarle el par de mininos recién nacidos. La idea de quedárselos, aun y con los malestares que esto significaba a sus quehaceres ordinarios, pasó por su mente fugazmente. Nunca tuvo interés en mascotas, pero en aquel momento, la ligadura afectiva con los vecinos italianos, surgida posterior a la pérdida de su mujer, sentimentalmente lo extorsionaba. Fueron ellos excepcionales amigos durante aquellos días desoladores. «¿Cómo podría, entonces, rechazar quedarse con los animales, cuando ellos se lo pedían al marcharse del país en medio de tanto pesar emocional?». Llegó a plantearse.

Los Martini estaban escogiéndolo a él como padre adoptivo de unas mascotas a las que tendrían irremediable-

mente que abandonar. «¿Qué mejor persona que él para cuidarlas? Después de tanto apoyo recibido, ¿cómo podría responderles con una negativa?». Se atormentaba comprometido.

Madre e hijo se acercaron aquella mañana para proponérselo en absoluta solemnidad de la ocasión. Ambos se irían pronto a Italia porque la anciana y su hijo no podían continuar sufragando la carga onerosa de medicamentos y tratamientos que, alinderándose la vida a la eternidad, se hacen colosalmente exigentes. La anciana dejaría atrás al menos sesenta y cinco años de su vida forjados con gran apego en la ciudad. Finalmente se marcharon, desde hace dos años, el apartamento que ocupaban en el piso inmediatamente arriba, encima del suyo, permanece vacío. Anna, aún vive, todavía espera regresar, convencida de poder seguir ordeñando las tetas del tiempo. Los gatos, por petición afortunada del par de jubilados, notando el embrollo que para él representaban, fueron a parar a las pocas semanas al piso que ocupan los solitarios pensionados; quehacer adicional, a tenor del mismo vicio del fumeteo, que ambos comparten a rienda suelta. El vendedor de seguros, respiró, entonces, aliviado de la carga doméstica que había asumido en contra de su fuero interior.

Tres niveles más abajo, donde los felinos son tan dispares como el aceite y el agua, un solterón en edad aspirante a segunda juventud, despacha varias de sus noches en franquicias y rumbones que se prolongan hasta la madrugada. Ante el incordio de los achacosos vecinos, el hombre no se limita en el jolgorio adonde acuden mujeres de todos los colores, tamaños y aromas, particularmente viernes y sábados de cada semana. Aunque, también, haya lunes o miércoles con sus proverbiales rutinas, infringidas

inesperadamente por cualquier causa celebrativa. Es un tipo jovial, platinado en las sienes, con una sonrisa a flor de labios que no duda en mostrar cada vez que atisba una figura curvilínea de pelo largo. Le apasionan las mascotas, perros, pájaros, y gatos, en especial, sin embargo prefiere no tenerlas en espacios de tan severas restricciones como las del sitio donde vive. Es un sujeto con amores descocados, temperamental, explosivo hasta el delirio, y con arranques emocionales de desprendida fogosidad en ocasiones. De reojo, mientras el ascensor sube a su ritmo indiferente, escruta las piernas color canela de la joven vecina que enfoca su vista al piso del aparato, como, igualmente, haría si fuera otra la que con él coincidiera en dicho lugar. Enseguida, como desprevenido, al verse descubierto, sonríe obsequioso y zalamero, ladeando el bigote que exhibe impertinentes unas hebras grisáceas que un tinte renegrido pretende ocultar. Acude, seguidamente, a cualquier tema de conversación, pasajero y truculento, desembarazándose de la ocasión.

Lleva igualmente dos días encerrado en casa, caminando de un lado a otro, buscando amortiguar el paso de las horas, sin conseguir, finalmente, nada en que ocuparse que lo distraiga suficientemente de la sensación de irritación que padece. Entre la cocina, los cuartos y la sala, va dejando el rastro de un trajín que está a punto de sumar ya una semana. Al principio, el teléfono móvil, una vez que pudo restablecerle su carga de baterías, llegó a serle muy útil para hablarse con amigos y conocidos que asimismo esperaban el pronto retorno de la normalidad en el país. Siendo el único medio del que disponían para enterarse en las redes sociales del curso de los hechos, y formarse un juicio sobre lo que ocurre tan confusamente, por último, también, se ha visto afectado por el colapso. Des-

pués de varios días, las telecomunicaciones comienzan a sentir el impacto del desplome eléctrico nacional.

Sentado sobre el piso, sin camisa, en bermudas, despeinado y arrugado como pocos lo verían. Con el móvil abandonado sobre una de las mesitas de noche de su cuarto, esperando a que algún sortilegio electrónico lo reviva, Marcelo enfoca su vista en la entrada de su apartamento. El ocio lo consume, la angustia le desespera sin saberse interesado más que en el tema que les conmociona a todos por igual. Desde ahí hace señas a *Rocco*, lo ha observado asomándose cauteloso, oteando el paisaje allende los linderos del ingreso al aposento que tanto disfruta. Lo anima maullándole en sigilo, en reserva comedida que deja escapar de sus labios repetidamente, imitándolo gozoso en distracción sobrevenida con el *miau miau* que todos usan al referirse a ellos. El micho lo mira curioso, oscilando el rabo con el balanceo concentrado de su propósito. Levanta la cola al verlo, pero sobre todo al escucharlo y, rauda, posteriormente, en segundos fugaces, desinteresado de los giros verbales del desconocido, se voltea y regresa a la intimidad de su placentero rincón hogareño.

En el pasillo que comparten dos apartamentos solitarios, días atrás, el otro de los mininos hizo una pausa repentina cuando, saltándose los peldaños de la escalera que conecta a toda la torre, viene brincando apurado cada uno de ellos. Se para en seco en el medio del vestíbulo y ladea su cara como agudizando su oído, bate la cola mientras precisa sus sentidos. A su costado derecho, una puerta de rejas de hierro, de seguridad, como las que usualmente se colocan previas a la de madera, protege el acceso principal del lugar en que vivían tres personas y un perro

pequeño, una mascota que insólitamente nunca se escuchaba ladrar. Una capa fina de polvo cubre la estructura metálica, y en el piso una mota gruesa de basura menuda consistente en tierra que el viento ha ido depositando junto a partículas indefinidas de desechos, se acumula indolente como si en mucho tiempo no haya ingresado ningún ser humano en aquella morada. El gato acerca la almohadilla de su hocico y los bigotes se le mueven con su gesto de pesquisa explorando el soportal del hogar abandonado. Una vez que la anciana murió, el hijo y su mujer se esfumaron sin dejar rastro. Se supo tiempo después que ya no vivía ahí nadie, porque pasando los días, jamás más se vio salir o entrar a persona alguna de allí. Es un individuo con cara de vinagre y de limitado trato con sus vecinos, sólo se le veía muy ocasionalmente en las mañanas, bastante temprano, y por las noches, bien tarde, siempre con la mujer al lado, sin saberse qué hacían durante el día. En el umbral del ingreso a la vivienda, al costado derecho del dintel, los visitantes que alguna vez llegaron a traspasarlo, se topaban sorprendidos con la enigmática inscripción que, en pulido metal de soberbio tono plateado, rezaba: «*Pedid, y se os dará, buscad, y hallaréis; llamad, y se os abrirá. Mateo 7:7*»

El gato, indiferente a la azarosa casualidad, volteó su cara con la calma deliberada de los felinos, y retomó el camino que comenzaba a descubrir. Nada hay que explique por qué se ha detenido a husmear el otro de los sitios cubiertos de olvido, sobre todo cuando ya era evidente que se marcharía, y entonces, al quedarse de frente a él, se agacha desde sus patas delanteras, fija sus pupilas dilatadas y por un instante se planta paralizado, congelado como una fotografía ante la puerta de éste otro lugar. Así, permanece por algunos segundos, mi-

rando fijamente a la fachada, hasta que termina reaccionado con un encogimiento repentino del cuerpo. Sus pelos oscuros se le erizan y, la cola, abriéndose en un mismo acople de asombro, se le yergue como una lanza. De inmediato, se retrae temeroso, girando súbitamente a su derecha para regresar en veloz carrera al tramo de escalinatas que todavía le faltaban para alcanzar la salida del condominio rumbo a la calle; la senda a la libertad perseguida, el destino anhelado desde su montaraz perspectiva. Ha sido el despiste decrepito de uno de sus amos quien ha dejado expedita la ocasión para ir tras aquel mundo ausente de mullidas frazadas, pero pleno de aventuras, de traviesos andares que la protección humana no es capaz de ofrecerle.

La víspera

Los primeros fogonazos del alba que impactaron afanosos el flanco oriental del edificio, se fueron metiendo con toda su intensidad por los ventanales de las habitaciones de quienes todavía intentan extender el descanso. Duermen rendidos después de lograr vencer las horas de insomnio que durante todos estos días se han prolongado fatigosamente. Con sus ojos amodorrados, se aspavientan de improviso, levantándose somnolientos cuando ingresa el resplandor perturbando los momentos finales del sueño. Desde hace ya varios días, permanecen abiertas con el claro propósito de permitir el paso libre del viento que circula mitigando el sofoco calórico de la temporada. A veces lo alivian, y en otras ocasiones, tan sólo es una ilusión que rápidamente se esfuma con el soplo canicular. Una humedad pastosa, concentrada desde la madrugada conforme a uno de esos fenómenos explicables por los meteorólogos, fue sustituyendo el sopor ardiente que penetraba en las alcobas desde los días precedentes, si el fluido eléctrico no se hubiese suspendido del modo como ha resultado, seguramente las inclemencias del clima no habrían castigado a las personas de la manera despiadada con que ahora se alarman. Los cuerpos se fueron volviendo sudorosos, pegajosamente insoportables, para que al final, aun en medio del cansancio que alentaba prolongar el sueño, el fastidio terminara impidiéndoles el menor de los deseos por continuar sobre las camas. Todos entonces se despiertan plenamente, retornando, como han hecho en cada día posteriores al apagón, a la repetición planificada de los quehaceres que les impone la emergencia.

La ciudad se viste de colores llegando el nuevo día, se levanta con su armonioso despliegue de matices vivos en el horizonte, como si la paleta que el trópico ha escogido para pintarlo, se hubiese hecho para asombrar la vista de los humanos. Hoy, igual que ayer, las personas con la misma angustiante espera sobre la solución anunciada por los funcionarios del gobierno, ven pasar las horas sin que nada ocurra. Muy pocos se ven caminando en las calles desde muy temprano. Los domingos por las mañanas suelen ser tan apacibles que la gente deja transcurrir las primeras horas para finalmente aventurarse en ellas. Hoy, un suceso extraño ha trastornado la habitual tranquilidad del día más respetado de la semana. Un desorden confuso que primero comenzó siendo de unos cuantos curiosos, fue agolpándose en las calles contiguas del edificio para en muy poco tiempo congregarse una multitud ruidosa. Sólo unos cuantos de los residentes, aquellos que tienen vista a esta parte de la ciudad, se han dado cuenta del alocado hormigueo reuniéndose en torno a este hecho excepcional. Algunos de los muy escasos vehículos que circulan, apenas se detienen viendo el gentío agrupándose imperturbables, dan un vistazo y prosiguen como si nada les asombrara, retoman sus rumbos, transitando de un extremo a otro de las avenidas, pese al incidente de ayer en la tarde. Se les ve haciendo pequeñas pausas en las que sus conductores miran a sus alrededores, explorando atentos en los centros comerciales algún establecimiento que expendan los víveres que requieren con urgencia, especialmente, agua, hielo, de ser posible, y cualquier tipo de comestibles, además, de las imprescindibles velas para iluminarse en las noches.

Santiago y Carla, los padres de los tres niños que ocupan

el inmueble encima del hogar de Samuel, van de un sitio a otro en la extensa vía apremiados por la falta de provisiones para el grupo familiar que tienen a cargo. Rastrean en acucioso quehacer en diversos lugares. Poco consiguen, los comercios en su gran mayoría permanecen cerrados. Otros, ofreciendo sus mercancías en moneda extranjera, las reservan, sin la menor de las consideraciones, para unos cuantos portadores de divisas que, sin pestañar, los comprarán temerosos de quedarse sin ellas en los siguientes días. Cuando regresen con los exiguos suministros, Adrián y sus dos hermanas, unas niñas delgaditas que tienen la energía de una abeja chupadoras de flores en primavera, los recibirán alborotados desde el parqueadero residencial, acompañándolos en romería hasta donde viven, sujetándoles las bolsas que traen en las manos con la esperanza de conseguir en ellas alguna golosina que tan bien les caerían durante las vacaciones que se les ha inventado. Samuel y Matilde, al acecho de *Mateo* que ronda licencioso debajo de los vehículos que llevan ahí varios días sin moverse, por unos minutos adicionales se quedarán entretenidos buscando el modo de atraparlo, celebran por igual el arribo de los padres del trío de compañeros, pero sus atenciones se centran en el felino silvestre, el minino que ahora se pasea con desparpajo en el vecindario, haciendo alarde de su libertad como la mayor de sus victorias, sin que terminen de comprender en su andar esquivo, sus instintos montaraces de querer dejar de ser mascota.

Desde el oeste, se fue formando una ventolera, agitando de golpe las copas de los árboles y doblando sus tallos en ángulos que casi rozaban el suelo reseco de seis meses sin llover. Sus hojas se esparcían desordenadas junto a la ba-

sura acumulada en las calles y el polvo seco que despedía el verano. El viento hacía trepidar los cristales de las ventanas, colándose desaforado por entre las hendijas que quedaban sin sellarse completamente, mientras el ulular intimidante que generaba en su trayecto invisible, resonaba en ráfagas que obligaban a las personas a guardar cautela en el interior de sus habitaciones, se apartaban hacia aquellas zonas que consideraban más seguras dentro de los apartamentos. No sería la primera vez que esto sucediera, cada año, durante algunos meses, se repetía el fenómeno atmosférico con muy pocas variaciones. Luego de los calorones y ventarrones tan sorprendidos como caóticos que parecieran querer levantar por el aire todo a su paso, se desprendían los aguaceros diluviales anegando ciudades y campos. La ventisca, anunciando ahora, el primero de los aguaceros de la temporada, tan sólo da cuenta del cronograma que divide el año en dos mitades extremas del clima: precipitaciones inclementes y sequía calcinante. Delante de ella, una bandada de pájaros viene cruzando estrepitosa el horizonte en vuelo desmelenado, huye en jirones, sacándole el cuerpo al torbellino que les persigue pisándole los talones que, mejor sería decir, tiroteándole de sus alas para aventarlos desordenados en el vacío del horizonte. Vuelan en busca de refugio para guardarse de lo que ya conocen como inevitable. La ciudad, como deshabitada, en la que no circulan automotores, ni gente, cuando la claridad de la tarde se disipa, también, como cualquier otro cuerpo viviente, reacciona previsivamente. Esta vez no sólo son los ramalazos de aire y agua que se aproximan; es la penumbra sobrecogedora que la civilización ha desterrado de sus angustias desde el siglo diecinueve, y que, ahora, repentinamente, está de regreso con sus rigores intimidantes.

En la atmosfera pesada que va encimándose, unos nubarrones con aspecto sombrío empiezan a oscurecer el ocaso. Lo que restaban de los anaranjados fulgores sobre el poniente, se han ido perdiendo en acelerada fuga tras la tempestad que viene desparramándose en gruesas gotas de agua, cayendo a raudales sobre la superficie reseca y caliente de un territorio casi lindante con el clima de un desierto. La espera ha sido precisa, seis meses hace desde la última de las lluvias que ha regado los polvorientos suelos del presente. Enseguida, como en un hechizo prodigioso, sobreviene la opacidad de la noche con su intolerante desorden climático. Nada hay ahora que ilumine a esta ciudad suficientemente; de muy poco se dispone que la consuele en su lobreguez en medio de la tormenta atravesándola. Ni siquiera la eternidad lumínica del firmamento, ni el resplandor plenilunar que en el calor sofocante de las noches previas, alumbrara las horas solitarias de sus habitantes. Liliana y Matilde, se abrazan temerosas cuando el estruendo de los relámpagos retumba entre las nubes. El fulgor, en forma de líneas verticales zigzagueantes que se dibujan en la negrura, se proyecta en el rectángulo de cristal que conforma el ventanal. El fenómeno natural las sobrecoge con tan delirante intimidación que se retiran presurosas de sus cercanías hacia lugares menos expuesto del apartamento.

Cada residente del edificio tiene velas encendidas, las ubican algunos, en la sala, en la cocina, o en las alcobas, según sean los requerimientos que cada quien tenga. Las colocan en sitios a salvo del aire que entra frenético por casi todas partes. No todas las personas digieren el temor del mismo modo; unos se instalan en donde pueden con mayor coraje preservarse instintivamente, mientras que otros, se entregan resignados a la fatalidad que esperan

irremediable, confiando en la autoridad divina que pueda ampararlos. Y, también, los hay, naturalmente, quienes indiferentes e impasibles, se limitan a dejar que transcurra el temporal sin mayores alarmas. Diego y Angélica, disfrutan en las alturas de su residencia, el sonido que causa la lluvia al estrellarse sobre el tinglado que cubre el balcón con vista al poniente. Acurrucados a la luz del íngrimo candil que los alumbra, miran aposentados en el medio de la sala lo que su esforzada visión alcanza a distinguir en la oscuridad que va cerniéndose inexorable. Se quedarán dormidos, esta vez, sin hablarse, sin quejas estridentes, ni reclamos azorados por algo en lo que no tienen culpas. La fatiga que vienen arrastrando desde hace cuatro días, los ha vencido en su mudez acoquinada sin que se percaten del aguacero que amaina.

La estación de las lluvias nunca llega desprevenidamente, es un proceso que va gestándose lenta y subrepticamente sin que las personas en las grandes ciudades lo adviertan y, en el mejor de los casos, como sintiéndolo inexorable, lo viven distraídos de su pausado, pero preciso andar en el pendular del tiempo. Las plantas arrugan sus hojas entre un riego y otro tan rápido que, si no tuvieran precisas el agua que las reanima, luego no habría modo de volverlas a la vida. El polvo que se arruma en las calzadas, se va convirtiendo en un espeso arenal que, apenas soplando un vientecillo, el polvo yermo tapiza las fachadas de las casas, cubre los muebles y enseres, y derrota a las amas de casa en sus persistentes labores de limpieza. El calor que prorrumpe encrespándose, quizás sea el mejor y más fiable de los indicadores que anuncia el fin de una temporada y el inicio de la siguiente; se presagia, entonces, el arribo inminente del invierno. En este mundo invertido,

al contrario del hemisferio de enfrente, el invierno no es sinónimo de frío; es equivalente de fuego, de calor sofocante, en donde la humedad, en opresivo desempeño, extrae los sudores ácidos de los cuerpos que se resisten al clima tropical. Fue durante el amanecer, en las horas que se descuelgan lánguidas de la medianoche hasta los primeros destellos del alba, muriendo el sábado que da paso al domingo, cuando actuando como un tañer de campanas sólo descifrable por el cronómetro riguroso del trópico, la sensación quemante del ambiente declaró oficialmente el comienzo de la temporada lluviosa. En el sopor repentino que fue adueñándose de la ciudad, los únicos puntos de luz que se apreciaban, son los que circundan el firmamento; una vastedad alucinante de diminutos farolitos brillantes que, esparcidos en una infinita cantidad, van titilando junto a la luna de mayo en su puntual fase plenilunar. Cumple ahora, como en los antiquísimos momentos de soledad humana hiciera, la función de alumbrar la opacidad que apesadumbra las horas de quienes intentan conciliar el sueño.

Sobre la cama vacía, con los ojos que habría metido en la ciega penumbra de la habitación, que igual habría dado si no lo hiciera, el calor comenzaría a sentirlo asfixiante. El sudor, en gotas ligeras, iría rodándole por el cuello, por detrás de las orejas, y del resto del cuerpo que movería con desesperación. Una humedad que le bajaría pegajosa por la espalda aumentando su angustia, le habría impulsado en un arrebató impaciente, a extender sus brazos ansiosos buscando el socorro de un fresco soplo. El sueño eterno es un fastidio, tan agobiante como el calor mismo que colma los inviernos. Su respiración profunda habría angostado sus fosas nasales y, enseguida, de su lecho, para evitar el colapso de su cuerpo, se habría levan-

tado presuroso. Daría unos traspiés, haciendo inevitables que los muebles a su paso se empujaran chocando entre sí. Buscaría la puerta que, rechinando sus bisagras en res-triega oxidada, le llevaría directo al resto del inmueble, mientras una ráfaga inesperada, la estrellaría en grotesca estridencia, obligándolo a retroceder temeroso hacia el lecho descuidado que una sábana percutida defiende en un colchón arruinado. De ahí, del tercer piso del edificio, desde sus dos flancos, inundando todas sus cercanías, brota un intenso olor a rosas marchitas junto a una mezcla de perfumes viejos que han ido resistiéndose al paso del tiempo. Se confunden en el aire, batiéndose con el viento apaciguado que la calorina trastoca en aliento ardiente.

El canto de un gallo, en la mudez de la hora, se escucha lejano como un lamento triste lanzado errante para que otros, humanos y animales, en el atisbo básico que tiene de conciencia, registren como suyo el puntual aspaviento de su especie. Al sentarse sobre la cama, antes de incorporarse tanteando a ciegas, se habría ventilado la cara con una de sus manos, pausando a un ritmo tardío el movimiento que nace en la muñeca y que en otro tiempo habría sido de enérgico desempeño. Se iría alisando el cabello, llevándose hacia atrás los mechones largos y plateados que aún le sobrevivirían a la genética familiar; se los empujaría en pos de la nuca empapada que estaría reclamando un poco de aire fresco. El hombre habría ahora suspirado hondo y, finalmente, puesto de pie, sujetándose en tinieblas por el borde de la cama, habría intentado recorrer el interior desolado de las estancias.

Afuera, la madrugada habla en su lenguaje sin palabras. El ladrido ronco de un perro, como la tos seca de un viejo, que los médicos a su vez dictaminan como tos perru-

na, entusiasmo los alaridos cercanos de otros que como él velan el sueño de sus amos. Se replican los contiguos y los de más allá, trabándose arbolarios en un vocerío similar a una plática en voz alta, en la que parecieran preguntarse y responderse sobre aquello que les concierne en su diálogo escandaloso; tal como si varios residentes de un mismo vecindario realizaran a distancia una cháchara bulliciosa.

Como una queja noctámbula, el rumor de unas voces se percibe cosquilleando sobre el vacío, se notan aletargadas, llegando como una ráfaga de palabras indefensas desde algún lugar apartado de la torre. Un hombre y una mujer se las reparten bajo un lamento enojado que a otras horas del día serían imperceptibles. El olor a gasoil, que ya se hace recurrente, flota invasivo en el ambiente sobre esta parte de la ciudad, se precipita en los apartamentos por las ventanas que permanecen abiertas procurando amparo ante el sofoco en la brisa que a retazos caprichosos llega a veces desde el lago. El apagón eléctrico ha obligado a la instalación de estos generadores para suplir el suministro de energía en comercios, hospitales y hogares. Cuando se encienden, de ellos se desprende el humo del combustible que queman para mantenerse funcionando, esa es la causa del saturado olor que se respira en el vecindario. Quienes no han podido comprarlos, se resignan consternados a contar el paso de las horas que, al ritmo de sus pesares, las saetas de los relojes van registrándolas perezosas, como si aquellas atendieran en su andar, el abatimiento angustioso de la espera.

Un grillo solitario, canta intermitente desde su guarida en alguno de los intersticios desconocidos de las paredes de la construcción, se aposta en ellos para con su runrún, resonando durante el intervalo tedioso del amanecer en

que pareciera detenerse el tiempo, hacer su labor seductora sobre la pareja metida en otro agujero. Su timbre se escucha como el repique de algunos teléfonos móviles; un estrafalario ruido brillante en el que un acompasado fondo ronroneante le proporciona la armonía de un bajo, como si un músico en desgana ejecución rasgara las cuerdas de aquel melodioso instrumento. En realidad, el animal se frota escondido sus extremidades, mientras la ciudad va desmayándose en espera atormentada hasta los fulgores del nuevo día.

Evaristo se revuelca en su desesperanza, tienta a su lado el cuerpo húmedo de su mujer, tampoco duerme, ambos resienten el malestar que el anuncio de la temporada golpea en bochorno a los habitantes de la región. Sobre la mesa de noche que torpemente reconoce a su costado izquierdo cuando extiende su brazo, toca la cajetilla de cigarros que ya casi ha consumido, la arruga entre sus dedos, como exprimiéndola, buscando los últimos pitillos que quedan en ella. Al estrujarla, el ruido que produce la restriega del plástico con el papel que los protege, se asemeja al que generan los empaques de las golosinas. Albertina, entonces, recuerda el crujir de esos estuches, de aquellos chocolates que, en la cantina del colegio de mojas donde estudiaba, compraba cada vez que su mesada le alcanzaba. Eran y, todavía, después de tantos años, las chucherías de su preferencia, sólo que ya no puede comerlas. Se sonríe ahora en disfrute oculto de la evocación que le ha surgido repentina con la simple asociación de los sonidos. De seguidas da un giro sobre la cama, y dándole la espalda a Evaristo, se agarra de la tela que la abriga para agitarla, como soplándola en paciente abaniqueo para que sus senos

reciban parte del aire que escasea en la habitación.

La cortina que cubre la ventana del cuarto, eventualmente se zarandea con una brisita entrecortada, es tan latosa que no aligera el sopor tropical que quisieran quitarse de encima. Trastabillando, teniendo como referencia en la negrura la precaria luz que entra por ella, la distingue precisa a pocos metros de donde se halla, lentamente fue moviéndose a su encuentro, orientándose con una de sus manos a través del roce que va efectuando sobre la pared que le sirve de guía. Con cada paso tembloroso, va descontando la distancia que lo separa del recuadro iluminado por el destello estelar. En su palma izquierda, lleva apretujada la cajetilla de cigarros con los tres que le restan; el tesoro sobrante que él y su mujer se repartirán en un rato.

Cuando descorre el visillo, no era gran cosa lo que tenía a la vista. Tampoco era su propósito contemplar un paisaje que ya sabía velado, en realidad, eran sus deseos de fumar y mitigarse un poco los efectos de la calina húmeda lo que había impulsado su determinación de acercarse a la ventana. Se dejó llevar por el oído, y con relativa facilidad pudo ubicar en el entorno las plantas eléctricas que resonaban con el estruendo del motor encendido de un camión viejo. Forzando su mirada, la escena le parecía como si observase una fotografía borrosa en blanco y negro. «¡Qué locura!», musita con desgano, hablándose a sí mismo para no abrumar a su mujer. Estéril intento porque Albertina, mucho más ágil que él, ya se levanta de la cama para disputarle el cigarrillo que retira de la caja. Ambos se acodan sobre el marco, descansando los brazos encima del travesaño mientras otean el horizonte apagado. Desde el techo, así lo creen, varios pasos se oyen trastabillando en arrambla que empuja unos objetos

contra otros. Suenan sorprendidos a ritmo de uno, dos, tres y cuatro; se detienen y después de una pausa breve se reanudan, quizás en la misma cantidad. Posteriormente, en un rato más o menos tardío, vuelven a oírse, aunque esta vez en sentido inverso, como si ahora regresaran sobre lo andado. El gemido oscilante en que parecieran abrirse lentamente unas puertas, les llama inicialmente la atención. Luego, un golpe seco, abrupto, de choque entre los muebles, como si se les apartara, antesala el cierre de ellas, que, en igual crujido enigmático, se estrellan ruidosas. Los jubilados, intrigados, intentan mirarse en el claror mesurado, afinando al mismo tiempo sus sentidos de percepción. No pueden, con exactitud, determinar el lugar desde donde proviene aquella estrafalaria estridencia. Giran sus rostros, inclinándolos sutilmente de modo ascendente, primero, y a continuación descendente, como apuntando sus oídos hacia donde presumen se originan. Fruncen el ceño, en gesto que se han calcado después de años de convivencia. No es únicamente un taconeo o golpeteo el que van persiguiendo, es el caminar reposado de alguien que se desplaza en una habitación. Por unos segundos han creído percibirlo desde el suelo, debajo de la alcoba en que se encuentran, seguidamente a la vibración que produce en choque brusco, el lloriqueo de las bisagras reseca, el portazo y los topetazos de los objetos golpeándose entre sí. En otros instantes pensaron que venían de arriba, encima de sus cabezas, al sentir aquel ir y venir improvisado que desencadenó el tronar sorprendente de los siguientes sonidos. Llevan días escuchándolo, y aún les inquieta. Cuando el silencio abrumba, una suerte de tensión sorda se encaja en los oídos, haciendo que cualquier perturbación extraordinaria, por discreta que fuere, se amplifique exagerada, a veces aparatosa, viniendo

do de todos y muchos lugares a la vez, generando de este modo un despiste desconcertante en aquellos que intentan atraparlos, en este caso, el par de jubilados insomnes; al final, en medio de la fatiga de adicional trastorno, no les queda claro el lugar preciso de dónde han llegado. Transcurridos unos minutos precarios, cada uno con sus cigarrillos entre los dedos todavía sin encender, luego del aparente andar en reversa del caminante, no volvieron a escuchar nada más.

Aún dormido, y bajo los efectos de un sueño que trataba de quitarse desde sus efectos anestésicos, Marcelo, tocaba a ciegas el resto de la cama donde dormía, rebuscaba con su mano derecha entre la sabana desordenada que la cubría la presencia de un cuerpo que sólo veía en su laberinto surrealista. Oscilando impetuoso su cabeza de un lado a otro, como queriendo espantarse la pesadilla que le atrapaba, sacudía a topetazos su costado mullido, agarraba en apretón desesperado la tela arrugada que permanecía arrojando esta porción del colchón. Buscaba, desde el desvarío, la compañía que ya había desdeñado meses antes. Vencido por el cansancio se había quedado rendido completamente desnudo. El sofoco que le apabullaba hizo que se desprendiera, llegada la medianoche, de las pocas prendas que llevaba puestas; abrió los brazos y se tiró a todas sus anchas sobre la cama. Erraba, ahora, por los procelosos dominios de las aprehensiones, miedos y culpas aposentadas en el parqueadero invisible de los humanos, el traicionero subconsciente que se manifiesta desenvuelto desoyendo las restricciones de la voluntad. La chica que buscaba en los linderos de sus asociaciones oníricas, se marchó de su lado cuando descubrió sus felonías reiteradas. En el sueño le perseguía con un tridente

para hundírselo en el pecho. Se reía a carcajadas mientras sus ojos negros le chispeaban perversos. Su rostro no era siempre el mismo, sabía que era ella, por esas presunciones que se tienen en los sueños de saber quién es quién, aunque las voces y caras no le pertenezcan. Por instantes, era ella, Margot, y seguidamente, por el sortílego propio del cosmos onírico, se transformaba en otra mujer. Le profería insultos relacionados con su madre, aquellos que no eran precisamente los que, generalmente, se dicen sobre las madres pagando los platos rotos de las malas acciones de hombres y mujeres; eran en su lugar, reproches afectivos, de subordinación emocional materna que le gritaban inconexa e histéricamente, mientras él retrocedía esquivando la punta afilada de la lanza que, implacablemente, se le encajaría en el medio del costillar sino efectuaba una maniobra oportuna de resguardo. En un arranque súbito, como se suele hacer cuando el secuestro narcótico de una pesadilla se obstina en retener a una persona bajo su yugo, Marcelo se yergue sobre la cama, lanza un bramido enérgico despegando sus párpados y se despierta. Aturdido se sacude rápidamente, se sienta con los brazos apoyados a cada lado, y nuevamente estremece su cabeza. Abre y cierra sus ojos bajo la oquedad sombría en que pareciera convertida su habitación. Toma aire y exhala varias veces buscando apaciguarse; siente su cuerpo impregnado de pequeñas gotas de sudor que le van brotando, comenzando a correrle por la espalda, las axilas y en la entrepierna. No tiene idea de cuánto tiempo lleva dormido. «¡Uf...! ¡Qué cosas tiene Margot!». Dice, con una sonrisa burlona detrás de su expresión. Azorado todavía, pero de regreso plenamente de la estrafularia narcosis, traficante de asociaciones a veces no tan arbitrarias, decide levantarse para despabilarse en absoluto

dominio de sus sentidos. Baja sus piernas y apoyándose sobre el filo del colchón, se pone de pie en dirección a la ventana de su cuarto. Como Adán, antes de su fabulosa terquedad, camina seguro hacía el resplandor velado que se proyecta en ella; no hay nadie quien pueda verlo, ni siquiera si así intentaran hacerlo, son más de las tres de la mañana, y el fulgor celestial, el único que rompe la opacidad de este instante, no da para tanto.

Una, dos o tres canicas a la vez se estrellaron sobre el nivel superior, su techo, cuando se recuesta sobre el metal que forma el marco horizontal sobre el que se apoya la ventana. Suenan nítidamente, con su inconfundible rebote sobre el cemento. Marcelo se extraña del hecho, retrocede en ademán instintivo protegiendo su desnudez, alejándose de la inexistente vista del exterior. Ya en días previos también ha escuchado un ruido similar, viene del techo con toda seguridad, no tiene dudas sobre ello. Una vez que se impactan sobre el piso, enseguida se apagan. Han saltado raudas y luego con la misma rapidez, se han recogido sin volver a sentirse; las atrapan como en el aire para que no se repita su particular y característico sonido. No vuelven a oírse y Marcelo se desentiende de ellos.

Sin deseos de dormir, forzando su mirada, contempla, desde el lado opuesto de sus vecinos, la ciudad que se extiende hasta las cercanías del lago. Es una colosal cantidad de puntos de luz que se observan más allá de lo que sería la costa; sobre la superficie de lo que sabe de antemano es el lago de Maracaibo. Es como un escenario celestial, pero al revés, en lugar de atisbarse en la infinitud del universo, se otea al alcance finito de su vista. Ahí, todo género de instalaciones y embarcaciones afanadas en la extracción petrolera, encienden sus luces para alumbrar el extendido manto de agua que comparece fasci-

nante ante él. Las hay de todas las intensidades; débiles, cuando desde una distancia cercana al centro del lago, apenas llega su fogosidad lumínica hasta la orilla, parecen luceritos que viajan de remotos lugares, como casi apagándose en la lejanía; azulinas y de varias puntas como aristas titilantes, pareciendo esparcidas sobre el nivel que ya se sabe es el ras del cuerpo de agua, remedando una congregación de objetos en el firmamento; brillantes y refulgentes, como faros, cuya enorme potencia refleja las sombras de la noche sobre el manto plateado en el que flotan succionando persistentes, los emplazamientos que extraen el petróleo. Es un entramado constelar que se asemeja a una ciudad encendida; contraste insólito con tierra firme, desde donde ahora se le mira con alucinada inspiración, sabiéndose inmerso en la oscuridad que, como en un mundo deshabitado, rondan en pena las almas de la imaginación.

Un aroma a nicotina se arrima desde el vestíbulo, se cuela por las hendidias de las puertas que protegen hogares diferentes. Viene asociado con el recurrente olor del combustible quemado. Ambos son distinguibles no obstante la coyunta en que se acercan en aparente confusión. Marcelo, consulta su reloj de pulsera, las agujas, en fosforescencia lumínica marcan las tres y veinte de la mañana. «Samuel, está despierto, ¿por qué no duerme nunca!». Exclama perplejo, pasando su dedo índice por la esfera agrietada y, en atinada asociación, recuerda al antiguo vecino del piso cinco; un relojero que le ha prometido dejárselo como nuevo. Frente a éste, haciéndole techo a su apartamento, vive una pareja con un solo hijo. Un muchacho avisado y preguntón que cada vez que veía al técnico, siendo muy niño, le lanzaba algún comentario, cuando no, una interrogante, sobre cualquier

tema del mundo de las impertinencias infantiles. Marila lo recuerda con afligida evocación, como quedan preservadas con la impresión de la inmortalidad, aquellos instantes que nunca se borran de las vidas. El relojero, es un hombre maduro, flemático, y de pocas palabras, durante los días en que había escuela y trabajo, en el pasillo que les conduce a las escaleras y al ascensor, el infante junto a su padre coincidía eventualmente con él. No siempre vaguedades se hablaban entonces, después de todo, para un chico precoz y un adulto considerado, siempre hay espacio para una charla inquietante.

—¿Cómo hace un reloj para atrapar el tiempo, si el tiempo no puede verse? —le pregunta Samuel, mientras esperaban la llegada del elevador. Le inquiere travieso, desde unas retinas pardas que se le clavan sobre las suyas. El relojero, sonríe comprensivo, siempre lo aborda con alguna interrogante sobre su oficio. No lleva prisa hoy, se ausenta por una temporada. Coloca su maleta sobre el piso del vestíbulo mientras aguardan y posa una de sus manos sobre el cabello recio de éste, alborotándolo con delicadeza, pretendiendo con aquel gesto cariñoso, ahorrarse detalles en la explicación exigida. En cierto modo le recuerda a su nieto.

—Samuel, no puede verse, pero sus efectos pueden sentirse. Tú y yo, por ejemplo, tenemos edades diferentes, ambos acumulamos tiempo, yo llevo muchos más que tú. ¿Cierto? Aunque no lo veas, sabes de sus efectos. Como el viento que, siendo invisible, sin embargo, todos apreciamos su presencia cuando se estrella contra los cristales de las ventanas, por ejemplo. Levantando el polvo o agitando las hojas de los árboles... ¿Me explico? ¿Si me entiendes?...

—Sí, pero, ¿cómo lo atrapas en un reloj?...

El relojero se marchó a Colombia aquella mañana, hace ya unos seis meses largos, con una de sus hijas que reside en Bogotá, la madre de su único nieto. Iba risueño, jubiloso de volver luego de varios años sin salir de Venezuela. En la administración no saben de él, aunque sus cuentas están al día. Nunca ha fallado sus cuotas, ni antes del colapso eléctrico, ni tampoco ahora. Quizás regrese.

Posterior al chaparrón que abrió formalmente el ciclo lluvioso, una pertinaz llovizna se mantuvo constante hasta el amanecer. El vapor lerdo de las calles calientes, fue subiendo desde el ras del asfalto hasta una distancia discreta de éste, fue liberándose paciente como una bruma gaseosa y etérea que, en medio de las tinieblas, daba a la ciudad un semblante espectral, similar al de los pueblos que han sido abandonados por algún precipitado infortunio. El silencio, ahora, se encumbra con mayor aliento que en días previos, los generadores eléctricos, con sus ruidos de terco motor viejo, todavía no se encienden, y el hedor a combustión que sale de ellos, envenenando el aire que se respira, queda por algunas horas suspendido mientras culmina el chinchineo de las nubes.

Las personas duermen ajenas a la mudez que les arroja, las velas, sosteniendo extenuadas la débil llama que les quedaba, hace rato se han apagado; reina la más absoluta de las penumbras. Matilde enlazada a su madre, yace con el perfil de un ángel surcando los ignotos trayectos del sueño al que por tantos días tanto se ha resistido. Evaristo y su mujer, interfieren con sus ronquidos largos y entrecortados, como vehículo en marcha afectado por falla eléctrica, el sigilo del amanecer. *Rocco*, relajado, recostado en su lecho, ahora de exclusivo deleite para él, sin el hostigamiento libertario de su antiguo compañero,

aguarda el nuevo día desde uno de los rincones cercanos a la puerta principal del apartamento de sus dueños. El mismo sitio en el que *Mateo* no pudo evitar la tentación de escabullirse, y aquel donde proclama éste su victoria egoísta sobre el dominio territorial, que no sólo es espacial, sino también punzante duelo afectivo.

El olor a tierra mojada, invadiendo la intimidad de cada recinto familiar, en circulación libre, les conforta luego de tantos días seguidos de agotamiento. Derrotados por el cansancio, intentan reponerse con la atenuada sensación térmica que ha generado el colosal aguacero desprendido cayendo la tarde anterior. Ahora, con el despuntar del primer día hábil del calendario semanal, verán disiparla ante los ardientes rayos solares, conforme al recurrente cronograma que se repite con pocas alteraciones durante la temporada. Esperan ansiosos, confiados, igual que durante todos los días previos, que el servicio eléctrico se restablezca en el curso de las horas. Así, lo dijo el ministro. Por él esperan.

Así, lo dijo el ministro

Desde hace tres días, una gran confusión ha sometido a las personas a las más disimiles conjeturas sobre el apagón energético. De un lado a otro del país se cruzan abrumadores los comentarios en torno a las probables causas que lo han originado, no tienen ningún otro fundamento que el esparcido pánico colectivo del que ahora son víctimas al verse todavía sin el fluido eléctrico. El parte oficial, ha señalado desde ayer, enfáticamente, y en la voz autorizada del ministro de Comunicaciones, las razones de su interrupción abrupta. Lo ha hecho promediando las veinticuatro horas posteriores al colapso que mantiene al país en vilo.

Cuando se produjo el intempestivo corte, en el edificio, todos aguardaban el retorno del servicio al cabo de un tiempo relativamente corto, a lo sumo de varias horas continuas que quizás se extenderían a dos o tres, como usualmente, además, sucedía desde hacía ya muchos años. Pasado ese lapso, pareciendo extraño que tardase tanto sin que nada oficialmente, hasta ese momento, se dijese, continuaron esperando con cierto optimismo, aunque siempre presas de la incertidumbre que un hecho como éste generaba. Después de un rato largo en el que la ausencia eléctrica persistía, el nerviosismo comenzó a tomar cuerpo entre las personas, apenas lograban imaginarse el acecho de la noche como su principal escollo, la oscurana acercándose en medio de una quietud fantasmal sin que ellos pudieran saber cómo proceder adecuadamente. Durante ese intervalo angustiante, fue estableciéndose que la suspensión energética afectaba a las

ciudades cercanas y a la mayoría de las regiones del resto de la nación. De inmediato concluyeron que se trataba de una irregularidad que lindaba con una emergencia de orden nacional, y el temor, entonces, que, rondaba entre ellos desde muy temprano, definitivamente tomó la forma de una amenazante realidad. No obstante, aun así, ninguno todavía podía en su cabal magnitud, columbrar las proporciones del desplome energético que les llevaría a una espera indefinida. Cuando el canto festivo de los pájaros, se escucha repentinamente en revuelta conspiración de armonías en el entorno callado del amanecer. Los residentes del edificio percibieron sus destellos vigorosos acompañando los sonidos que, habiendo estado siempre rodeándoles, jamás los sintieron porque eran otras las atenciones las que ocupaban sus sentidos. Un pájaro lanzando un trino corto y fulminante que parecía la exclamación alegre de reconocer el nuevo día, mientras otros, gorgoriteaban atolondrados, esparciendo sus peculiares canturreos que sólo se escuchan con semejante fragor llegando el alba, desalojaron plenamente del somnoliento vecindario la porción de fatiga que aún les quedaba. Ha culminado la noche larga de la espera. Los ruidos aparatosos de cada familia en su despertar atribulado, fueron haciéndose más nítidos conforme se asumía la condición que la emergencia les había impuesto. Muebles que se arrastraban a sus lugares habituales; taconeos apresurados; puertas que se abren y cierran imprudentemente; niños que rezongan; adultos que reclaman; y toda clase de bullicio que cada quien hace con el lenguaje de los rumores que les son tan propio. Llevan casi tres días ejecutando la misma desesperante rutina. Los niños han dejado de ir a los colegios y los mayores no regresaron a sus puestos de trabajo. Los servicios públicos se han paralizado. No hay agua, ni telefonía

fija, ni hospitales operando con normalidad. La intensidad del clima, con su sensación térmica potenciada por el comienzo del nuevo ciclo estacional, les incrementa la fatiga y el agobio que ya la incertidumbre les ha sembrado. Una vez que va desplegándose el día, comprenden que la única manera de mantenerse en sus viviendas, sin ventiladores o aires acondicionados, es dejando libre de impedimentos la circulación de la brisa que eventualmente surge desde algún punto de la ciudad. Puertas y ventanas se mantendrán abiertas hasta nuevo aviso. Así lo hacen, pero siendo irresistible aventurarse fuera de ellas para desprenderse del cautiverio que conservan desde el jueves en la tarde, antes de que la mañana avance con su rapidez turbadora, algunos han comenzado a bajar de sus apartamentos, agrupándose, curiosos y ávidos de información en la terraza y estacionamiento del edificio. Se acercan callados y distraídos, con las caras arrugadas de varias horas sin dormir a gusto. Ahí permanecen durante casi todo el lapso precedente al mediodía. Por un buen rato parlotean sobre el tema que les afecta, conjeturando en mayor medida, sobre el alcance de éste y opinando en torno a su probable resolución. Todos, en realidad, admiten su desconocimiento de la verdadera condición en la que se encuentran. Habiendo girado sobre la misma historia sin nada concreto a qué atenerse, varios deciden regresar a sus hogares con igual desconcierto con el que habían llegado. Otros, un poco más inconformes, obstinados en su propósito, se encaminan a sus vehículos para recargar las baterías de los móviles y testear la radio en busca de alguna señal. La registran obsesivos de extremo a extremo del espectro radioeléctrico, volviendo a pasearse repetidamente sobre los dígitos aspirando conseguir la voz de cualquier locutor que ofrezca noticias

sobre el descalabro que tanto les causa asombro. Todos los diales resuenan en estática, como si nunca en ellos hubiese alguna vez existido una estación radial. Un sentimiento de nerviosismo les embarga, entonces, similar al que se supondría invade a quien perdido en algún lugar ignoto, acude desesperado a un equipo de radiocomunicaciones para contactar a otros pidiendo ayuda, y no recibiendo sino el ruido ofuscado de un gorjeo burlón como respuesta, se enloquece exasperado. Dos de ellos se miran con la decepción en sus pupilas. Joaquín, el corredor de seguros y, Marcelo, cuya angustia, a medida que pulsa los botones del aparato, va enervándole su carácter impaciente. Lo golpea con el puño cerrado y se queja impotente: «¡Qué mierda, coño!». Exclama molesto. *Matteo*, sorprendido, brinca asustado cuando desde abajo del chasis del carro, oye el impacto inesperado. Raudos, con el rabo entre las piernas, trepa por una de las vigas hacia el techado del parqueadero buscando el vecindario colindante; se aleja espantado huyendo de aquello que ha creído una amenaza. El mediodía brilla en el centro del cielo azulado, y una colosal cantidad de nubes blancas abombadas, se riegan informes en la lejana cúspide de la atmósfera.

Cuando los teléfonos vuelven a la vida, después de repotenciadas sus baterías, la profusión de comentarios que pueden leerse en las redes sociales, y los intercambios que, entre amigos desde diversas regiones del país se hacen, ya van generado una variada cantidad de aseveraciones que, en lugar de esclarecer la magnitud del asunto, lo enturbian de tal modo que va distorsionándolo ininteligible, semejándolo a un alucinante y alocado vocerío en el que todos gritan a la vez. De lo acontecido, lo único en firme que se conoce hasta ahora, es que todo el territorio

nacional se encuentra apagado. Así, lo dijo el ministro. Desde ayer y, hoy mismo, la principal preocupación para las familias ha sido la de lograr conservar en buen estado los comestibles perecederos; aquellos que particularmente exigen refrigeración para preservarse porque constituyen la garantía de la manutención de cada una de ellas. Antes, durante el primer día, no era ésta una angustia primordial, pues, todavía abrigaban el regreso de la electricidad en pocas horas, y los refrigeradores continuaban reteniendo el frío de los alimentos sin contratiempos. Ya eso no es posible, y como resultado de ello, un nuevo percance les persigue en el trayecto plagado de pesares que atraviesan. Las personas inician de esta manera, la penitente búsqueda de agua, hielo y víveres en una ciudad completamente desguarnecida, solitaria en gran medida, pero sobre todo atormentada.

Cuando el sol alcanza una ponderación superior al centro del infinito que arroja la ciudad, el tránsito de vehículos comienza a disminuirse apreciablemente. En toda la mañana han sido muy pocos los que se han visto cruzar las calles y avenidas, a veces se ven pasar en veloz apremio algunos de ellos, pareciendo tener un destino preciso adonde llegar con prontitud. No se detienen, ni aminoran su velocidad para, como en otros días, husmear o preguntar sus conductores por algún requerimiento particular. Joaquín, después de recargar su móvil en el estacionamiento, sale del edificio rumbo a la calle en compañía de uno de sus hijos, un adolescente larguirucho ya casi de su estatura, se dirigen a paso diligente al centro de la ciudad, andando sin vacilar, como quienes saben de antemano el lugar al que irán. Al otro lado de la avenida, un hombre que va caminando rápido, intenta cruzarla, justo en la intersección que un

semáforo gobierna caprichosamente, se lanza apurado sobre la vía, y el carro que viene en volandas le frena prácticamente encima a punto de arrollarlo. Ambos sujetos se crispan histéricos y, enseguida, comienzan una disputa en la que van reclamándose agresivos la infracción que mutuamente se atribuyen. Pero el sol, y las urgencias que cada quien lleva azorándolos, los obliga al poco rato a desistir de la refriega verbal luego de unas cuantas manotadas tiradas sobre la nada. Albertina, los mira desde su ventana, se deleita con el cigarrillo que recién retira de sus labios arrojando apática una bocanada en el vacío; el humo, entonces, como una desfalleciente nube gris, inmóvil, se paraliza frente a su rostro esperando un poco de viento que la impulse lejos. «¡La gente está como local!». Se dice, con aquella expresión de resignación cargada de sorpresa que se le dibuja en el entrecejo. Repetidamente mueve su cara, en rápidas seguidillas de mínimas fracciones de secuencia horizontal apenas perceptibles, como quien se sacude una visión que se le planta de repente. Enfoca su vista, y nota debajo del auto de Marcelo, saliendo despavorida la mascota que tanto ha hecho padecer a Evaristo. Ha sido ésta la causa de su turbación inesperada, su asombro de atisbarla en semejantes aprietos, cuando bien podría solazarse en su aposento de las alturas.

Pasados los límites del mediodía, desde algunas zonas remotas de la ciudad, se oye el rumor sordo de un tumulto de gente, retumba similar al que hacen los avispones encima de su panal amenazado por extraños; agolpándose alrededor de varios centros comerciales cerrados, sin atreverse a dar el paso final del ataque depredador, una muchedumbre los asedia en cortejo agresivo a punto de

estallar. Una columna de humo negro, a un costado de unos de los comercios, se eleva en el aire, presagiando el interés de quienes llegado a un éxtasis de arrebató violento, se volcarán sin contención cargando con todo lo que se encuentren de por medio. La seguridad pública los observa, equipados con escudos antimotines y armas, aguantan impacientes el inicio de las acciones. Cayendo la tarde, luego del asedio de varias horas, los establecimientos fueron saqueados; un tropel de gente histérica, corriendo desde todos los flancos con el ímpetu de una gran ola que se bate arrolladora, fueron embistiéndolos ante la vista, al principio, impasible de efectivos policiales y militares, y posteriormente, en ostensible complicidad, muchos de ellos, solapándose en la confusión, se integraron rapaces al tremedal expoliador. Finalmente, a punta de fuego y gases lacrimógenos, una vez que era hecho cumplido el desvalijamiento, persiguieron ferozmente a las personas, abatiéndolas como en cacería, y dejando en ruina desoladora todo cuanto estaba detrás de ellos. Al poco rato, comenzando a desfallecer los azafranados resplandores del ocaso; cuando ya nada ha quedado en pie, las huellas del proceder caótico, anárquico que, en delirante arremetida se ha cumplido, se revela en trágico desenlace, lo que resta del esfuerzo perseverante de los propietarios de aquellos comercios.

Si el día transcurre bajo una cotidianidad extraña, de expectativa a tenor de nudo en la garganta para quienes con cada hora adivinan las intenciones de los que han de remediar la catástrofe. La noche desploma todos los vaticinios acunados durante la claridad diurna. La incertidumbre vuelve a enseñorearse sobre la pereza negligente en que van despeñándose las horas. Los miedos que se amparan en la ciega nocturnidad, ya no dan cabida a

otros ánimos que no sean la perplejidad.

Una vez que va sucumbiendo inevitable el crepúsculo, Marcelo, acodado en el ventanal, recuerda la intervención del ministro, ha podido ver al revisar las noticas en su móvil, su cara sonriente junto al titular de su declaración. De nada ha valido la explicación ministerial de ayer en la mañana. Todo sigue como el primer día. Eso piensa, mientras retira la vista de la ciudad cubriéndose en tinieblas. Recostado, desinteresado hasta el momento de su entorno, dirige su atención al interior de la habitación, a la sala de su apartamento, donde ahora se encuentra. La luz de una vela enciende desde una esquina, encima de una de las mesas contiguas a la pared principal del espacio, una claridad mediocre. Ahí, la llama proyecta en las paredes, las sombras de parte de sus muebles, y una silueta extravagante de su imagen creciéndose deforme cuando se atraviesa entre los destellos del candil y el resto de la estancia. En una de las pinturas que le hace frente a la luz, el contraste colorido que normalmente se observa en ella, se trastorna en asombrosa palidez. Sin embargo, las figuras que la conforman, se distinguen con nitidez meridiana. Son personajes inverosímiles, apretujados entre sí, como ejecutando una danza con gestos burlescos; algunos llevan bastones asidos en sus diestras que se imaginarían golpeando frenéticamente el suelo, se ven alegres, felices en su trance incomprensible; mientras otros, portando grandes sombrillas grises, muestran unos rostros adustos, como abstraídos del festín. Todos tienen grandes crestas de varios tonos, y unos picos largos en lugar de nariz, semejando unos garfios encima de las bocas. Sus rostros son redondos, además, de grandes y, sobre todo, con unos ojos vivaces mirando el baile. Todas las imágenes están metidas en un estilizado ven-

tanal, cuya forma rectangular, aunque con ascendencia vertical, remata en un dintel de modo redondeado, ojival, no precisamente gótico, sino elementalmente orbicular. Se observan amontonadas dentro de él, con una sonrisa grotesca, gozosa de la acción que ejecutan. Marcelo, se queda mirando la obra a la luz del voluble fuego. Es la risa de algunos de ellos lo que llama su atención. La pintura la adquirió hace ya varios años, su autor la tituló: Los gallos danzantes.

Fastidiado, sin ninguna otra cosa en que distraerse, toma la vela y se desplaza admirado hacia ella. Es un pieza grande y colorida, tan inmensa como casi su estatura, ocupando buena parte de la pared. Apunta lo mejor que tiene de la luz y curiosear los gallos gigantes de ademanes humanos; se acerca y las pupilas parecieran reírles, también, con sus chispazos brillantes metidos en la negrura de ellos. «¿Por qué se ríe?». Se pregunta en medio de la quietud que se encrespa.

Para la tercera noche sin energía, los generadores eléctricos aún no se han instalado en la proporción en que se harían para los siguientes días. Sólo unos pocos se escuchan rompiendo el mutismo nocturnal con su ruido trepidante, todavía las personas mantienen las expectativas sobre del retorno eléctrico de un momento a otro. Por eso, apenas han comenzado a ajustarse en las rutinas de emergencia que deberán implantarse.

Santiago y Carla, apremian a Damiana, Lorena y Adrian, a soltar sus juegos para encomendarse al sueño que les será escurridizo. Tienen la tensión del día metida en sus cabezas, lo que menos desean es irse a la cama antes de la hora que por costumbre tenían. La abuela los conmina, les advierte juiciosa de los peligros de retraerse al sueño

apelando a las viejas fórmulas de intimidación que ahora causan risa en los infantes. Nada sería más inútil que obligarlos a dormirse, si antes no se consigue descifrar los códigos de un tiempo que ya no es el suyo. Engañaran, fingirán y se mofarán de quienes así actúen, haciéndoles creer que han logrado su propósito. Se levantarán de sus camas al poco rato, y extenderán sus parloteos ociosos que se fugarán burlones con la calma de la noche al resto del edificio.

Liliana y Matilde, habitantes solitarias de un piso en el que únicamente viven ellas; sin vecinos al frente, ni encima, sino en la mitad del edificio y más arriba de éste, se entretienen trabando conversación a través del celular con Javier, el padre migrante de Matilde, hasta que la batería del móvil aguante. No hay nada más que puedan hacer amparadas bajo la claridad de una llama que amenaza extinguirse.

—Papá, ¿cuándo viene la luz? —pregunta la niña. La imagen que aparece en el cuadrángulo iluminado que sostiene su madre en las manos, muestra al padre en la lejanía de otro país. Matilde se ha expresado en tono de queja, de agobio que no puede evitar, buscando el consuelo de la seguridad que la figura paterna representa en la escala de valores que Liliana y Javier pretenden construir.

—Pronto, hija, ya verás que llegará en cualquier momento. Te prometo que no pasará mucho tiempo en que llegue... —le responde condescendiente. La cara que se asoma brillante en la pantalla tiene los mismos ojos tristes de Matilde, y una caída que comparten similar en el arco de las cejas cuando van achicándoseles en ambos lados. No tiene, queriendo que así fuese, otro modo de explicarle aquello que no sabe. Que nadie conoce; sino el ministro. Sólo él lo sabe, y en él ha pensado intentando sembrar

ánimo en ella.

La plática se extendió por varios minutos, suspendida finalmente por un parpadeo exangüe después de la primera señal de querer apagarse el aparato. Madre e hija se despidieron entonces, aprovechando los últimos segundos, con un adiós optimista que Javier habría querido alentar con mayor ahínco. Volverán a hablarse durante la noche del siguiente día.

Marcelo, se ha retirado de la pintura. Con la interrogante rondándole en su interior mientras va girando hacia la pared contigua, otra obra cuelga de ella, esta vez son personas bien definidas, no son retratos precisamente, pero sí se advierte claramente que son humanos los que aparecen en ella. Son dos, un hombre y una mujer, éste en primer plano, y la figura femenina detrás, tomándolo por la cintura en un abrazo que le hace con ambas manos reposándole en el vientre. Su rostro, sobresaliéndole por un costado, mira junto a él un paisaje desolador, desértico, donde los tallos de tres árboles secos destacan en la lejanía. Sus semblantes lucen circunspectos, sin risas, quizás, en su lugar, con un aire de sobrecogimiento en la mujer en tanto que en el del hombre, una expresión de desafío a la vastedad que observan. «¿Por qué no ríen?». Vuelve a cavilar, en una variante con la misma esencia inquisitoria que antes se ha hecho. Pensativo, con el candil en la mano se encamina hacia uno de sus muebles, al sentarse, igualmente una sonrisa se le retrata en la cara, coloca el plato que porta la vela sobre una mesa que tiene a un lado, y *El Estudiante* de John Katzenbach, descansando a media lectura encima de la mesa, pareciera invitarlo a retomarla; no es posible, ya no hay luz suficiente.

Un personaje público, sobre todo si es político, no resis-

te desplegar sus labios mostrando su dentadura brillante ante un fotógrafo. Es el instante supremo con el que la noticia lo destacará en unos minutos para la posteridad. Prisionero del flash, hará con el titular, el producto informativo que circulará masivamente; la historia que se alojará inofensiva en el hipotálamo de millones.

«Así, lo dijo el ministro». Explicaba Joaquín a Andrés, su hijo larguirucho, al referirse al apagón eléctrico cuando ambos se dirigían en procura de agua y comestibles. Levantaba su dedo índice de alguna de sus manos y lo apuntaba al vacío como si buscara al funcionario en el aire. Pensaba en el ministro con esa expresión de hilaridad que le ha quedado en la memoria explicando las causas de la tragedia energética. Igualmente, ahora, lo recordaba Marcelo, remitiéndose a la nota informativa leída en su móvil durante la mañana. Debajo de la fotografía del ministro, rezaba el titular: «*Un ataque cibernético y otro electromagnético han colapsado el Sistema Eléctrico Nacional. Así, lo dijo el ministro*». «¿Y por qué lo dijo riendo?». Se interrogaba, Marcelo, mientras la debilucha iluminación del fuego guiaba su inspección sobre los jubilosos gallos danzantes que tenía al frente. Era obvio que lucieran festivos; bailaban compartiendo a ritmo exaltado la danza que bajo el mismo sentimiento les embargaba. De este modo los registraba el artista, cuya rúbrica ascendente, se mostraban a un lado del lienzo. Al contrario de la otra de las obras, la del hombre y la mujer, sus expresiones faciales recogían el sobrecogimiento ante la vastedad asolada que contemplaban. «Y, ¿entonces?... ¿Por qué ríe el ministro?» Vuelve a interpelarse. «Así, lo dijo el ministro. No es lo que dijo el ministro, lo que dijo el ministro, es aquello que se esconde tras su imagen». Concluye.

Tres disparos se escucharon nítidos en la penumbra, seguidos de un ladrido atolondrado de perros que se levanta escandaloso. Fueron percutidos en descarga rápida, con la certeza de saber su tirador el lugar exacto hacia dónde dirigirlos. En Residencias Mercurio se han sentido como sí se hubiesen efectuado en sus propios límites. Todos se sobresaltan con la primera de las percusiones, con la segunda se alertan instintivamente y, con la tercera, algunos se atreven a moverse de sus camas prestos a buscar protección, sensación extraña que los aturde, los confunde nerviosamente, porque siendo la oscuridad tan intensa, no tienen el modo de saber dónde ponerse a salvo. La reacción súbita de varios perros respondiéndose desde distintos puntos de aquella región de la ciudad, hostigaron por un rato la mudez que se encimaba desde hace días sobre ella. Ninguna persona se oyó hablar ni quejarse durante aquellos instantes y, entonces, poco a poco, el zafarrancho canino fue desgánándose hasta despedirse con el único latido de un último rebelde. De nuevo volvió a entumecerse la noche. No se movía ni una hoja de los árboles. El tiempo, como en un mismo punto, parecía retener las saetas que lo cuentan. Una atmosfera pesada por efecto del calor agobiante, espoleaba el insomnio que todos comenzaban a sentir como parte de sus nuevos hábitos. Difícil les era conciliar el sueño en las horas previas a la medianoche, como sublevados ante él, permanecían azorados —los adultos, principalmente— en persistente lucubración sobre la restitución del servicio eléctrico. Mientras que los niños aprovechaban la extensión de la vigilia como una prolongación del recreo inesperado en que se les ha convertido la vida. Desde las alturas del edificio viene bajando el mismo murmullo de las noches anteriores, se escucha como una cascada

de oraciones en las que se mezclan acentos y tonos de voces diversas; chillonas y alegres, como sólo pueden ser las que nacen del jolgorio infantil; broncas como las de Evaristo y Joaquín en sus refunfuñar descompuesto; graves como las de Albertina reclamando impaciente su malestar mientras va tosiendo el hábito del fumador. De soprano, como la de Angélica, acaudillando siempre la conversación con Diego quien apenas se percibe respondiéndole. De acento áspero, cuando sale de Marcelo el raudal de palabras desde la hondura de su garganta en parsimonioso desenfado hablando por el móvil. Cristalina, como la de una animadora de radio, en el caso de Liliana, mientras va platicando con Matilde. Débil y apagada, en paradójico contraste con su cuerpo esbelto, cuando se oye a Carla, en tanto que Santiago suena extravagante como un tenor sin educar. Sus ecos se escuchan retumbando en el silencio hasta que van desfalleciéndose al filo de la medianoche, momento en el que los cuerpos cansados han de pagar los costos de la agitación de muchas horas de ajeteo.

La madrugada, deslizándose con su nimbo misterioso, perturbado apenas en su mudez por los sonidos, acaso, también, los olores, que han conocido el extrañamiento de otros instantes, llegan como acordes entrecortados que van encumbrándose enigmáticos en el despejado discurrir que se construye en el albur del vacío. Se generan en el sigiloso, a veces, y en el ruidoso, igualmente, andar de personas, animales y todo aquello que proviene del invisible mundo de prodigios que los rodea. Es el viento acariciando el follaje de las plantas en derredor; el polvo batiéndose en volandas por las calles; el ulular de la brisa escurriéndose por las puertas y ventanas, abiertas o no, de las casas contiguas, formando en ocasiones, en

adicional azar, el estrepitoso choque contra las paredes y cristales del edificio resistiéndose a sus embates. Es el lenguaje de la ciudad dormida; los murmullos del mágico artificio del aparente embrujo con que se conjugan los de los seres vivos y también los de los objetos.

En la plenitud de la penumbra que, igual le daría si no existiera, se pregunta sí aquel lugar donde ahora vaga impaciente, sería el mismo de antes, no lo sabe con certeza porque su memoria le juega una de las suyas, como le ocurre a todos después de cierta edad, no obstante lo presume por aquellos detalles que singularizan los espacios; el olor que emana desde sus rincones, restando apaciguado de su antaño presencia; el silencio con su cadencia abrumadora a determinadas horas, tan particular como el rastro de una huella digital; y el aire habitualmente seco y caluroso que encoleriza los cuerpos. Todo un incorpóreo conjunto de peculiaridades que le hacen reconocer como familiar aquel inmueble; sin embargo, en recelosa duda, algo le nota que es diferente. «¿La disposición de los muebles?». Se interroga, en algún instante fugaz, testeando con el bastón sus alrededores, hasta caer en cuenta que se trata de la casi total ausencia de ellos. Es ahí cuando advierte la resonancia amplificadora del más mínimo de los sonidos, como si las paredes los rebotaran aumentándolos en un eco irreconocible. Mientras sus palabras, saliendo en susurros incomprensibles de una garganta cansada de no hablar, se las devora el encierro, silenciándolas en una mudez que las transforman en simples ruidos sin la armonía oral de los vivos. «¿Dónde están todos?... ¿Por qué no puedo verlos? — va interrogándose, siendo el único que se escucha con

claridad— ¿Por qué me han abandonado?». Culmina preguntándose en seguidilla angustiosa.

Un viento surgido de la nada, empujando las puertas sin que haya tenido que tocarlas, aun si hubiese querido, las estrella con estrepitoso escándalo, abriéndose y cerrando sin sentido. El estampido alerta a Evaristo, todavía medio dormido, enseguida despega sus ojos, frunce el ceño y busca en la oscuridad la proyección de éste. Un resplandor de luces rojas y azules se observan intermitentes por la ventana, se meten a la habitación reflejándose en ella sobre la opacidad que cubre las paredes. Viene de muy abajo, de la avenida que rodea el edificio, y que luego se extiende hacia los límites lejanos de la ciudad.

—Albertina. ¿Escuchaste?... —interpela, Evaristo, sacudiendo delicadamente el costado de su mujer.

—Sí, claro...

El rechinar de bisagras fue arreciándose junto a los contronazos de las puertas con sus marcos, crepitando sin razón aparente tras el deambular de varios pasos en sentidos distintos, se fueron oyendo como si alguien las batiera por el simple gusto de hacerlo. El desplazamiento pausado del andar, yendo y viniendo en azarosa orientación, destacaba preciso al tocar ambos pies el piso, sin embargo, un tercer golpe, seco y casi simultáneo, se desprendía a un mismo compás. Se aquietaban y proseguían al poco rato como si desandarán en una búsqueda infructuosa. Los jubilados, sobre la cama, atentos, perciben el crujido atolondrado de los goznes antes y después del desempeño errático.

—¿Será que regresó Renato? —se pregunta Albertina.

—No creo, ya lo habríamos sabido... Aquí no hay secretos, ya lo sabes... —alega Evaristo, dirigiendo su vista a

la ventana por donde ingresan los fogonazos de luces. Cuando intenta levantarse, el resplandor azulino comienza a extinguirse en el velo negro de la madrugada. Decide, entonces, quedarse junto a Albertina, murmurando sobre los misteriosos ruidos que han venido escuchando durante la semana. Ella, igualmente, cavilando sobre estos, pero haciendo esfuerzos por conciliar el sueño, no dijo nada más.

Desde uno de los pisos finales del edificio, entre Renato, el relojero, y la joven pareja formada por Diego y Angélica; de día, o de noche, cuando la iluminación pública cumple con su propósito, la vista de la extensa vía frente al condominio, se aprecia serpenteante como un largo reptil cuyo cabeza deslinda al poniente. Solía ser un río impetuoso de automotores de todo género circulando en un solo sentido. Hace tiempo ya no, y especialmente desde hace unos pocos días. Susana, la ha contemplado muchas veces, como ahora, sólo que esta vez la adivina entre las tinieblas. Ahí, en sentido opuesto a la circulación ordinaria de los vehículos, lo que parecieran ser un par de unidades policiales lanzando sus destellos multicolores en la oscuridad, los ve alejarse a toda velocidad, van pegados uno junto al otro, como si compitieran por llegar primero a algún lugar. El estruendo que generan en su acelerada marcha, despierta a quienes a estas horas recién han ganado su batalla al insomnio. Marcelo, es uno de ellos. Susana lleva varios minutos descifrando las sombras que se cruzan en el paisaje opaco, la consume el hastío que manifiesta descansando su rostro entre las palmas de sus manos acodadas en la base del ventanal. No soporta el calor, hoy, igual que ayer, al precipitarse la madrugada, el sofocón ha cobrado fuerza, agudizándose

con un fragor como en ninguno de los días precedentes. La primera vez que se encontró con Marcelo, piensa justo ahora, fue una tarde cayendo encima del cielo una desordenada aureola que iba desmayándose con el ocaso. Quizás a finales de enero de este mismo año. Ya antes se conocían porque ambos ejercen la misma profesión, de modo que, eventualmente, frecuentando por razones laborales sitios similares, lograban encontrarse fortuitamente. Sin embargo, pocas veces habían coincidido en el mismo lugar donde viven. Ella, recientemente, él con varios años residiendo. Cuando mira su reloj, las agujas indican precisas los tres y quince de la madrugada, viene siguiendo el recorrido en la esfera a intervalos regulares. Se había prometido no hacerlo hasta un lapso lo suficientemente largo, para percatarse con certeza de que, en efecto, el tiempo corre; sin embargo, luego no ha podido dejar de observar su reloj, continuando su consulta de un modo tan seguido, como el de una manía irrefrenable. Su propósito ha sido el de impedirse que la angustiada espera del nuevo día, llegara a mortificarla a niveles en los cuales se obligara a un repaso tan obstinado de la marcha de las agujas que, al final no pudiera percibir el paso real de las horas. Pero no ha logrado conseguirlo y, con cada ojeada a su pulsera, el sudor se le iba asomando en infinidad de gotitas en todo el ancho de su frente despejada. Entre la soledad y la incertidumbre, la paciencia se le ha fugado como jamás habría imaginado.

Susana Valdez, vive sola, se las arregla con su condición de soltera dedicándose obsesivamente al trabajo, dejando poco lugar para el sosiego y el disfrute eventual. Por unos segundos ha pensado en Marcelo. No sabe explicarse por qué ha venido a su mente de modo tan repentino. Hace días que no sabe de él. A veces se encuentran, como ella

misma reconoce ahora, de modo muy ocasional, en el vestíbulo principal del edificio, o en algunas de las dependencias públicas en las que acuden regularmente. Tal vez sea el modo tan particular como la observa cada vez que se consiguen, probablemente lo sea, si algún sentido poseen esos caprichosos instantes de las cavilaciones en medio de la soledad. No lo sabe con certeza, porque el cuerpo a veces reacciona de un modo, mientras el cerebro esconde, en razonada operación de reserva discreta, la verdadera intención. Ella surfea sus miradas y apela a cualquier tema de conversación en tanto duran aquellos minutos; pero atrapa enseguida, en el aire, como el ave rapaz a su presa, la combustión que contienen expeditas. La última vez que lo vio iba tan apresurado que consultaba su reloj en lapsos casi seguidos; se levantaba la manga de la camisa y ojeaba su muñeca como autómatas, continuando al mismo tiempo su ritmo acelerado camino al estacionamiento. Así lo recordaba ahora y, esa era, cabiendo entre lo posible, la asociación que la conectaba con su empeño en eludir insistentemente la vista sobre su brazalete; sin embargo, desde otro rincón del remolino de imágenes sensoriales instaladas en su corteza cerebral, arriba sorpresiva a sus reflexiones: «Me mira con lujuria». Musita sonriéndose. La expresión le ha salido tan espontáneamente natural, como si las palabras fuesen inocentes; al margen de todo cuanto detrás de ellas se pudiese encontrar. Tienen un acento sosegado que las vuelve seductoras. Son para ella, y vienen de ella desde la profundidad del albur de sus meditaciones. Se les escucha con aquella entonación que produce una sonoridad similar a como hablan los franceses en las películas románticas. Ha sido una ocurrencia de traspaso, pareciera, inofensiva, quizá, pero no exenta del cosquilleo que

brota inesperado a la altura del xifoides. En la boca del estómago que, como un testeador de emociones, registra la turbulenta agitación de la máquina que genera los pensamientos.

—La vieja loca del piso tres, lleva cinco años de muerta, ¿te acuerdas de ella?... —comenta Albertina. Ha llegado de pronto a su mente, cuando ya el asunto de los sonidos extraños se había esfumado. Dejaron de oírse inesperadamente, de la misma manera como habían arribado inquietándoles el sueño. Contemplando en el manto estelar que la ventana recogía en asombrosa confusión de puntos luminosos, desde la cabecera de su cama, distingue lo que cree son varias constelaciones. La mujer del jubilado ha recordado a la vecina que se desempeñaba como astróloga, hacía cartas astrales a infinidad de clientes que subían a consultarla, y les adivinaba el futuro según la paga de cada uno. Se citaban con días de anticipación porque eran muchos los interesados. Todos llegaban reservados a horas precisas para conservar la discreción de sus visitas. A ninguno les agradaba que los vieran en tales menesteres. A las personas, a veces, les atormenta el futuro por el presente que viven, como *Mateo*, se asoman por el umbral del destino para fisgonear que hay para ellos unos pasos adelante. Celestina, así se hacía llamar, aun cuando su nombre verdadero era Enriqueta, Enriqueta Manzanares, cumplía sus labores en su apartamento con la puntualidad de un oficio bancario. Nunca o rarísima vez salía de ahí. El seudónimo lo escogió del título de la célebre obra de Fernando de Rojas, *La Celestina*. No llegó a leerla, pero su sólo título la inspiró de tal modo que lo asumió como su identidad desde entonces. Con ese alias, que dejó de serlo para ella desde que lo acogiera, le pidió a su hijo que le hicieran sus exequias.

—Sí, claro, que la recuerdo, ¿quién podría olvidarse de ella? —le contesta Evaristo. La imagen de la astróloga se le planta en sus pupilas como si no hubiera pasado el tiempo. Era una mujer grande que vestía siempre una especie de túnica que le llegaba hasta los pies; morena cobriza, de senos inmensos y una cabellera negra, larga y lisa como la de una india, que, después de varios años dejó de teñirse. Tenía en su modo de hablar, la particular condición de expresarse con un cantadito caribeño, suplantando las terminaciones del infinitivo de algunos verbos por unas *eles* pegajosas. Si no hubiera sido por su voluminosa figura, habría parecido realmente una mística de origen oriental. Vivía debajo del apartamento de Marcelo junto a su único hijo y la nuera. Nunca se supo cuando murió exactamente porque todos guardaba un proceder tan reservado que lindaba con el misterio de una secta. Sólo Evaristo, de todos sus vecinos, es el único que llegó a visitarla a título de cliente.

—...Me dijo que tendría una larga vida y que nunca me confiara de un sujeto con algún defecto o dificultad física; un cojo; un tuerto; un tartamudo; un manco... —fue confesándose el jubilado—. No sé de dónde sacaba esos disparates, y por qué me dijo semejante cosa. No conozco a nadie así... ¡Coño, qué calor hace! —comentó finalmente. Su mujer lo escuchaba pendiente de la revelación. Alzaba su ceja derecha con expresión de sorpresa y achinaba los ojos, hasta que de pronto le lanzó una carcajada que el silencio aumentó retumbando en la alcoba.

—¡No me digas eso!... ¡¿Estuviste con Celestina!?... ¡Nunca me dijiste!... ¡Claro que conoces a alguien así! ¡Su vecino de enfrente!... El señor Fausto, el capitán. Vivía justo debajo nuestro. ¡Qué distraído eres, Evaristo!...

—Evaristo... ¿Será feliz *Mateo*, ahora? —curioseaba inesp-

radamente, cambiando el tema de la charla, como quien saca de una chistera precisamente un gato. Su marido, sorprendido, al ver su regreso al asunto de la mascota que creía ya cancelado, se encoge de hombros.

—No lo sé, Tina... Dejemos que el tiempo lo diga —le responde y la mujer arruga su semblante como si le doliera el estómago de repente.

A las tres de la mañana y por debajo de tales horas, aves nocturnas surcan el cielo buscando sus presas, la ciudad inanimada, como nunca, se le entrega a todas sus anchas tal como un campo llano de operaciones. Nada se oye y nada se mueve que les altere su pesquisa rapaz. La bóveda celestial con su vastedad incontable de farolitos, las revela planeando raudas entre las sombras buscando el momento preciso. Una de ellas lanza su grito de embesitada, ataca enfilándose con la velocidad de un aerolito desgarrando la madrugada silente. Allá abajo, en precipitada carrera, un roedor rastrea resguardo, presiente el asalto. Joaquín la ha sentido con su nitidez escalofriante. No se inmuta. Siempre las escucha. Las lechuzas, desde el piso donde habita, frecuentemente hacen este tipo de incursiones, y sus alaridos de tan mala fama, resonando estridentes, atemorizan a quienes les creen otro propósito distinto al de la cacería nocturna. El vendedor de seguros, sin embargo, ha recordado a su mujer, también la noche previa al accidente que le cegó la vida, un graznido temible rompió lacerante su mudez. En su racionalidad agnóstica sabe que no guarda relación un hecho con el otro. Pero no suele ser la sensatez cartesiana la que gobierna en la soledad. «La muerte es lo único que no se puede eludir, no tiene remedio, no depende de nada ni de nadie. Es simplemente la conjunción de los impon-

derables del azar –reflexiona Joaquín, recostado con sus ojos hundidos en la oscuridad– que no podemos controlar. ¡Qué no daríamos las personas para poder descifrar las vorágines inextricables de la suerte asociada a todo lo que nos rodea! Marta era muy joven aún. ¡Cuánto la extraño! Si la vida, para merecerla, es la consecuencia de un balance entre las cosas buenas y malas que se hacen en ella, entonces, Marta la merecía tanto, tan extraordinariamente tanto... A veces me habría gustado poder creer en un alumbramiento divino; en alguna fuerza providencial cuidando nuestros pasos, como algunos ciegamente creen sin atreverse si quiera a titubear en su fe... Pero no podría ser tan elemental el albur de la vida. ¡Sería tan fácil todo, que sólo bastaría entregarse con ojos cerrados al discurrir de la vida, dejando que otros, desde su invisibilidad, actúen por nosotros! Nunca le dije a Marta cuánto la amaba, quisiera poder decírselo ahora, pero ya es tarde. El ritmo en que se mueve el tiempo jamás es igual en todas las personas. ¡Qué pena que así sea!». Concluye afligido. Una inspiración profundamente sentida lo sacude de su reflexión y, palpando con recelo su alrededor, se levanta de la cama para salir de la habitación. Tiene el cuerpo húmedo. El sudor que se le asoma en diminutas gotas debajo del cuello, las axilas y las coyunturas, lo van poniendo pegajoso. Se siente incómodo con la sensación que le produce el calor. Enciende el celular para ayudarse con el brillo de su pantalla y recuerda la explicación que ha dado el ministro. También la leyó, cuando con algo más de paciencia que Marcelo, revisaba las noticias en el estacionamiento. «*Así, lo dijo ministro*». Culminaba la reseña informativa. Eso tiene presente apuntando en la penumbra la luz del móvil. Ha visto el video completo de la intervención del alto funcionario. Cada vez que indi-

caba las causas de la hecatombe eléctrica agitando unos papeles con una de sus manos, el rostro se le iluminaba con la sonrisa explayándosele de un extremo al otro del semblante. «El ministro tiene una dentadura envidiable, ¿será por eso que ríe cuando no debe?». Cavila irónico, dirigiéndose al ventanal de la sala pescando un poco del precario aire de la calle.

La pregunta impertinente

El viernes amaneció festivo, fulgurante, teñido de la exhalación pelirroja con que los resplandores del sol iluminaban la cúpula celestial. Muy temprano, cuando los relojes todavía no apuntaban sus agujas sobre las seis de la mañana, el edificio, cuyo nombre invocaba las cercanías del astro rey, despertaba, o mejor sería decir, prolongaba el insomnio expectante de varios de sus residentes aguardando el retorno sorpresivo de la electricidad. Desde la tarde incipiente de ayer, el fluido eléctrico se interrumpió como por arte de magia, todos; sino sorprendidos, al menos extrañados, de la falla intempestiva del servicio, a continuación paralizaron sus quehaceres, quedándose como suspendidos, congelados, similar al instante en que el flash de una cámara fotográfica suena su clic y las personas se capturan con sus expresiones bien, de alegría; tristeza; horror; sorpresa; candor; y hasta sin ninguna de ellas. Poco antes, Ernesto, el hijo menor de Joaquín, regresaba del colegio; el trio de chicos del piso seis, junto a la abuela Melina, veían la televisión con la inquietud metida en sus cuerpos, mientras les rondaba por sus cabezas la siguiente ocupación infantil con la que rehuirían el incordio de las tareas escolares; los jubilados reposaban en prolongada siesta el almuerzo que igualmente incluía a sus mascotas; la doctora Valdez, salía nuevamente de su departamento, esta vez apremiada por un cliente atormentado por el embargo a última hora de uno de sus inmuebles. Desde el retrovisor de su auto, el frontis de Residencias Mercurio, se le iba alejando raudo, haciéndosele cada vez más pequeña la vista de la puerta

principal con su doble hoja de cristal; más tarde, de regreso, la franquearía Marcelo, para no salir de su morada sino hasta el sábado en la mañana. Desde entonces han permanecido apostando en cada zumbido que escuchan, el regreso energético que volvería a la normalidad sus quehaceres ordinarios. No imaginan las proporciones del asunto.

Un retozo bullicioso viene rodando por las escaleras desde los pisos superiores del edificio, rompe aquel silencio que como atrapado en un cubo vacío se había extendido desde las horas próximas al ocaso del jueves. Son las risas desinhibidas junto a las voces chillonas en un tropel de alegría corriendo por los escalones con el desparpajo propio de los infantes, se escuchan puertas adentro en cada uno de los apartamentos, desperezando a sus dueños de la morriña insomne. Hoy, en precipitado aspaviento de felicidad, la tropa infantil del Mercurio, no tiene clases. Viene sacudiendo el polvo de las escalinatas celebrando la novedad del asueto inesperado. *Mateo* y *Rocco*, siguiendo la pauta de sus achacosos amos, asimismo se alertan en reacción instintiva, se sacuden de la opresión que les encierra entre los mimos del par de jubilados y unas paredes fustigadas por el calor acumulado de varias horas sin ventilación. Se yerguen firmes oyendo la gritería mañanera. Lentamente, como midiendo sus pasos, el gato negro se va acercando a la puerta entornada, viene comandando al compañero que le sigue temeroso a un costado, quizá cauteloso, o con ademanes conservadores, según se prefiera, mientras el minino prieto como un carbón, oscila su cola como leyendo el aire. *Rocco*, en cambio, llevándola pegada casi a nivel del piso, pausa su andar preso de dudas. Cuando el grupo animoso de chicos pasa frente a ellos, el aspaviento alegre despierta

como nunca las ansias libertarias del comandante felino. *Mateo*, entonces, agacha el torso, empuja su cabeza ligeramente al suelo y toma impulso con sus patas delanteras, se lanza a la aventura que hace tiempo ha codiciado; Matilde, que viene corriendo, de última entre los niños, a la cola de la pandilla, se ataja súbitamente al toparse con el gato en volandas. El micifuz alza enseguida sus ojos como dos canicas indagadoras enfrentándose con los de ella. En el acto, la niña se acucilla, inclinándose para intentar cogerlo con la agilidad que los primeros años de vida dota a los humanos; pero el animal la esquivo como un correccaminos, despegando en despavorido ejercicio de sus facultades silvestres, rumbo a la escalera que le lleva fuera del edificio. *Rocco*, por su parte, ha retrocedido, retirándose de la puerta, y como haría un niño acusón, se encamina envidioso sin el arrojo suficiente al interior de su casa, quizás buscando a sus amos para reportar la travesura: «*Mateo* se ha ido a la calle sin permiso...».

Las actividades académicas han sido suspendidas esta misma mañana por el ministro, una obviedad que ya los protagonistas del ámbito escolar han supuesto luego de toda la noche sin luz. Todavía no retorna la electricidad, no saben cuándo lo hará; a los chicos, disfrutando de un asueto que no estaba en el calendario, no les importa mucho que aún no se haya reestablecido. La inocencia nunca tiene prisa, tiene los brazos rendidos ante la vida sin estarse consciente de su descuido. No obstante, sus consecuencias pueden llegar a ser dolorosas. No lo saben, tampoco les importa.

Cuando *Mateo* cruza la puerta que Susana Valdez viera desde su retrovisor después del mediodía del día anterior, el ministro se planta frente al podio de alocución. A su espalda, el logo del despacho silueteado en blan-

co, en relieve dentro de un ovalo rojo, sirve de imagen corporativa a la altura de sus hombros. El funcionario se ve triunfante, sobrado en su comportamiento como anfitrión; recuesta ambas manos sobre el lomo acaramelado de la estructura de madera pulida, empinándose discretamente sobre ella, como quien pretende, sin que le adivinen sus intenciones, coger impulso para caer encima de la audiencia periodística que le esperaba. Así gesticulaba hasta que finalmente, haciendo uso de su locuacidad inveterada, se disponía a abordar a los presentes. Un bléiser azulado sobre la camisa blanca que lleva puesta, le hacía ver un poco más claro en su tono de piel, casi sonrosado cuando su tez tiende realmente al moreno. Su rostro lucía como la de aquellos que llevan varios días sin exponerse al sol. A continuación, gira su semblante con lentitud estudiada por el salón, haciendo mecánicamente un paneo de los asistentes, y enseguida, como si brotara desde el fondo de la tierra la planta que sale de su semilla, una sonrisa amplia en sentido ascendente desde los extremos de sus labios, se le despliegue automática hasta levantarle los cachetes en desborde pleno de alegría. Su dentadura con la blancura de la leche, se exhibe entonces, tan diáfana que pareciera el presagio de un anuncio festivo casi al mismo tiempo en que inicia su intervención. Es el instante sagrado de los fotógrafos. El clímax supremo al que aguardan pacientes con el dedo puesto en el disparador para congelar los segundos que retienen la imagen perfecta. Es el trance irrepetible en que concuerdan el gesto, la luz y la pericia del fotógrafo.

Cada uno de los reporteros que tomarían sus derechos de palabra para formular sus preguntas, iban haciéndolo conforme al protocolo que previamente se había dispuesto. Los asistentes del despacho ministerial tomaron

los nombres y la acreditación que los autorizaba a representar los diferentes medios informativos con anticipación. De modo que, cuando el personaje público abrió el lapso para preguntas y respuestas, su disertación se había extendido por un intervalo cercano a la media hora.

—Ministro, ¿tiene usted pruebas fehacientes que sustenten sus aseveraciones sobre la causa real que ha ocasionado la falla eléctrica que tiene a todo el país apagado? —interroga, un joven reportero de una cadena noticiosa, lleva rato haciendo anotaciones en una libreta nueva que le han entregado en su oficina. Ha intervenido preciso, en el turno que le correspondía, tal como se había acordado en el orden registrado, justamente luego de escuchar la minuciosa explicación del funcionario; un compendio ceremonioso de detalles, argumentos y señalamiento de responsabilidades que con profusión fueron presentados sin interrupción alguna. El periodista ha realizado su indagatoria con una presunción implícita. No sólo inquires sobre las pruebas a las que ha referido el ministro, sino que además las califica bajo la condición de credibilidad que han de tener al puntualizar sobre ellas el término de «fehacientes», buscando así obtener el nivel de certeza que las sustenta. La sonrisa congelada del representante gubernamental no se inmuta. Conserva la calma como tantas otras veces lo ha hecho. Aguarda unos instantes para contestar y, finalmente, opta por responderlas en grupo, como en ocasiones similares se lo ha indicado sus asesores comunicacionales.

Otro de los profesionales del ámbito noticioso que integra la nutrida comparecencia informativa, levanta su mano ratificando el turno que antes le han asignado. Esta vez es una mujer, una periodista experimentada, que cubre con frecuencia la fuente gubernamental re-

presentando a uno de los canales de noticias de la televisión nacional.

—Buenos días, ministro. ¿Cuándo estima el gobierno que debe reestablecerse el servicio eléctrico..., es cuestión de horas, de días...?

El hombre oscila su cabeza con un par de movimientos ligeros de arriba a abajo, como quien estira los músculos agarrotados del cuello, procurándose de este modo algún alivio relajante. Enseguida, retomando el control, vuelve a su pose original disparando su sonrisa de siempre.

—Claro que tenemos pruebas del sabotaje, ¿vas a ponerlo en duda? —responde con una interrogante dirigida de modo retórico al joven que ha intervenido minutos antes—. Las investigaciones preliminares, desde ayer mismo, nos están arrojando los nombres de varios de los implicados en el sabotaje y, en las próximas horas, daremos a conocer sus identidades a todo el país y al mundo para que no queden dudas de sus acciones. La autoría intelectual y tecnológica del hecho, ya la conocemos, igualmente, sabemos quiénes están detrás de esto. Estamos al corriente de la intervención de gobiernos extranjeros enemigos de la república. De eso no tengan absolutamente ningunas dudas. Sobre la otra pregunta...—el hombre alza su mano derecha entreabierta, dirigiéndola a la reportera con un gesto que no obstante su esmerada cortesía, expresa apremio demandando apoyo, de ayuda memoria, ante un lapsus repentino que le hace perder el hilo— ...¿Cuándo se repondrá el servicio? —apunta la periodista— Sí, sí, desde luego... Miren, el sabotaje ha sido de una gran magnitud, estamos declarados en emergencia nacional haciendo todo lo humanamente posible para reponer el Sistema Eléctrico Nacional en las próximas horas, por eso precisamente hemos ordenado la suspen-

sión de las actividades académicas y laborales en todo el país. Sin embargo, confiamos en que de un momento a otro volveremos a tener electricidad regularmente... No van a doblegarnos. —sentencia vehemente, prácticamente cerrando sus palabras con una entonación equivalente a la que un director de orquesta realizaría con sus manos a punto de finalizar su concierto. El séquito que le acompaña, comprendiendo el acento discursivo de clara intención de culminar la rueda de prensa, comienzan a retirarse del lugar. La señal la captan precisa cuando, dirigiendo, como antes, su mirada a todos los presentes, clava sobre ellos sus pupilas negras con la chispa de júbilo de quien está cercano a dar la última estocada al toro frente a la multitud. En ese instante se topa con la atenta observación que le está haciendo el joven periodista que hace un rato le ha indagado sobre la fiabilidad de sus acusaciones. Ambos se miran asaltados con el mismo centellazo azabache que les asemeja tras el parpadeo de unos segundos y, en un arranque inesperado, éste vuelve a levantar su mano, le hace señas con una cierta torpeza emparentada con la timidez propia de un novicio; intenta volver a intervenir a pesar de que su oportunidad ya la ha ejercido, no obstante, como si el asunto no fuese con él, insiste con esa terquedad del necio, o con la suspicacia reporteril de un avezado profesional. Su rostro tiene un aspecto tan juvenil que le da un aire de ingenuidad, de inocencia que confunde al personero.

—...Ya tú preguntaste, tuviste tu turno... Pero, bueno, como te veo tan agitado, dime cuál es esa inquietud que tienes...

—Ministro, durante muchos años en el país se han registrado permanentemente apagones eléctricos, a veces duran unas pocas horas, y en otras ocasiones, minutos prolongados. Posteriormente, cuando se restablece la

energía, una secuencia de interrupciones abruptas se mantienen por varios días. Usted recordará que... —llegado a este punto, uno de los asistentes protocolares interfiere la formulación en curso, puntualizando al periodista que únicamente tiene derecho a realizar preguntas y no a disertar sobre el tema. La cara del sujeto manteniendo su sonrisa congelada, permanece imperturbable, adivinando las intenciones del reportero. Con un ademán de indubitable impaciencia, desautoriza la acotación protocolar, conminando con aire de prepotencia al joven a concretar su interrogante—. ¿Estamos entonces, doctor, ante un sabotaje continuado de varios años, o frente a una rutinaria acusación que esconde la causa real del problema? —remata finalmente, en corolario de una inocente lógica, a la que suponen el tono de una conjetura que no pretende. Ha sido tan espontánea como llana su indagatoria. Una deducción a la que ha dado pie las palabras del ministro. —Mira... ¿Cómo es tu nombre?... —inquieta el funcionario, con el mismo vuelo con el que va respondiendo— Fernando... Fernando Naranjo —le ha indicado el asistente que se ha colocado detrás suyo sin dar chance a que el propio periodista lo diga—. Tu intervención, además de fuera de lugar, porque ya tuviste tu tiempo para hacerlo, es sumamente impertinente. Es una pregunta muy impertinente la que me planteas... Ya antes he explicado que nuestro gobierno viene siendo sometido desde hace muchos años a una severa agresión por parte de enemigos externos e internos. Lo que hoy estamos enfrentando es un ataque cibernético y otro electromagnético que han colapsado el Sistema Eléctrico Nacional. Esa es la verdad... De manera que no tenemos nada más que agregar —concluyó abruptamente, lanzando la misma sonrisa que ha tenido durante toda la mañana. Así lo captará el clic

preciso de aquel instante fotográfico que en pocos minutos será la noticia del día.

Diligente, con el tumulto de corresponsales fustigándolo a preguntas que se pierden en el tremedal de voces, se fue retirando con su comitiva sin responder a ninguna de ellas. El reportero que cerró inesperadamente el ciclo de intervenciones se ha quedado en su asiento a la espera del repliegue de sus colegas. Es su primera incursión periodística en el ámbito gubernamental.

—¡Evaristo!... ¡Evaristo!... ¡Mateo se ha escapado!... Se fugó por la puerta abierta. Yo te dije que estuvieras pendiente de los gatos... —grita Albertina, rabiosa, viene con *Rocco* entre los brazos de revisar los alrededores buscando al compañero del felino que apurruña. No se ha conformado con asomarse a su propio pasillo, sino que también ha bajado las escaleras para llegarse hasta el piso donde nadie habita, el tercer nivel de la edificación. Pasa revista al vestíbulo, llamando al micifuz con su voz trastocada en exhortación cariñosa.

—Mateo... *misu, misu... miau, miau, Mateo... misu... misu, miau... miau* —va maullándole, mientras enfoca rápidamente su mirada hacia los dos apartamentos que ahí se encuentran, nada diferente observa frente a ellos; lucen igual que siempre, con el fino manto de telarañas cubriéndoles sombríos, desolados, pareciéndose calmosa e indefectiblemente en su viaje a quienes antes los habitaron; el capitán Fausto y Celestina. El olor del destierro, en coyunta con la desolación, forja el ambiente de olvido que todos reconocen en aquel lugar de puertas selladas al atravesar el pasillo camino a las escalinatas.

Con la molestia a flor de piel regresa al interior de su hogar haciendo los reclamos a cuatro vientos. Está con-

vencida de la huida de la otra de sus mascotas. El culpable: su marido, por descuidado. Evaristo, metido en una de las habitaciones, en la intimidad más apartada de éstos, ocupado en uno de esos quehaceres maniáticos de quienes se inventan oficios para matar el tiempo, no se ha percatado de la evasión del gato negro. Tendrá que soportar la pelma puntillosa de su mujer hasta hacerlo retornar a casa. Enseguida sale diligente al encuentro de ella cuando escucha el griterío. Nada puede hacer ya. —Pero... cómo es que se ha escapado si hace muy poco estaba con *Rocco* en la sala... ¿Estás segura? No creo que se atreva a irse más allá de la puerta... Creo que son figuraciones tuyas...

—¿Cómo?!... Pues claro que se ha ido, no sé por qué nunca me crees cuando te digo algo. ¡Claro que se fugó!... Se ha ido seguramente detrás de los niños mientras corrían las escaleras. *Mateo* es muy pícaro...

—Sí, yo lo sé... —responde acoquinado Evaristo.

—Entonces, ¿por qué no lo cuidaste?... Ya me asomé a buscarlo por todas partes y ni el rastro de él. Se ha fugado por tu culpa. Tienes que traerlo de vuelta —remata colérica la mujer. Su rostro se ha sonrojado con dos chapas rojizas en cada mejilla y el fulgor de los dos luceros índigo que parecieran alumbrar todo cuanto observan.

Mateo hace rato que ha franqueado la enorme puerta de dos hojas verticales de vidrio del condominio. Es el acceso principal de Residencias Mercurio que lleva al parqueadero y a la avenida que lo delimita en esta parte de la ciudad. Se ha escabullido detrás del tropel de niños que lanzados por sus padres fuera de sus casas, buscan alivio en la mañana virgen para amortiguar en el exterior los efectos de la vigilia calurosa de la víspera. Hoy están libre de las clases habituales, es como el recreo que no

esperaban. Sólo Matilde ha intentado simpatizar con el gato. Más tarde, cuando ambos descifren aquello que los congenia, podrán entablar la relación de afecto que los acercará. Delante de sus pasos sin que ella pudiera impedirse se ha ido corriendo veloz para internarse en una región desconocida; las afueras de su aposento mimoso y de Residencias Mercurio.

A medida que el día fue transcurriendo, las esperanzas del pronto retorno de la electricidad, fueron desvaneciéndose paulatinamente, la gente comenzó a sentir el agobio del desconcierto como una manifestación clara de no saber a qué atenerse en las siguientes horas. Los rumores que habían venido circulando desde el día anterior, llegado este momento, fueron asumiendo el carácter de noticias, de informaciones veraces, incluso hasta después de conocida la versión gubernamental cerca del mediodía. Nada podía evitarlo, es la reacción intempestiva de las personas ante un hecho que les conmociona sorpresivamente. Las fallas de las comunicaciones, de la internet, la ausencia de periódicos y estaciones de radio operativas, determinaron en ese sentido, el contexto propicio para alimentar las conjeturas que habían corrido como pólvora. Posteriormente, aspirando las autoridades detener el torbellino de murmuraciones, siendo de tan enorme magnitud las aseveraciones, igualmente fueron incorporadas a ese maremágnum de especulaciones con el mismo rango de valoración entre la gente. Por eso cada quien creía tener una respuesta, una afirmación con valoración precisa del suceso que les afectaba. En fin de cuentas, la realidad es una abstracción individual, una percepción sujeta a la ponderación que cada cual se hace conforme al cúmulo de experiencias que tiene. Quizás sea el modo en

que reaccionan los seres humanos en situaciones límite, de crisis en las que se ven impactados inesperadamente, volcándose en las primeras de cambio, por fuerza de la inercia colectiva, hacia los extremos de un caos general en el que todos hablan a la vez, aventuran conjeturas, y formulan pareceres que rápidamente se transforman en verdades. En este caso, la versión esgrimida por el ministerio de Información y Comunicaciones, al cierre de la mañana de este viernes, luego de varias horas del apagón, viene a ser, similarmente, una de las tantas aseveraciones que ahora circulan entre las personas.

—Hace ya muchas horas que se fue la luz. Antes de culminar el día, según dicen, se restablecerá el servicio... ¿Qué creen ustedes? ¿Saben algo...? —pregunta Susana a Santiago y Carla, sus vecinos de enfrente, cuando se topan en el vestíbulo que une a ambos inmuebles. Los Fernández Velásquez van urgiendo a sus hijos a desalojar la vivienda para tomarse un descanso del alborozado corretear de la pandilla. Ahí se concentran el grupo de niños vecinos y propios. Susana sonríe al verlos brincar gozosos reuniéndose en el pasillo para bajar alocados por las escalinatas hacia el exterior. La abogada no tiene hijos, los anhela con la devoción extrema de quien aún no lo consigue, se divierte al mirarlos emocionados por el día festivo que ahora parecieran recibir como un regalo fuera de fecha.

—Así han dicho, pero uno nunca sabe... —responde Carla—. Se dicen tantas cosas... Escuché comentar a un amigo de Santiago que varias turbinas habían explotado en el Guri —continuó hablando mientras su pareja despide cordial a los chicos—. La verdad, ya no sabe ni a quién, ni qué creer... —concluye. En su afirmación se cuela el acento desconcertante de quien se limita a repetir aquello que otros han manifestado con la misma fibra conjetural de la incerti-

dumbre. Susana se encoge de hombros, levanta las cejas y sus ojos verdes se le abren como dos botones sembrados sobre su rostro moreno.

—¡Qué calamidad!... No he podido enterarme de nada, mis teléfonos están sin baterías desde ayer. ¿El gobierno todavía no ha dicho nada? —insiste, queriendo obtener de sus vecinos lo que asimismo desconocen.

—Creo que aún no se ha pronunciado oficialmente —dice Santiago, luego de hacer correr a la tropa—. Tal vez más tarde lo hagan. Supongo que investigan y trabajan con urgencia para recuperar el servicio cuanto antes. Eso, simplemente imagino... —acaba expresando.

—Sí, así debería ser, también yo lo creo... No lograría comprender cómo todo el país pueda mantenerse sin electricidad por más tiempo... ¡Sería impensable! —afirma Susana.

Pasados los cortos minutos en que se hablan los tres vecinos, desde los pisos inferiores, Albertina se escucha llamando a una de sus mascotas, lo hace repetidamente como quien la procura desde algún lugar desconocido para ella. Con la única excepción de Susana, todos los demás residentes del edificio, después de varios años de ver a Evaristo y Albertina afeitados con sus gatos, se han familiarizados con ellos, en cierto modo, hasta con cariño. Los conocen bien a ambos, hecho éste nada complejo por la disparidad no sólo física, sino también por sus personalidades tan opuestas. Les extraña, entonces, los llamados reiterados que ahora le hacen a uno de estos. Marcelo, quien vive frente a los jubilados, se percata del tono inquieto de Albertina desde el piso tres. Se asoma discretamente a su puerta y agudiza el oído. Igualmente sabe de ellos, de las atenciones con que les consienten, eventualmente les juguetea con ese toque de travesura

que se le antoja cuando su buen ánimo le asalta. Detrás de la puerta entreabierta, permaneciendo callado para no delatar su presencia, sigue los movimientos de la dueña de los animalitos, en algún momento, con una expresión de hilaridad en su rostro, se le escapan sus pensamientos. «¡Se les fugó el gato!». Masculla, y desde el interior indes- cifrable de las cavilaciones que le embisten sorpresivas, sin llegar a expresarlas plenamente, se le ocurre añadir: «¡coño, tantos problemas y estos viejos siempre pendien- tes de unos gatos mañosos!... ¡La vejez es una vaina se- rial». Ahí se queda por un intervalo difícil de precisar. Nota que la *padrona* de los micifuz —como habría dicho Anna Martini— ingresa presurosa, rabiosa, esta vez, en busca de su marido. Pero no ha sido esa curiosidad ocio- sa la que, precisamente, le ha mantenido agazapado fis- goneando el vestíbulo. Es una voz femenina envuelta en un matiz grave brotando pausada de una garganta, viene resbalándose escalinatas arriba con el germen cautivador que antes ha escuchado. Es Susana Valdez, a quien reco- noce antes que, con los oídos, con el revoloteo irreflexi- vamente impetuoso que se le agita entre la angostura del cuello y las honduras el pecho.

Joaquín, quien ha debido ser el propietario del par de feli- nos, desde las alturas de su hogar, asimismo oye el clamar de Albertina, percibiéndole aquella tonalidad ronca, ás- pera, en que se le fueron convirtiendo sus palabras por el antiquísimo y desmedido hábito del fumeteo vicioso. No se inmuta, no le incumbe el destino de ellos, es ahora una obligante responsabilidad de quienes lo quisieron. «El fe- liz y afortunado momento en que así lo decidieron». Se le ocurre pensar.

En pantalón corto y sin camisa, toma su quinta por- ción de café; también él, es esclavo de una adicción.

En la cocina, con vista al sol caliente de la hora entrando por la ventana, la sorbe humeante. «¿Mascotas...?». Murmura mientras empina la taza. «¡Nooo...! Me basta con los problemas que tengo para buscarme otros. Son tiempos tan difíciles para la gente, qué se dirá para los animales...». Se dice, como si hablara con alguien. Frecuentemente lo hace, ejerciendo una costumbre aprendida en la soledad. En esos instantes, quedándose meditando sobre cualquier tema por un rato, de pronto, se responde en voz alta, llevando así el hilo de lo que piensa, como si mantuviera una conversación ordinaria en la que va interrogándose, respondiéndose y acotándose en respectivas precisiones. Es una manifestación de la soledad que le invade a veces, especialmente, después de la muerte de Marta. Son ocasiones de muy esporádicas oportunidades, de resto es un sujeto con un sentido de la realidad bien equilibrado.

—¡Albertina con sus gatos!... —exclama Carla, interrumpiendo el curso de la charla que sostienen los tres residentes del piso seis. Susana la observa a punto de replicarle. La mujer ha hecho el comentario con un acento cariñosamente mezclado con el de una resignación condescendiente, sonriéndose discretamente con un gesto vacilante en su semblante, como quien acepta el advenimiento de un hecho inofensivo, «¿Quién más podría ser sino Albertina?». Podría estar preguntándose ahora mientras ha soltado su impresión, como si irremediablemente, además, debería ser así por simple deducción instintiva, ¿quién más sino ella y sus mascotas?

Susana comprende a que se refiere, pero no revistiendo importancia para ella, simplemente se limita a una observación elemental.

—Es la señora de los gatos, ¿cierto?... Parece que se le escapó uno de ellos...

—Sí, esos animalitos son como sus hijos. Tiene más esmero con ellos que con cualquier persona... —apunta Carla.

—Sí, me he dado cuenta. El mundo es así de irónico y disparatado —concluye la abogada. Únicamente ella sabe por qué ha dicho semejante sentencia.

Santiago, viendo el parloteo entretenido en que ha derivado la tertulia original, se ha retirado puertas adentro dejando a las dos mujeres en el coloquio que se extendería por unos minutos más. Es entonces, cuando Susana, prisionera de la marcha implacable de las saetas que van corriendo sobre los hitos que indican las horas, echa un vistazo a su muñeca, y sorprendida ante el avance de la mañana, decide retirarse al interior de su apartamento. Es mediodía. El ministro finaliza su alocución. Marcelo cierra la puerta y, los niños, allá abajo, al margen, se divierten despreocupados del apagón.

Siempre un jueves

Bastante temprano —por usar alguna expresión frecuente de medición temporal que elude a una precisión exacta—, en esos instantes cercanos a las seis de la mañana, en Residencias Mercurio, los sonidos asociados al despertar de la gente, comienzan a sentirse progresivamente, van tomando cuerpo desde el bostezo inicial que va levantándoles de la modorra del descanso, hasta el trajinar revoltoso sobre enseres y muebles que no pueden moverse con sigilosa manera. Desde su vasto interior vertical, cada uno de los apartamentos que lo integran, en un tronar de puertas que se abren y cierran junto al vocerío que acompaña los pasos atribulados de sus ocupantes, el nuevo día se aligera con la prisa de los apremios que a cada quien impulsan. Todos se aprestan a enfrentarse al quehacer rutinario de las labores que les corresponde. Los adultos —aquellos que aún los conservan—, a sus puestos de trabajo; los jubilados a los oficios que van inventándose en el curso del día; los desempleados a renovar sus esperanzas si la realidad que les circunda no acaba primero con ellos, y los chicos, indiferentes a los desasosiegos de los mayores, desbocados en su tarea de ahorrarse cada segundo de algún percance azaroso de último momento, se precipitan acelerados al colegio que no admite retrasos. Ese es el ajetreo en que se escuchan afanados a esta hora, apremiándose unos a otros en la intimidad que les cobija entre las cuatro paredes de la mole de concreto de varios pisos de altura. Lo van haciendo ciñéndose a la repetición del programa que les ocupa de lunes a viernes. Es jueves, el día más fastidioso de todos, la última cur-

va del trayecto que marca el fin del recorrido. No tiene la ansiedad del inicio de la semana, ni la renovación del miércoles que a mitad de ella estimula la continuación de la faena. Y desde luego, tampoco, la alegoría del hecho cumplido que significa llegar a la meta el viernes. Tiene el agobio de columbrar la llegada, de mirarla a la vuelta de la esquina, pero no hay modo de cruzarla sino hasta dejar transcurrir el lapso que aún resta para atracar en ella.

Un jueves de hace dos años salió Marta un poco más tarde que de costumbre a sus labores de siempre. No tuvo ocasión de despedirse de Joaquín porque con el reloj en contra, debía remontar el tráfico que rápidamente se aglomeraba en las vías. Inexplicablemente se le habían acortado los instantes reservados para salir sin apuros a su jornada laboral. Se marchaba atribulada para ganar el tiempo que antes había perdido en las tareas domésticas que por costumbre se han endosado con exclusividad a las mujeres. Nunca lo recuperaría. El vendedor de seguros, entonces, se duchaba en acuerdo a su rutina habitual, como ahora mismo igualmente pretende hacerlo. No alcanzó a verla partir.

El aroma del café que hierve sobre la estufa, se va levantando tan seductor como la propia mujer que lo espera ansiosa para sorberlo en diligente adicción, el olor se mete invadiendo todo el interior sosegado de los ratos previos al bregar bullicioso del día; es imposible no percibirlo, incluso para los vecinos cercanos. Susana Valdez se toma de ambas manos y se las dobla estirándoselas, se cruje los dedos con ese ademán tan particular que algunos escogen para desentumecer las articulaciones de sus extremidades a medida que van despertándose. Es la señal inequívoca del inicio pleno de la jornada, segundos

en los cuales dan vueltas las ideas sobre los compromisos pendientes. Sobre la mesa, examina los documentos que habrá de llevarse en los límites de la media mañana, forman parte del legajo de escritos que ha de portar a la cita con uno de sus representados. Es el ritual laboral pocas veces alterado del comienzo de sus obligaciones de acuerdo con el cual, con arreglo meticuloso del orden en que lleva sus asuntos, separa el grupo de folios en carpetas que va metiendo en su maletín. Hoy hace lo mismo, se relaja en el único espacio del interior de su hogar en que se da oportunidad para planificar los quehaceres atinentes a su profesión; la cocina, lugar de meditación solitaria y de planificación laboral. Allí, el sol que comienza a empinarse en las cumbres infinitas de un cielo celeste, exhibiéndose desde el oriente de las cósmicas lejanías en la arrebatadora claridad del trópico que inunda con su luz todo cuanto se encuentra, el interior de la estancia se va coloreando con esa luminiscencia ambarina de los fulgores que ya han dejado de ser los primeros, los de la aurora que hace rato han quedado atrás.

Más abajo, Marcelo se despereza con otra costumbre, se mira enseguida el reloj, respira hondo, cierra los ojos en gesto de meditación momentánea y tensa sus brazos hacia arriba como si fuera a desprendérselos de las coyunturas. Calcula mentalmente el tiempo que le resta para arreglarse y salir del edificio. Frecuentemente hace lo mismo. Se levanta de un salto de la cama y camina directo a la cocina donde se toma un vaso agua a dos o tres sorbos a temperatura ambiente para luego ducharse. Este protocolo atiende a una antigua recomendación que, según le han dicho, activa rápidamente el metabolismo de las personas. Receta que lleva la marca del doctor Dávila,

un oficiante de médico con aspecto de místico asceta que exhala un nimbo de sabiduría etérea que, en virtud de los estereotipos instalados en la psiquis, era lo que mayormente inspiraba la confianza de sus pacientes. Este hombre no era médico de profesión, era un curandero que a través del iris de los ojos podía diagnosticar el mal que aquejaba a quienes acudían a él. No les recetaba ninguno de los fármacos o remedios conocidos por la ciencia, ni tampoco se explicaba en términos terapéuticos convencionales. Sus diagnósticos eran tan sencillos, como breves, lapidarios, y sin divagaciones que dieran lugar a otras suposiciones patológicas, porque, en efecto, resultaban de la auscultación que con su mirada penetrante de ojos azulados hacía sobre la de aquellos sufridos demandantes de sanación. Era todo un personaje que pareciera cobrar vida desde las mismísimas fábulas dostoevskianas. Marcelo está convencido del alcance rehabilitador de sus prescripciones, poco importa si son acertadas o no, el caso es que así él las cree. Después de ellas, habiendo culminado el ceremonial con el que abordaba el día, en un rato se cruzaría con Susana Valdez en el estacionamiento del edificio.

Cuando Matilde nació, un aguacero cayó sobre la ciudad desde muy temprano en la mañana, las actividades ordinarias se paralizaron por la fuerza del diluvio, y no fue sino hasta bien entrado el día que se normalizaron plenamente. A Liliana, se le presentaron los dolores del alumbramiento durante la madrugada, en medio de un cielo oscuro, denso y pesado en el que parecía que las nubes estaban como paralizadas. De ellas, se desprendían como latigazos, relámpagos que alumbraban sinietros toda la inmensidad opaca que se encaramaba sobre la ciudad, en pocos segundos, posteriormente, reventa-

ban atronadores sobre ella los estruendos asociados a los fogonazos eléctricos que antes se iluminaban en rayas fluorescentes, como si un colosal cable cargado de electricidad se hubiese desprendido desde las alturas haciendo alocadamente contacto con alguna superficie metálica. Ráfagas de vientos se empecinaban sobre los cristales de las ventanas, fustigando las ramas de los árboles que luchaban contracorriente para no desprenderse de los tallos a punto de quebrarse. La ciudad, acoquinada, se despertaba sobresaltada, contemplando la tempestad en ciernes que por estas fechas cada año se repiten. Fue el capitán Fausto quien socorrió durante aquellos momentos de angustia, a la joven pareja formada por Liliana y Javier. A él acudieron luego de tocar asustadizos la puerta de Celestina. Ella no respondió, por más que le tocaron insistentemente por varios minutos exasperantes. El capitán, despierto por el vendaval que les hostigaba, pero igualmente, azorado por el insomnio que le provocaba el dolor en la espalda, logró percatarse de la obstinación de Javier, salió a su encuentro presintiendo algo fuera de lo normal y pudo, entonces, enterarse de la novedad; Matilde venía en camino, también fue un jueves. Quizás de mayo o junio, sólo Liliana, Javier y ella lo saben, porque al capitán, hace mucho ya dejó de interesarle.

Madre e hija, bajan ahora precavidas, con el deber urgiéndolas para llegar al colegio sin retraso, se mueven con cautela, como por lo general lo hacen, pero deprisa, tomadas de las manos descendiendo por las escalinatas desde el segundo nivel donde viven hasta las afueras del edificio. Van con el cronometro ajustado sin que hayan tenido demora importante. Suele suceder después de habituarse a una pauta en la que se presume que el tiempo se desplaza al capricho de quien lo mide; se atrasa o

adelante conforme se lo exigen. Sin embargo, cumplirán con el horario, como tantas otras veces lo han hecho. Lo harán en medio del día soleado y vigoroso que hoy las acompaña, como si el astro rey amaneciese con una carga nueva de baterías, resplandeciendo por las claraboyas que se observan en las alturas de la construcción; en el paredón frontal que se levanta alinderando la escalera con el exterior hasta el octavo piso de Residencias Mercurio.

Calladas se dirigen a la salida del edificio, saltando del último de los peldaños, una junto a la otra mientras van alejándose con la misma semejanza en el modo de andar pese al contraste evidente del tamaño de sus cuerpos. Es la huella genética impresa en diminutas proporciones de la madre sobre la hija. Con los años se hará mucho más notoria en la cintura de Matilde, aquella cadencia que ahora es un remedo inapreciable de la que va pendulándose como en dos tiempos en las caderas de Liliana. Regresarán después del mediodía.

Evaristo y Albertina encienden su primer cigarrillo del día, el par de mascotas duermen arrinconadas sobre una manta hecha de retazos de varios colores, una de ellas relajada con la certeza del aposento seguro; la otra, recostada de medio lado, permanece atenta a los movimientos a su alrededor con la cabeza ligeramente en alto, a veces bate su cola con una discreta oscilación expectante, como si de pronto comprendiera la charla que sostienen ambos jubilados.

—Evaristo, no vayas a olvidarte de traer el alimento de los gatos y los cigarrillos... —apunta Albertina, al verlo acicalarse para salir en su acostumbrada misión de compras mañaneras. Un hábito, en realidad, más de paseo entretenido que de otra cosa.

—Claro, mujer, ¿cuándo lo he olvidado?

—¿Cómo qué no?!... Por supuesto que lo has hecho, en ocasiones tienes la memoria tan frágil...

—No digas tonterías, que tú eres más olvidadiza que cualquiera. Deja que comience bien el día antes de hacerme tantos reclamos... Prefiero no regresar que oírte la lengua si llegara sin tus encargos...

Albertina se sonríe con la picardía de quien reconoce una travesura. Suelta una de sus manos en ademán despectivo como quien espanta el comentario que se ha quedado en el aire. Bien conoce los arranques roñosos de su marido, igual que sus sorpresivos ataques de afecto. Sobre la mesa que se comparten, un cenicero de vidrio ocupa el centro de ella, teatro de operaciones en el que la nicotina ejerce el control desde los dedos amarillentos que ambos ya no pueden disimular.

—¿Qué has escuchado sobre el agua? En tres días no hemos tenido una gota...

—Nada, Tina, nada... Desde que el alcalde anunció que se repondría el servicio, menos ha llegado. Pareciera como si lo hicieran adrede... Dicen sí, cuando en realidad es no; y no, cuando en verdad es sí. Es como para volverse uno loco... Como si el mundo estuviera al revés.

Mateo se levanta de su mullido acomodo, y en una reacción de extraña ocurrencia gatuna, se estira sobre sus patas. Su cuerpo se eriza al tiempo que alza el rabo mientras abre su boca como si bostezara. Enseguida mueve su cabeza de izquierda a derecha repetidamente, y podría pensarse que estaría despabilándose como cualquier persona, sacudiéndose la modorra del rostro a punto de acogerse a los desafíos del nuevo día. *Rocco*, en cambio, aún duerme con las patas mirando el cielo.

Una mosca ingresa al auto abriendo Marta la puerta, lo ha hecho en las infinitésimas partes de un segundo en las que es imposible evitarlo. Se aventura en la inmensidad que podrían significar las proporciones del interior de un automóvil. Ha tardado prácticamente nada en entrar en él, sería, quizás, ese mismo lapso el que habría de requerir la esposa de Joaquín para sortear el destino que le sorprendería dentro de unos minutos.

La mujer, viniendo atareada por el sinfín de asuntos que le dan vueltas en su cabeza, enciende enseguida el vehículo y, en reacción automática, consulta los mandos del tablero, especialmente aquel que indica el nivel de gasolina, le habría sido muy desagradable haber tenido que surtir combustible a último momento, mientras frente a las estaciones, las colas de carros son interminables, incluso desde muy temprano en la mañana. Nada habría podido hacer si le hubiese faltado un poco de ella; como tampoco si el indicador de la temperatura no respondiera, o el de los frenos se encendiera. Igualmente se habría marchado inexorablemente porque era esa la pauta que el juego aleatorio con que se lanzan los dados decidían hoy su destino. Habiéndose paseado por el protocolo de rigor, inicia su partida. Se retira de Residencias Mercurio para siempre.

Conduciendo a velocidad moderada, con todos los sentidos sobre la vía, el tráfico recién comienza a dificultarse. Siendo tan temprano, las personas se ven desde ya acudiendo a sus trabajos con sus prisas de costumbre; los chicos, aún con las pestañas pegadas entre los párpados, arremangándose los aperos escolares, se aprecian diligentes encaminándose a los colegios, igual van despertándose cabalmente a medida que notan como corren los minutos previos al timbre escolar. El primer semáforo que

encuentra Marta está fuera de servicio, los conductores indiferentes se lanzan en dicha boca calle asumiendo que siempre sea otro quien ceda el paso. Marta pausa su marcha y deja que sean aquellos que transitan transversales, los que avancen sin impedimento, tiene prisa, pero conserva la prudencia. Dos cuadras más adelante, una nueva intersección que controla el siguiente semáforo, desde la distancia, se le observan sus luces encendidas, funciona, sin duda, perfectamente. A medida que la mujer del corredor de seguros se acerca, el cambio de colores del rojo al verde, le indica que puede continuar sin obstáculos, está en su derecho preferente en la vía. Avanza confiada hacia la esquina.

La mosca de hace un rato se posa sobre el vidrio de la ventanilla izquierda, frotando sus diminutas patas delanteras entre ellas y también sobre su horrible cabeza. Sus alas se han aquietado cuando se pega al cristal que mira el tráfico que viene lateral, como si observara los vehículos que corren desde este flanco de la intersección. Marta, concentrada en el volante, no se impacienta por nada a su alrededor, sólo tiene vista para la avenida que va transitando. Aprieta ligeramente el acelerador para franquear la encrucijada y, justo en el momento en que está cruzándola, la mosca levanta su vuelo con ese prodigio de doscientas veces por segundo en que puede hacerlo, se retira de la ventanilla hacia la parte posterior del auto, mientras otro conductor, desde el mismo costado izquierdo, corriendo sin atender a la luz roja del semáforo que ha debido detenerlo, se impacta certero sobre Marta. La trompa del infractor se estrella con toda la fuerza de locomoción que trae el carro sin que le haya dado chance de aplicar los frenos. Allí, en la última curva que marca el fin de la semana, cuando se columbra la llegada que no se puede franquear sino hasta que co-

rresponde, durante un jueves insípido y desaliñado, con el sol apenas fulgurando sobre la ciudad, pierde la vida la esposa de Joaquín Velarde, el vendedor de seguros de Residencias Mercurio, únicamente bastaron las infinitésimas fracciones de un segundo para que aquel instante fatal e inevitable se produjera.

Frente al espejo, la navaja afilada va despejando los bordes de su bigote, el manejo con precisión de cirujano que hace de ella, corta los vellos que se han ido asomando sobre su piel después de un par de días sin afeitarse; le han estado brotando como retoños desde las profundidades metabólicas del cuerpo. Su mano derecha se esmera sujetando la hojilla con particular cuidado, mientras va dando al mostacho la forma estilizada que lleva años cultivando. La va pasando al rape sobre su rostro, manipulándola en diagonal a medida que acerca el filo a la comisura del costado izquierdo de la boca, justo donde se le angosta el mechón platinado que oportunamente entinta de negro intenso. Esa imagen proyectada en el espejo ante sus ojos, sin dudas que es él, aunque pareciera otro el que la mira desde la creencia de haber conseguido pausar los granos de arena del reloj del tiempo, cayendo inmisericordes de un extremo a otro del conocido artilugio. Hoy, sin embargo, se atreve a reconocer en la figura del hombre maduro que advierte reflejada tras cada pestañeo, el rastro marchito de los años. Aquellos surcos delgados que le nacen laterales en el corte oblicuo de ambos ojos, e igualmente en sus contornos, ya hace mucho que se le han venido dibujado como una tela de arañas. Se le han ido tejiendo persistentes sin poder evitarlos. «Sí parece que todo fue ayer, sólo ayer...». Piensa, con turbación instantánea cuando sobre el pliegue que une sus labios,

la punta de la navaja resbala indebida; un diminuto, casi insignificante corte, entonces, deja salir la minúscula gota de sangre que le impregna el bigote. «¡Coño!». Exclama enseguida, despabilándose de aquella fuga súbita que le ha llevado a pensarse como lo que en efecto es: un hombre que se aleja de la juventud.

Molesto consigo mismo, retira la hojilla doblándola en su cubierta al tiempo que presiona con su dedo la herida. Respira hondo, se palmea ambas mejillas, como si buscara despertarse de un sueño y, reponiéndose de aquel periquete reflexivo, se incorpora al ajetreo que comienza a reclamarle el día que ya avanza ligero.

Dos niveles más arriba, Susana Valdez culmina de acicalarse, la lámpara del techo que le alumbraba, se apaga y enciende repentinamente, como si el bombillo que la contiene presentara algún desperfecto de último momento. Quienes todavía permanecen en Residencias Mercurio apenas se han dado cuenta de la intermitencia eléctrica. Marcelo, uno de ellos, la nota cuando, asimismo, se encamina hacia la puerta de salida de su apartamento. Al introducir la llave en el cerrojo, escucha apagarse aquellos sonidos propios del mundo construido por los humanos, un entrecortado fugaz que con el mismo impulso retorna los ruidos del tremedal de artefactos electrónicos. Se percata inmediatamente de la falla de la corriente, no obstante, no puede ya detenerse, dispone justo del lapso que requiere para llegar a su trabajo. Mira su reloj en la muñeca derecha y pasa el cerrojo decidido, volteándose en un mismo acto al área común de la edificación sobre la que avanza hacia el elevador ubicado en el medio de ella. Confía en su buena suerte, espera que la interrupción sorpresiva no vuelva presentarse.

Susana, previsiva por instinto, lista para marcharse a su despacho, oye desde el piso superior el trajinar atareado del ascensor haciendo su labor, es el nivel siete de las residencias. Ahí, Joaquín acaba de dejar su apartamento para esperarlo. Contrariado tanto por la falta de agua como por el prejuicio que tiene sobre los jueves, se irá al trabajo más por costumbre que por oficio. No ha notado la abrupta suspensión energética. Susana, no lo sabe; sin embargo, presume que a él no le importa, ella, en su lugar, prefiere bajar por las escaleras, sólo tardará unos minutos más que él en llegar a planta baja. Cada escalinata tiene nueve peldaños, distribuidas en dos secciones que la integran en forma de zigzag desde la cúspide en el piso ocho —dos más arriba de donde vive Susana—, hasta el ingreso principal. Cuando no hay ascensor todos las suben y bajan con pesar, menos los niños que las disfrutan en descocada alegría inventándose cualquier travesura. Susana habría podido llegar incluso unas fracciones antes que lo acostumbrado, pero al pasar por el nivel tres, sin saber explicárselo, se detiene en el pasillo, camina unos pasos luego del último de los escalones, y se encuentra justo en el medio del vestíbulo que une a los dos antiguos residentes de dicha área. A su izquierda, donde antes habitara Celestina y, a la derecha, la residencia del capitán Fausto. Las sombras del abandono sobre las puertas, antes que el enrejado que las protege, cubre las entradas con una sensación de ostensible descuido. Una capa cremosa de polvo descansa desde quién sabe cuánto tiempo sobre ellas, es la misma materia de la que está formada el olvido en todos los rincones del mundo. Al mudarse a Residencias Mercurio, ambos ya habían

fallecido, de modo que a ninguno de ellos llegó a conocerlos personalmente.

Impulsada por la curiosidad se dirige a la puerta de Celestina, frente a ella, se percata del timbre que tiene a un lado. Levanta su mano para oprimirlo sin entrar disquisiciones sobre qué haría sí alguien le respondiera. Es la intriga en acción durante unos segundos. Sin notarlo, detrás de ella, Evaristo bajando por las escaleras, viene tan sigiloso que no oye sus pasos tocando ya el último de los peldaños que lo ingresan al pasillo.

—¡Ahí no vive nadie! —le alega con su voz bronca de viejo fumador, con un pie sobre el mismo escalón y el otro sobre el piso. Se extraña al verla con el dedo a punto de pulsar el botón. El jubilado la mira sin detenerse, doblando rápidamente a su derecha y abordando la siguiente sección de escalones. Apenas exclama el comentario y continua en marcha.

—¡¿Ah... sí?! ¡Gracias!... —manifiesta Susana, sorprendida por la aparición que de pronto le ha sobresaltado en sus espaldas. Puesto que ya lo sabía, replica, sin embargo, con aplomo fingido, mostrándose apática, como haciéndose la desentendida, y con el mismo impulso, entonces, se voltea retomando su camino detrás del jubilado que ya va llegando al siguiente tramo.

—Hola, buenos días, amigo Joaquín... —dice Marcelo ingresando al elevador. Luce animado, activo y bien dispuesto a la faena laboral. El aparato viene bajando con su fragor mecánico a punto, realizando sus paradas precisas en cada lugar. Trae desde arriba al vecino del ocho saliendo a su trabajo.

—Buenos días, ¿cómo estás, Marcelo? —responde el corredor de seguros. Se alisa la corbata sobre el abdomen y estira su torso, meneándose el cuello mientras se lo alza,

para ajustarse en la incomodidad del arreglo, la corbata que le atenaza, luego, con una expiración profunda, como aliviándose un pesar, su cuerpo hablando por él, declara su propósito de permanecer callado.

—¡Muy bien!... ¡Ahí vamos!... ¿Cómo andan los seguros? —contesta Marcelo, agregando a los minutos que han de compartir en la cabina, una interrogante de esas que se hacen para llenar el vacío en que transcurren esos instantes incómodos de un espacio cerrado. Joaquín se relaja y el abogado cambia de mano el maletín que lleva consigo. —No muy bien... Ya tú sabes. En cada esquina de esta ciudad hay una empresa quebrada y otra muy cerca del cierre. ¿Quién podría interesarse en seguros cuando está al borde del abismo? —argumenta desgastado, gesticulando con unas manos grandes que blande hasta la altura de su pecho, abriéndolas como si pretendiera mostrar el cuerpo de aire que hay en ellas— El mercado se ha reducido hasta casi la nada... —precisa, finalmente, advirtiéndose en él un semblante de hartazgo. Marcelo lo percibe sin mayor esfuerzo.

—Es cierto..., pero tengamos un poco de paciencia, Joaquín. Nada es para siempre. Ya verás que uno de estos días nos sorprende una buena noticia...

—Dios te oiga, diría alguien que apuesta su futuro en la providencia... Ya veremos...

Apenas ha corrido un lapso muy corto desde que el aparato los reuniera. Joaquín no piensa en ello, Marcelo, conscientemente, tampoco, empero, su brazo se le iza como si tuviera vida propia y le muestra espontáneo el reloj abrochado a su muñeca. El tiempo psicológicamente se les mueve a ambos de modo diverso. Las manecillas que lo ponderan avanzan según la personalísima ansiedad que cada quien lleva dentro. Cuando la puerta se abre

cortando la secuencia de la charla, Marcelo sale rápidamente. Joaquín inspira y exhala animado detrás de él, de pronto se ha sentido reconfortado y menos agobiado. Caminando como si midiera sus pasos, vira a la derecha y sobre la marcha se despiden con un lacónico *hasta luego*. Marcelo, a la izquierda, escoge su rumbo, directo al estacionamiento. No volverán a encontrarse sino hasta el sábado en la mañana.

Llegando al final de las escalinatas, Evaristo viene adelante, diligente adelanta su pie derecho desde el peldaño final hasta el piso opaco de la entrada principal del edificio. Afanado por iniciar prontamente aquello que lo ha sacado de su hogar, se toma con ambas manos por la cintura del pantalón y se lo ajusta, acomodándose en gesto comparable con aquel en el que alguien se suben las mangas de una camisa arremangándose las para emprender determinada labor. Marcelo, con vista desde el mismo lugar de Residencias Mercurio en que el jubilado se apresta a continuar su marcha, se observa andando de prisa yendo al estacionamiento, se desplaza a grandes zancadas bajo el sol amarillento de la media mañana. Nuevamente alza su brazo y consulta el reloj sin pausar el ritmo con el que camina. Parece apremiado, intentando ganarle la carrera al tiempo. Susana, viniendo detrás de Evaristo, lo sigue con atención, observa su prisa y sus gestos, quedándose absorta sobre él durante unos segundos mientras va dirigiéndose a la misma zona donde éste se encuentra. Por esas razones extrañas en las que se presiente la asechanza de alguien, después de fijarse en la hora, Marcelo gira inesperadamente su rostro, se voltea buscando el peso de aquella contemplación. Ahí, entonces, se cruza con la mirada cetrina escrutándole,

embebida en él, paseándose por su andar inquieto. Se sonríen en la distancia, se saludan con el discreto ademán de una mano que se yergue afectiva, y cada quien retorna a ensimismarse en lo suyo. Posteriormente se quedarán pensando en esos instantes fugaces en que se han despedido, se irán conjeturando alucinados por esas aproximaciones efímeras que omiten las palabras. Siempre les ocurre igual. Quién sabe hasta cuándo. A ambos los une algo más que el simple y eventual encuentro inadvertido. Notoria condición, obvia cualidad, que terceros perciben como evidente presencia cuando por eventuales circunstancias les toca compartir con ellos. Siendo tan comunes las mismas desventuras entre las personas, sólo se percatan de ellas cuando las descubren en la piel ajena. ¿Cuándo lo descubrirán? Nadie lo sabe.

Un calor intenso fue asaltando las horas siguientes al mediodía. El sol, brillando con el resplandor acostumbrado, se empinaba tras un cielo de nubes dispersas, algodonoasas, como unas motas gigantes entre las que sobresalía encendido como un plato leonado. Se observaban quietas e impasibles, detenidas por el aire caliente que las envuelve, pretendiendo formar una colosal pintura con los pinceles fortuitos de la naturaleza, y en cuyos confines, ocasionalmente, para completar la estampa, un ave solitaria *surfea* la corriente canicular. Durante los periodos de lluvias en que paulatinamente van formándose las tormentas que fustigarán la ciudad, la temperatura se eleva en proporciones apenas soportables. Las personas sacudidas por las olas de calor, se refugian bajo los árboles o techos, enclaustrándose en sus casas con los aires acondicionados, algunas, y otras, con sus ventiladores que, penosamente les soplan, morigerando el aliento sofocante de la temporada durante

las horas más ardientes. En los centros de trabajo, para sortear la sensación térmica sofocante, si la electricidad que alimenta los aparatos aliviando las temperaturas llegase a faltar, el acoso del sofocón, además de todas aquellas instalaciones y equipos que la exigen, se paralizarían irremediablemente, generando tal caos que obligatoriamente demandaría la paralización de todas sus labores.

Después del mediodía, aventurarse en las calles sin ninguna protección, es un real desafío a las probabilidades de conservar la salud en buen estado. Rosana, la madre de Samuel, lo escucha llegar del colegio en compañía de su padre. Cuando les abre la puerta, detrás de ellos, en tropel, Adrián, Lorena y Damiana, con los bultos escolares a medio cerrar, vienen subiendo la cuesta hasta el piso seis, lugar donde viven. Son los únicos a quienes la conmoción abrasadora de la hora no les importa, la retan con la inocente condición de los ángeles, con el despreocupado andar que la madurez va cegando en los adultos. Escogen las escalinatas por que la impaciencia atolondrada de la niñez no se les frena para aguardar el elevador. El hijo menor de Joaquín, Ernesto y la doctora Valdez, ambos sí optarán, sin dudas, por la máquina que les facilita el ascenso.

—Hola... ¿Ernesto?...

—Sí, Ernesto...

—¡Ah!... Ok. ¿Andrés, es el nombre de tu hermano?...

—Sí, ese es su nombre.

—¿Y qué tal las clases? ¿Qué grado estudias?

—Bien, en realidad, a veces bien, y en otros momentos no tanto. Estudio tercer año.

—¡Aja!... ¿Y por qué no es siempre?

—Porque en ocasiones no hay agua, los profesores están de huelga, o hay fallas eléctricas.

—¡Qué horror!... Cuando yo estudiaba, también era más o menos lo mismo...

—¿Verdad?!... —pregunta asombrado, Ernesto.

—Bueno, digamos que no era exactamente como ahora. El agua, por ejemplo, no faltaba nunca, y la luz muy pocas veces, pero sí había sus problemas. No tantos, claro... El ascensor abre sus puertas y la conversación se detiene. Susana sale al vestíbulo mientras el adolescente sigue hasta el nivel siguiente. Se ha despedido afablemente, posando su mano de dedos largos y estilizados sobre el hombro del chico, acariciando su delgadez de púber con el cariño que alguna vez quisiera para uno de sus entrañas.

—¡Sigue adelante, no te detengas! —le dijo, finalmente.

La doctora Valdez ha regresado dispuesta a quedarse en casa hasta el próximo día, sin embargo, promediando las dos de la tarde, nuevamente, volverá a ausentarse, acuciada por un cliente que la requiere. Marcelo tornará casi a la misma hora en que ella se retira, esta vez, los cronómetros del azar no los encaja como ellos quizás habrían querido.

Una cuadra antes de llegar a Residencias Mercurio, Angélica y Diego se detienen frente al semáforo que pocos ya respetan. La luz roja los pausa detrás de otro vehículo cuyo conductor examina a sus lados repetidamente. Con un pie alerta, a punto de afincarse sobre el pedal del freno, y otro en el acelerador, éste no mira la luz sino a la ruta que transversalmente conforma la intersección. Verifica que no vengan carros desde cada uno de sus costados, para entonces continuar, sin que poco le importe el color de los focos que reglamentariamente han de respetarse. Una vez que se asegura de la ausencia de otros automotores, enseguida aplica el acelera-

dor y se despeña raudo en línea recta por la avenida. Precisamente en ese instante, la luz se apaga, tampoco ya le interesa, él se desplaza a toda velocidad y, Diego emprende su marcha. Justo al desactivarse el semáforo, la joven pareja nota de inmediato que, igualmente, todos los avisos que a lo largo de la vía estaban encendidos, se apagan en un mismo acto. Instantáneamente perciben esa sensación con la que se colma el ambiente cuando todos los artefactos, equipos e instalaciones de cualquier género que se activan con la electricidad se aplacan intempestivamente, como si de pronto sobre sus oídos se metieran unos tapones, dejando que sólo los ruidos cercanos pudieran escucharse.

—¡Se acaba de ir la luz! —exclama enseguida, al tiempo que gira su semblante de izquierda a derecha en rápida secuencia confirmando la apreciación que ya supone. Luego prende la radio, rastreando los diales de un lado a otro buscando alguna transmisión.

—Sí, parece un apagón —asiente Angélica. Tiene la misma percepción que su compañero, también ahora ella dirige su atención a la fila de establecimientos que lucen sin energía. Avanzando unos cuantos metros más adelante, cruzaran a la derecha para enfrentarse con la fachada del edificio donde viven. Son las cuatro y dieciocho minutos de la tarde, tres más del momento preciso en que ha ocurrido la falla eléctrica. Cuando se estacionan, antes de abandonar el auto, Diego insiste examinando la radio, y solamente oye el ruido característico de la estática radial cuando no está en operaciones ninguna estación, su sonido es como una queja confusa, parecido al roce que hace el papel de lija raspando una superficie. Ni una sola voz sale del transmisor.

—No hay electricidad, las emisoras están fuera del aire. ¿Será un apagón general?...

Su mujer no responde, se toma un mechón de cabello y se lo acomoda detrás de su oreja. Se la descubre intentando afinar su sentido de la audición.

—Diego, no hay luz en ninguna parte. Escucha el silencio que se ha hecho...

Desde el occidente, hacia donde se encumbra la cara principal de Residencias Mercurio, el sol sucumbe en un ángulo de unos cincuenta o sesenta grados, su resplandor quemante ha iniciado el declive con el que irá apaciguándose en lo que resta de la tarde. Sin embargo, en esta época del año, a las siete de la noche, todavía es posible apreciar aquel brío anaranjado resistiéndose a ocultarse tras el otro lado del mundo. La sensación de clima desértico al que sólo le faltarían las dunas esparcidas en su paisaje, apenas es aliviada por una brisa viniendo desde el poniente. Llega agitando suavemente el follaje de las plantas, desarreglando la calma en sus copas y venteando la ciudad tan tímidamente que las personas ni siquiera pueden notarlo. Atentas al percance energético, esperan confiadas sin mayores sobresaltos, en el igualmente sorpresivo retorno de la corriente. Después de todo, no sería la primera vez que algo así ocurriera, pues son ya muchos los precedentes que les animan a tomar semejante comportamiento. Por eso, en los primeros minutos, aparte del silencio abrupto que ha colmado el ambiente, ninguna otra novedad ha perturbado el desempeño acostumbrado del tráfícn atolondrado de las calles. Simplemente dejan transcurrir el tiempo ateniéndose a lo que consideran como algo normal. Así, el bullicioso desplazamientos de los autos continúa su ritmo ordinario; la gente, ajustándose al horario, culminando su jornada laboral; los colegios terminando sus turnos, y hasta quienes no tienen oficios definidos, pero que ejercen como hábito singular salir de sus casas por cualquier causa, regresando a sus hogares para nuevamente al siguiente día repetir la costumbre.

Celestina se peleó con el capitán por una trivialidad que nunca admitió como una broma, quizás de mal gusto, empero broma, en fin de cuentas, sobrevenida insólitamente de la boca de Fausto Beltrán. Un sujeto cortés, respetuoso y no de una muy estimable locuacidad que, en aquella oportunidad, le soltó un comentario sin imaginar sus consecuencias; una inexplicable chanza confianzuda que nunca habría esperado de él.

Quien descubría el destino de las personas escrito en las estrellas, no pasaría por alto una tomada de pelo de alguien que parecía tan circunspecto. Fue un jueves sofocante, como invariablemente suelen ser las tardes bañadas con el fragor del astro diurno, mientras el capitán salía del ascensor apoyándose hacia su derecha con el bastón que usaba desde hacía ya bastante. Una claridad espléndida penetraba generosa a través del par de claraboyas paralelas que, desde las alturas de la construcción, bajaban hasta el primer piso. Residencias Mercurio tiene un diseño tan especialmente orientado para aprovechar la intensidad de la luz sobre su cara frontal, que, cayendo el ocaso, todavía el resplandor ingresaba vívidamente a través de los cristales. Durante el centelleo vespertino de aquella ocasión, el vestíbulo donde aguardaba la figura voluminosa de Celestina, parecía iluminado por el efecto de grandes reflectores, destacando sus formas femeninas con particular exuberancia. Unos senos enormes a punto de desbordarse del sujetador, se le mostraban prominentes desde un vestido estampado de mariposas, tan largo y ancho como una sábana, cubriéndola holgadamente con esa desbordante cantidad de tela. El capitán fue recibido por ella justamente cuando abandonaba el elevador para cruzar el pasillo que ambos compartían. La mujer de inmediato se hizo a un lado, como quien ofrecía en cortesía

el paso al recién llegado, para seguidamente adentrarse en el aparato, y el hombre, a continuación, afincando el peso de su cuerpo sobre el bastón, se encamina por el vestíbulo. Fausto Beltrán se sonríe al verla de reojo pasando a su costado, vira ligeramente su rostro desde la altura de más de un metro ochenta que lo sostiene y le dice:

—¡Muuuchas gracias... Enricota!

Celestina, perpleja, retrae su torso, llevándose el semblante hacia atrás en muestra de inesperado gesto de asombro. Sus ojos negros le centellearon de rabia, y en reacción súbita, le reclama en voz alta con el cantadito acento que la singularizaba. Aparte de la obvia mofa, tampoco tiene idea de cómo ha sabido el hombre su verdadero nombre.

—¿Qué te pasa a ti, viejo patuleco?!

El capitán que ya ha dado varios pasos dándole la espalda, se voltea, girando sobre su cuerpo lentamente, como si estuviera sujeto por los pies, y vuelve a mirarla. No puede evitar de nuevo que su bigote canoso se le estire, sonriéndose tan conservadoramente que podría advertirse la intención de querer suavizar el altercado. Comprende su falta, la molestia que en un momento de espontánea indiscreción ha causado en Enriqueta Manzanares.

—Disculpa, Celestina, no fue mi intención...

La astrologa no le contesta, le quita la vista de encima, aún con las pupilas encendidas, y se enfoca en la botonera. El ascensor se cierra y, con él, la simpatía que alguna vez quizás se tuvieron. Sólo ellos conocieron las causas de esa animadversión que nunca culminó.

Con los estertores de un crepúsculo rojizo que fue nublando la ciudad, la ausencia de la electricidad comenzó a notarse de modo mucho más evidente. La precaria

iluminación pública que había sobrevivido a los anteriores apagones, y que para la noche temprana iniciaba su encendido con las primeras sombras, ahora permanecía totalmente apagada.

En las calles, las personas se fueron agolpando tan nerviosas, que, acorraladas por una confusión inexplicable, empujándolas impacientes hacia las atestadas paradas de transporte público, se valían de cualquier medio para regresar cuánto antes a sus casas. Detrás de ellas, en la extensa fila de locales comerciales y negocios de todo tipo que les servía de fondo, sus propietarios se disponían diligentes a cerrarlos previsivos; se apresuraban ante la penumbra que se les cernía urgente, arreglando a toda carrera, junto a unos pocos empleados que todavía les acompañaban, los pormenores que habrían de cubrir para asegurar en aquellos sus puertas y accesos debidamente. Nada más podían hacer.

Así, habiendo transcurrido unas cuatro horas desde que se iniciara la interrupción eléctrica, conforme avanzaba la oscuridad, a todos fue acechándoles amenazante la intranquilidad que se arreciaba en la incertidumbre, se desplazaban por todas partes en un corretear atolondrado, angustiados por no saber con certeza cuándo habría de retornar la normalidad. Cerrándose la noche, con una rapidez que mejor habrían querido para otras circunstancias, intentan evitar en la espesa opacidad, sucumbir ante los temores propios de la inseguridad que, una emergencia como ésta entrañaba inevitablemente. Muchos fueron reflejando en el ajetrear inconsciente que les animaba, la exasperación por encontrar el modo de regresar rápidamente a sus hogares, se apreciaban caminando apurados, sintiéndose inermes en una ciudad que no ofrecía suficientes garantías para su integridad. Algunos de ellos

conseguirían en las primeras de cambio ponerse a salvo en el sosiego de sus casas. Otros, amparados por la suerte que el azar pudiera procurarles, tal vez, más tarde lo logren, después de mucho ajetrearse. Sería, entonces, un momento afortunado con el que han podido librarse de los peligros asociados a un caos semejante.

La cantidad de vehículos circulando en la severa lobre-guez, se ha disminuido notoriamente, en realidad, muy pocos todavía transitan, en retardo, quizás, de quién sabe qué ocupaciones, o en urgente cometido, tal vez, por alguna causa de inoportuno momento. A veces, en el abur de las casualidades de las que está llena la vida, suelen ocurrir situaciones así; cuando menos se les espera, un contratiempo surge como por arte de magia, trastocando el discurrir ordinario de las cosas. Sólo la luz que sale de sus faros, iluminan las calles y avenidas que han empezado a desolarse, pareciendo cada vez más, un remedo bien ajustado, de una comarca fantasmal que sus habitantes abruptamente han abandonado.

Lentamente la ciudad, puertas adentro, en la intimidad de cada uno de los hogares, se fue convirtiendo en un hervidero de conjeturas, de afirmaciones estrambóticas y aseveraciones por doquier. Los teléfonos móviles no cesaban de recibir mensajes, y las redes sociales se colmaban a ritmo de desenfreno trasmitiendo informaciones. En las conversaciones de la gente, el plato principal lo constituía el apagón sorpresivo, pero fundamentalmente, el tema que más les inquietaba, era el atinente al lapso que ya llevaban sin saber cuándo habría de retornar la electricidad. Todos, en ese maremágnum de dimes y diretes, se intercambiaban datos, opiniones, juicios, explicaciones, y una variedad infinita de pareceres, buscando en algún modo confirmar o desvirtuar las sospechas que, in-

dividualmente planteadas bajo el acoso de la impaciencia, cada quien aventuraba improvisadamente. Por otra parte, muy poco o nada se sabía oficialmente, únicamente vaguedades contradictorias incapaces de regresar el sosiego colectivo.

Cuando las tétricas sombras de la ciega nocturnidad terminaron instalándose con su velo atribulado, ya es un hecho comprobado que la falla eléctrica afecta a todas las regiones de la nación; al país completo de un extremo al otro, como nunca antes por tan largo tiempo. Venezuela, entonces, ha quedado en tinieblas indefinidamente.

La inocente perspicacia

Avanzando las primeras seis o siete horas siguientes al colapso eléctrico, la ciudad fue sumergiéndose en una desolación enigmática. La intensa negrura en que ahora se envuelve, apenas es mitigada por la refulgencia de una luna estacionada con todo su esplendor en un firmamento poblado de estrellas parpadeantes. Su destello plateado, aun siendo vigoroso, nunca alcanza el brillo suficiente para desbordarse generosamente en algo más que una precaria luminiscencia sobre el tenebroso semblante citadino. Mientras tanto, sus habitantes, continuaban en ese discurrir angustiado iniciado desde finales de la tarde, esperando por la reaparición instantánea de la luz eléctrica. En Residencias Mercurio, encerrados en la intimidad de las cuatro paredes que les conformaba el hogar, todos, arredrados por la incertidumbre, se formulaban las obvias interrogantes sobre el retorno de la corriente. Ninguno de ellos tiene respuestas, tampoco quienes, en el desorden comunicacional, son consultados desde regiones distantes o cercanas a la ciudad. Entre las personas, no hay otro tipo de conversación diferente a la tragedia energética; salvo aquellas que fortuitamente surgían, como ocasionalmente ocurre, guardando alguna relación con la situación que tanto les impacientaba. Son esos momentos en los cuales, habiendo tenido siempre a mano una bombilla que les iluminara las noches; un refrigerador preservando los alimentos de su daño irreversible; un aire acondicionado o un ventilador, apaciguando el calor quemante que no da tregua a otra sensación térmica diferente de aquella

que achicharra las plantas cuando no tienen agua oportunamente; y, así, tantas otras obviedades que ahora se hacen evidentes. Es entonces, cuando muchos notan la importancia real que tiene el servicio eléctrico a estas alturas de la civilización. Es imposible, como quizás antes no habían establecido con propiedad, llevar una vida normal sin electricidad. Todo, absolutamente todo, depende de ella.

El apagón, pese al pestañeo súbito con el que se anunciara en la mañana de hoy, tomó de sorpresa a los residentes del edificio. Ninguno de ellos disponía de luces de emergencia, algunos, la mayoría, usaba sus teléfonos móviles para auxiliarse, y otros, unos pocos, se las arreglaban con unas cuantas velas de socorro lumínico; especie de retorno grotesco a la época en que la luz artificial llegaba por medios distintos al de los cables.

Plantándolas en las habitaciones donde se congregaban, como si así hicieran en torno a una fogata, los integrantes de cada grupo familiar aguardaban el paso de las horas. Se animaban a ratos y desesperaban en otros, buscando siempre el modo de distraerse con cualquier charla ociosa, una vez que comprendieron la inutilidad de obsesionarse con la adversidad. Impotentes, nada podían hacer, mientras tanto, para remediar las proporciones de la tragedia.

Desde la distancia, Residencias Mercurio lucía como una sombra gigantesca clavada en la opacidad. Por sus ventanas, el oscilante resplandor de las llamas, proyectaba en las paredes las figuras extravagantes de algunos de sus ocupantes. Eran sus brazos, a veces, unas manos de adultos o niños, o de ambos a la vez, en otras ocasiones. En ciertos casos, hasta los torsos, cabezas, o cuerpos enteros, lograban columbrarse, dibujándose en siluetas como

si el mundo estuviese poblado no de seres multicolores sino de figuras opacas.

—Siendo muy niño —comenta Joaquín a sus dos hijos—, mis padres nos llevaron de vacaciones a un pueblo donde no había electricidad, era tan oscuro que no podíamos distinguarnos a poca distancia, casi siempre había mucho viento, es una de las cosas que recuerdo con mayor nitidez; cuando a veces se calmaba, el silencio nos apretaba los oídos como si dos manos se nos posaran sobre ellos para que no pudiéramos escuchar ningún sonido...

—¿Dónde fue eso? —le pregunta Ernesto, interrumpiendo el hilo del relato. Los tres, se han agrupado en medio de la sala, después de errar individualmente de un sitio a otro sin nada en qué ocuparse. El ocio, cumpliendo su natural oficio, los ha convocado involuntariamente alrededor de esta tertulia evocadora.

— En el estado Falcón, en la sierra... —contesta Joaquín, retomando el tema con el que alivian la espera—. Recuerdo que, durante las noches, la brisa soplabla tan duro que los árboles crujían como si fueran a partirse. Sus largos ramales y las hojas que de ellos pendían, se estremecían con un clamar extraño sobrecogiendo el ambiente. Eran tan grandes los árboles, que cubrían buena parte del techo del lugar que ocupábamos; en aquellos momentos en que el ventarrón los arqueaba, las láminas de zinc recibían los impactos y parecía que iban a desprenderse, daba la impresión de que alguien estuvieran caminando sobre ellas tratando de arrancarlas en la oscuridad opresiva...

—¿Y por qué iban a un lugar tan feo?... ¿Cuánto hace de eso? —vuelve a interrogar el menor de los hijos. Aunque esta vez, el otro de los adolescentes, fastidiado por su inocente perspicacia, le increpa con una de esas reacciones peculiares de dicha edad.

—¡Cómo jodes!... ¡Deja que termine! ¿Por qué preguntas tanto?
—¡Quién no pregunta no aprende!... —le retruca, casi sobre sus palabras.

—¡Tranquilos!... No peleen por eso... De aquello han transcurrido más de cuarenta años, casi cincuenta. Nos asustábamos tanto mis hermanos y yo —continuó refiriendo el padre—, que hasta podíamos sentir las pisadas de aquel hombre...

—¿Hombre...? ¿Cuál hombre? ¿Cómo sabían que era un hombre y no una mujer?... —insiste Ernesto, en reto perspicaz, no premeditado, quizás hasta de inocente aliento, pero de precoz contundencia que, en similar modo, Fernando Naranjo ejercería en novicio instante en pocas horas.

—Bueno...este...cómo digo... —titubeando, Joaquín, intentaba recomponer el relato—. Porque en realidad, Ernesto, jamás uno supone que quién haga esas cosas sea una mujer. Eso nunca se piensa, siempre uno cree que es un hombre —alega sonriendo, saliendo del embrollo—. Esta persona duraba toda la noche desplazándose sobre nuestras cabezas —continuó narrando—, como si no tuviera otra cosa qué hacer, sino mantenernos despiertos esperando de un momento a otro a que se nos viniera encima. Mis hermanos y yo aborrecíamos esos paseos. Después, con los años, llegando la madurez, comprendimos que ese andar sobre el techo, sólo existía en nuestra imaginación, en verdad, eran unas figuraciones que nos hacíamos oyendo rechinar las ramas de los árboles golpeando desordenadas las planchas de zinc. La penumbra, por otra parte, lograba que se nos manifestara el temor con mayor intensidad, con tanto miedo que nos hacía fantasear todo el tiempo. Ese es el trabajo precisamente de la incertidumbre. Nos pone a imaginarnos siempre las peores de las catástrofes.

—Papá, si no llega la luz pronto, no tendremos nada que inventarnos, porque esto, sí que puede ser realmente una catástrofe... ¡Eso podría suceder! —alega perseverante, Ernesto, apuntando su dedo índice al aire en la opacidad. La suspicacia con la que se ha expresado, la lleva implícita en su personalidad, germina inofensiva dentro de él, como un atributo particular para vislumbrar intuitivamente el curso de los hechos. Quizás ni siquiera lo haya pensado con todas las herramientas cognitivas de un analista de riesgos, o de seguros, como bien habría hecho su padre. No dispone, desde luego, de la formación, ni la edad para ello, pero así se ha expresado. La sentencia le ha surgido tan espontánea, como natural, sin ningún impulso intelectual especial, dicha con una inocente perspicacia que luce como una extravagante declaración que, Andrés, su hermano, se ríe de ella como una ocurrencia alocada, despachándolo entonces con una recriminación mordaz.

—¡Tú siempre con tus conclusiones y preguntas disparatadas!

Samuel saca del interior de uno de sus calcetines gastados, un grupo de canicas brillantes que guarda celosamente debajo del colchón. Las tiene dentro de una de esas medias viejas y mingas que, no sirviendo para otros fines, se destinan a estos menesteres; oficios tan particulares, que, únicamente, se ejecutan una vez en la vida. A veces, cuando se acuerda de ellas, las retira de su funda improvisada para tan sólo acariciarlas, y apretárselas entre los dedos, conforme al mágico deleite de la niñez. Ahora, al sacarlas de su envoltura, un par de ellas se le caen al piso, escapándoseles de la mano como acaso podría hacerlo también el agua, brincando ruidosas en la oscuridad de la medianoche, en alternado *tin, tin, tin...* con el que se van

perdiendo bajo la cama. Marcelo escucha el golpeteo saltarín que de inmediato identifica. Son metras o canicas, según escoja cada generación. Hacía mucho tiempo que no percibía ese sonido tan peculiar, enseguida le remonta a su infancia en un estallido de sensaciones espontáneas, ha sido en un santiamén sin ninguna evocación especial, surgido tan repentino como el paso de una estrella fugaz en medio de la noche. En efecto, un centelleo súbito en el intrincado caudal de información que atesora la memoria. En fin de cuentas, la vida que se asienta en ella, pareciera estar construida principalmente de detalles, de aquellos instantes que van asentándose a lo largo de la existencia en una gran colcha de retazos que nunca deje de construirse. Allí yacen grabados con sus colores, aromas, texturas y sabores, engendrando las sensaciones con su única y excelsa particularidad para quien las siente. De vez en cuando, como un chispazo, brotan inesperadas en un recuerdo. Si en ello se pensara, se creería que ha sido una ocasión arbitraria o fortuita, sin atisbar a imaginarse que en realidad es la continuidad del inconmensurable acervo atesorado desde siempre. Embebido en la espera impaciente de la electricidad, presta poca atención al hecho, en realidad, como la estrella fugaz que se pierde en la espesura nocturna; éste instante que ha viajado desde remoto extravío, ha vuelto a sepultarse en la frondosidad del olvido. Su interés, por el momento, es el asunto concerniente a la energía eléctrica, la expectativa que por el oportuno retorno tiene sobre ella; perspectiva agobiante, sin lugar a dudas que, asimismo, comparte junto a otros para, finalmente, conciliar el sueño plenamente. Sin embargo, habiéndose cruzado los linderos de la medianoche, también hay quienes pareciera haber claudicado, rendidos en fastidioso letargo, a la vana esperanza que

después han reconocido.

Rosana, enseguida nota que el hijo todavía no duerme. Al oír el ruido que han hecho las canicas, se sobresalta, y desde la habitación contigua, en reprimenda juiciosa, le reclama su desvelo.

—Samuel, ¿qué haces?... Ya es muy tarde para estar jugando. ¡Deja eso!

El chico no tiene sueño, tiene en su cuerpo el malestar del sofocón de las horas y la oscuridad que le intimida. No puede dormirse. En su mente se pasea la aburrida condición de saberse sin compañero en momentos como estos. Es hijo único, una soledad que llena con los alborozados encuentros con sus amigos del piso superior; el trio de animosos chicos que en los siguientes días harán del edificio un lugar de agitación de risas y gritos infantiles.

Albertina y Evaristo se intercambian la colilla del cigarrillo que chupan hasta agotarse. No pueden distinguirse los cuerpos con precisión, no sería necesario, mirándose en la penumbra se adivinan en la costumbre, como quien viéndose ante el espejo se reconoce sin desvarío. A Evaristo, el abdomen le sobresale prominente en la cama, se le parece a un bulto con la topografía de una montaña en miniatura. Cuando Albertina le extiende el chicote que él recoge guiándose por su punta ardiente, ella planta su mano izquierda sobre el lomo de la barriga. La siente fría, húmeda, impregnada del sudor que el sopor obstinado de la madrugada ha ido depositando sobre ella.

—Tienes calor... —le dice con un dejo de compasión.

—Sí, mucho... —contesta girándose a un costado después de expulsar la última bocanada que le restaba.

En la calma de la hora, las respiraciones de ambos se oyen forzadas, con la dificultad que experimentan las

personas sufriendo de disnea. En él, sus pulmones, se exigen con trabajoso esfuerzo, el aire que requieren para mantenerlo vivo en este mundo. El volumen de su panza, además, del efecto pernicioso que el cigarro ha ocasionado en ellos, generan ese ronquido estruendoso que se esparce en la habitación cuando duerme relajadamente. Albertina, en cambio, delgada como una espiga, padece en menores proporciones las consecuencias del vicio que ambos comparten. Tratan de dormir, pero el bochorno se los impide. En su lugar, la adicción les va llenando las horas hasta que, finalmente, culminando con el último de los suspiros del cigarrillo que han ido turnándose, no tengan más remedio que obligarse a buscar el sueño.

—¡Listo Albertina! ¡Ya no hay más! —exclama Evaristo mientras va sentándose sobre el borde de la cama—. En adelante, tendremos que dormirnos a como dé lugar...

—remata diciendo, resignado ante la circunstancia que no puede evitar. Su mujer no protesta, como es su costumbre; ya lo sabía. Pocas cosas hay que no se adivinen el uno del otro. Al lograr ponerse de pie, un bisbiseo que pareciera surgir del piso, le llama la atención.

—¿Qué es eso que suena? ¿Oíste?... —masculla, preguntándole sorprendido.

—Sí, escucho... No lo sé —responde Albertina, encogiendo sus piernas para incorporarse sobre el lecho—. ¿Es alguien que va empujando algo?... —se consulta en clave de complicidad con el marido.

—Uju... Pero, ¿dónde?! —se pregunta, moviendo su torso en atolondrado esfuerzo, buscando diligente el origen del estrépito.

Una brisa caliente subiendo por las escaleras, se cuela por entre las hendidias de las puertas. Si los dragones

existieran, el aliento que exhalaran sería como el sopor que ahora se esparce con prisa misteriosa; va agitando las cortinas, las persianas y todos aquellos objetos que apenas resisten el paso del ventarrón. *Rocco y Mateo*, duermen indiferentes en sus rincones mullidos. La calorina no les importa. Cuando el aire, como vapor que se mueve lentamente, acariciando sus pelos relamidos, *Mateo* abre los ojos súbitamente, mueve sus orejas como escaneando en derredor, y alzando enseguida su cabeza mimetizada en la penumbra, el instinto animal se le despierta automático. Se yergue en señal de alerta y su cola se levanta erecta hacia el cielo.

—Eres una embaucadora que se aprovecha de la fe de la gente... —le reclama Fausto Beltrán, mientras agita su bastón en las tinieblas; la apunta con él en amenazante intención, aunque en realidad nunca se atrevería a golpearla; no obstante, lo blande con ira contenida.

—...Y, tú, un viejo cascarrabias, alma en pena que no tiene dolientes —le replica Celestina desde el umbral de su entrada. Lo mofa grotescamente con su cara metida en el pelambre cenizo. El capitán se voltea dándole la espalda, sin poder evitar responderle. Quisiera culminar la disputa que lleva años extendiéndose, aquella que no pudieron cancelar en el mundo que antes habitaron. Esa que, sin embargo, tampoco ahora consiguen, cuando ambos descaminan en eterno retorno. Sus voces transmutadas en murmullos inaudibles, sólo pueden distinguirse como un cuchicheo ininteligible; un ceceo de tan apagadas inflexiones, que el propio viento arrastra como si fuera parte de él.

—¿Dolientes?!... ¿De qué te sirven aquí? Ambos sabemos que todo cuánto obramos, no hay modo de deshacerlo después... ¡Farsante! —le riposta, siguiendo su camino en la os-

curidad. La claridad no existe para ellos. La mujer se sujeta del enrejado de su puerta, como un preso que se agarra de los barrotes que limitan su libertad. Toma impulso de nuevo y le vocifera las siguientes ofensas con energía.

—Viejo decrepito y abandonado. ¡Muerto desamparado! —grita abriendo su boca desdentada. El capitán no le contesta. Se convence de eludirla, pues ya conoce de sobras el talante de sus palabras. Pero Enriqueta Manzanares no se rinde.

—Aspirabas al paraíso sin méritos y te quedaste en el umbral viendo pasar a los demás... —le hiere precisa.

—...Y, tú, esperando el perdón, escondiendo tus pecados atroces, te quedarás entre rejas por siempre —sentencia Fausto. Le ha clavado un dardo lleno con el veneno del desquite.

—¡Vete al infierno! —finalmente, le dice la astróloga.

El capitán Fausto Beltrán deja atrás a la mujer enardecida, se retira empujando la puerta con la punta del bastón, ingresando en su hogar inmortal con un lamento de bisagras que anuncia el portazo con el que ella se estrella contra el marco. Sus pasos, en torpe andar, se escuchan alejarse en dirección a su habitación. «Nunca más, Celestina». Se promete ronroneando, mientras va tropezando con los muebles dispersos en el trayecto.

A estas horas, la ciudad se ha rendido cansada bajo la espera infructuosa. Sus habitantes en su gran mayoría, vencidos por la fatiga del cansancio acumulado durante el día, se las han ingeniado para soportar el discurrir silente y caluroso de la madrugada. Algunos han optado por abrir puertas y ventanas; dormir sobre los techos de sus casas, o, sencillamente tirar colchones en los patios para aliviarse del sofoco pegajoso que ahora pareciera sentirse con mayor intensidad. El tránsito de la medianoche a la

madrugada ha sido el momento más duro para todos. En él se ha hecho evidente que la interrupción eléctrica tiene causas mucho más complejas que las de una simple falla inesperada. Una vez que la madrugada se anuncia firme, el tiempo que ha transcurrido desde la suspensión energética, suma aproximadamente diez aceleradas horas. Las primeras, quizá la mitad, se han despeñado con una prisa alimentada por el desasosiego; por la esperanza puesta con fe ciega en la resolución oportuna de la emergencia. Así, con cada ruido de aquellos que, ocasionalmente, se desprendían en el manto opaco que les rodeaba, el ánimo se les subía optimista, creyendo que tras ellos aparecería de repente la luz eléctrica aliviando sus pesares. Posteriormente, cuando la confianza fue mellándose ante el impasible avance nocturno, comenzó a sentirse el paso lento con el que corrían esos instantes, como si el tiempo, en lugar de continuar su indetenible marcha, se hubiera pausado con un peso tan grande encima, que no pudiera hacer correr las manecillas del reloj con el ritmo que le corresponde. El principal impacto de la interrupción eléctrica, ahora cuando las personas se plantean el hecho como un colapso general, ha sido la conmoción anímica asaltando sus pensamientos; la impotencia con la que van anulándose, desarmándose racionalmente, para comprender en ajustada magnitud, el alcance de una situación que les afecta en todos los órdenes de sus vidas.

—¿Y si mañana todo siguiera igual? ¿Qué me dirías? —le replica Ernesto. El muchacho no está dispuesto a cancelar el asunto sin haber reiterado su parecer. No se rinde fácilmente. Quizás sea eso lo que mayormente descoloque a sus interlocutores. Así pareciera, pero en realidad, es su agudeza, su perspicacia para plantearse aquello que

a otros luce como normal. Andrés, aún sonriente, con la fila de dientes al aire exhibiéndosele perpleja, se levanta del asiento bruscamente, sacudiendo en un mismo acto, una de sus manos en gesto de fastidio, como quien deja atrás el asunto. En verdad, claudica, sin admitirlo, ante la perspicacia que la intuición impulsa.

Se apea la medianoche, embiste la madrugada, despiertan intranquilos los duendes que a otras horas reposan serenos. Se escapan del interior de las cavilaciones que cada quien lleva consigo; profanan las creencias, los juicios y las certezas que en otros momentos dormirían tranquilas. A estas horas, se rebelan los pesares, las angustias, y, también, los miedos asociados a los grandes desvelos. Todos duermen sin que aún imaginen el trastorno que se obligarán a sortear.

El sublime vértigo de la atracción sexual

Un sol prendido como un tizón ardiente, arremete contra la ciudad desde el oriente imaginario, desparramando ansiosos sus fulgores con su amarillenta esplendidez. Se precipitan sobre la superficie reseca de los caminos; el follaje atribulado de los árboles reclamando el riego de las lluvias a punto de caer; el paisaje yermo en que las más ligeras de las brisas avienta impaciente el polvo por el aire, y también sobre la gente, en sus semblantes amodorrados que empiezan a sacudirse el sueño que, en sobresalto, han podido conciliar luego de tanto bregarlo. En Residencias Mercurio, sus residentes todavía no salen de la perplejidad que les asombra. Ninguno de ellos se esperaba una interrupción eléctrica con las proporciones de la que han sufrido desde el atardecer. Algunos de ellos, exprimiéndose sus memorias, no logran recordar una experiencia similar; incluso, aquellos de mayor edad, con una cercanía bastante próxima a la ancianidad, o sobre ésta. Ninguno consigue retrotraerse a un precedente con similitudes parecidas, y son ellos, precisamente, los primeros en apuntarlo, destacándolo, así como un hecho singular; un percance único en sus vidas.

—Albertina, la electricidad aún no llega... ¿Será que también hoy nos quedaremos sin luz?!... —expresa pasmado, Evaristo, preguntándose a su vez, con claro acento de asombro, en torno a la posible ausencia del fluido eléctrico para el presente día. Se frota los ojos enrojecidos, y con su mano derecha en manso proceder, se soba el cabello escaso que encima de la mollera todavía le sobrevive. Los jubi-

lados recién se recuperan de la vigilia que les ha mantenido despiertos por largas horas, apenas han podido avenirse al sueño de manera intermitente, sobresaltándose frecuentemente por esos sonidos que la medianoche, primero y, la madrugada, después, reservan como propios con aquella intimidad de enigmático encanto.

—¡Nada!... ¡Qué horror! ¿Quieres café? —exclama la mujer, mientras va sorbiendo una taza humeante que, asimismo, ofrece complaciente—. No creo que lleguen a tanto —deduce finiquitando el tema. No se atreve a pensar en las dimensiones del contratiempo, prefiere obviarlo por unos segundos. Sosteniendo el tazón, espera por la decisión caprichosa del marido, pues, en ocasiones, rechaza el ofrecimiento, y en otras, lo acepta gustoso. Esta vez, alarga su mano rugosa para recibirlo.

—Sí, sólo un poquito... —asiente, sin detener la conversación—. Tina —diminutivo con el que en oportunidades se refería a su pareja—, no logro recordar que la electricidad se haya suspendido alguna vez por tantas horas continuas. Creo que esto nunca antes había sucedido. Lo más cercano que quizás haya ocurrido, fue hace unos diez años atrás... ¿Te acuerdas?... —Albertina, aún no responde, como si dejara que él concluyera—. Hubo entonces un apagón que duró un par de horas, o algo parecido. En aquel momento, el presidente de la república... ¿Te acuerdas?... Dijo en cadena nacional que, la sequía prolongada ocasionada por el fenómeno del Niño, había originado la falla eléctrica en todo el país. Eso dijo, ¿recuerdas? —expresó con un cierto tono irónico.

El jubilado estaba realmente impactado por el suceso. Hablaba haciendo pausas mientras probaba el café y preguntaba sin esperar respuesta de Albertina. Ella lo escuchaba con atención, sabía que todo cuanto decía en su

voz roñosa era cierto, recordaba perfectamente la interrupción eléctrica a la que hacía mención.

—Sí, claro. Lo tengo muy presente, porque fue, precisamente, la fecha en que Leandro desapareció... ¿recuerdas?... Esa es, justamente, la referencia temporal que tomo en cuenta para ubicar el incidente. ¡Oye, por cierto, cómo pasa el tiempo de rápido! —dijo sin dejar espacio para dudas. Por su mente cruzó como un rayo, el rostro de Marila en aquellos días. No ha vuelto al edificio desde hace unos meses. Nadie lo nota, a muy pocos les importa. El olvido la ha ido arrinconando paulatinamente, para que así vaya quedándose, como un hito que, únicamente, permite recordar otro hecho del pasado distante.

—¡Exactamente!... Pues sí, tienes razón. No me había percatado de eso. Así es la vida, Albertina, un pestaño, y todo culmina.

—Evaristo, si la electricidad no llega pronto, tendremos que abrir puertas y ventanas para ventilarnos; sino esto se convertirá en un infierno dentro de poco. Está pendiente de los gatos, no vayas a dejar de prestarles atención, ya sabes que pueden escaparse.

—Tina... ¡por favor!... No te preocupes tanto por eso. No sería la primera vez que me encargas los gatos —apunta juicioso—. Esos animalitos jamás huirán de aquí, porque con todos esos mimos que tienen, no se atreverían a dar ni un paso fuera. ¡Los cuidas más que a mí! —sentenció bromista. Se bebe la última porción del café, y diligente se encamina a la puerta principal para abrirla.

Las mascotas oyen el chasquido de la cerradura dando vueltas la llave para abrirse. Evaristo, enseguida, coge el picaporte y la atrae hasta la mitad, dejando que un viente-cillo mezquino ingrese libre al hogar, cuando el calor del día comienza ya encrespase. *Mateo* y *Rocco* se ponen de

pie, esperarán por la tropa de infantes que, bajando saltarines, con la algarabía propia de quienes imaginándose la vida en una sinfonía de risas y rochelas perennes, como si estuvieran en un recreo escolar de duración infinita, pasarán corriendo frente a ellos con la invitación seductora de un flautista de Hamelin.

Todos los corresponsales invitados, fueron llegando conforme les indicaba la pauta. El ministro comparecería en poco rato para informar sobre el apagón eléctrico que mantiene en vilo al país. A las diez de la mañana, aquellos que se han presentado con la puntualidad que establecía la convocatoria, miran sus relojes. En sus manos, el teléfono móvil, herramienta, ahora, imprescindible en el trabajo periodístico; una libreta, y un bolígrafo, de esos a los que a veces hay que sacudir con fuerza para que les salga la tinta, son los únicos implementos de labores que portan la mayoría de quienes aguardan por el alto funcionario. En gran medida, son mujeres las que plenan la sala de conferencias. Algunas de ellas conversan entre sí, gesticulan con sus manos al aire sosteniendo el block de notas mientras un encargado del protocolo acomoda el lugar desde donde hablará el anfitrión. A Fernando Naranjo, se le ha ubicado en la tercera de las filas de periodistas, agrupado entre dos colegas que, perfuman el ambiente con una combinación de aromas tan fuertes que, enseguida, lo hacen estornudar repetidamente. Se apena por el hecho, sin poder hacer nada más que, chuparse las fosas nasales en inhalaciones cortas y abruptas para disiparse las ganas. En uno de los bolsillos de su saco, lleva el teléfono móvil, es uno de los pocos que no lo exhibe. La libretica para notas, una de las más discretas de las que hay en el mercado, le descansa en la palma de su mano

derecha junto a un lapicero listo para actuar. Observando la escena frontal, nota a dos empleados hablando que van haciendo señas a la audiencia; detrás de ellos, una puerta por donde se supone ingresará el ministro, la escolta un tercer hombre, de pie, como una momia. Una mujer joven, aparentemente sin labor definida, se pasea entre ellos, tiene el rostro severo y un caminar erguido, vigila todo cuanto se desarrolla en derredor, acercándose cada tanto a los empleados que organizan el atril. Apenas se le aprecia hablándoles en lo que parecieran son órdenes precisas. «Esa es quien dirige el formulismo ceremonial, la jefa...». Piensa, Fernando. De inmediato, el sujeto que, hace un rato arreglara la disposición de la sala, una vez que atiende cierta acotación de ella, toma el micrófono con el cual hablará el personero ministerial en breve, y se dirige a los reporteros.

—¡Buenos días! Bienvenidos todos y todas. Dentro de muy poco daremos inicio a la rueda de prensa, pero antes es importante que atiendan a las siguientes normas. —el hombre empuña el micrófono dirigiendo su mirada a los asistentes—. El ministerio está muy interesado en ofrecer a la ciudadanía la mayor cantidad de información sobre el tema que nos ha convocado esta mañana. Para facilitar el desarrollo de este encuentro periodístico, y dar oportunidad a todos de intervenir. Únicamente se permitirá formular una pregunta. Cada periodista tiene derecho, repito, a una sola pregunta —continúa diciendo, mientras su vista va enfocándose lentamente hacia la mujer que le observa, haciendo un giro discreto, casi imperceptible para el común. Una búsqueda, tal vez, de aprobación—. Por otra parte, siempre ha de ser sobre el tema que indica la invitación. Nunca ningún otro. Queda claro que quien no atienda la regla, se le apagará el micrófono, y se pro-

cederá, con el siguiente reportero en el orden en que ya se les ha indicado. Muchas gracias.

Fernando sonríe, no ha sido por la norma que se les ha impuesto, aspecto que normalmente se atiene a una formalidad similar; ni siquiera es un gesto deliberado con relación al tema. Es la respuesta somática del centellazo de pensamiento que le ha cruzado intempestivo. «¡Coño, Fernando!... ¡Nunca puedes dejar de preguntarle!». Es la voz del padre retumbándole desde la niñez.

Albertina examina la puerta del apartamento que antes ocupara Celestina, la sacude fuerte con una de sus manos tratando de verificar que permanece cerrada, se ha aproximado a ella llevada por un impulso para el cual no tiene una explicación precisa, quizás, sean los infrecuentes ruidos escuchados durante la madrugada, sospechando que vinieran de ahí, o simplemente, la curiosidad que, a veces asalta de pronto a las personas. No le ha bastado ver el polvillo acumulado sobre la reja que protege la puerta; ni la cantidad de insectos desecados formando una fila de cadáveres abandonados junto a diminutas partículas de todo género. Ahí se fueron apelmazando como una costra de sucio sin que nadie se ocupara de quitarlos. Sólo esto, habría sido suficiente para convencerse de que dicho lugar ha sido clausurado desde hace mucho tiempo. «*Pedid, y se os dará, buscad, y hallaréis; llamad, y se os abrirá. Mateo 7:7*». Lee en el umbral, quedándose tercamente estacionada por unos instantes frente a la puerta de Celestina. Antes ya lo había hecho, como todos cuantos habitan en Residencias Mercurio. Para algunos, aquella placa, es una estrafalaria inscripción, sin que en nada corresponda con el oficio de astróloga que ejercía. Para otros, una palmaria muestra de su fe cristiana, con la devoción sufi-

ciente como para exhibirla a la entrada de su casa, cuando nadie se atreve a tanto. Albertina se persigna en una reacción instintiva luego de leer la inscripción, y, enseguida, de su voz ronca sale el nombre de la mascota que busca. La llama con insistencia hasta que, finalmente, se rinde. *Rocco*, domesticado a grado de sumisión esclava, se sacude, y trata de salirse de los brazos que le arropan. La ama decide, entonces, regresar decepcionada a su casa, pero antes de retirarse, voltea a mirar hacia el que fuera el hogar del capitán, lanza una ojeada compasiva sobre su entrada, y expresa lacónica: «Buena gente, Fausto, Dios lo tenga en la gloria». Gira sobre sus pasos, y aborda el primero de los peldaños que conduce a su apartamento. Evaristo la espera.

«Es Susana...». Dice Marcelo, ahogándose en su pecho el murmullo con el que se expresan las dos palabras. Se ha ubicado sigilosamente detrás de la puerta para husmear el alboroto de Albertina. De pronto, percibe la otra voz que viene cayendo desde los pisos superiores; son varias las personas que se oyen, aunque es una de ellas la que le emociona tan singularmente. Al identificarla, una larga reflexión le cruza por su mente: «No sé qué me pasa, cuando apenas me acerco a ella. Cada vez que he tenido la oportunidad, siempre, a último momento, me escabullo sin saber por qué...». Se confiesa en arrebató sincero, incapaz de pronunciar la admisión que sus cavilaciones no consiguen esquivar. No hay modo de engañar la voz interior que, impertinente se lleva dentro, habla inesperadamente, y antes de que las palabras se conviertan en sonidos, concluye sin dilación reflexiva. A Marcelo se le caen las medias en cada ocasión que encuentra a Susana Valdez; pero tiene miedo de ella. Se le acelera el co-

razón; se le oprime el pecho; las sienes se le encienden similares a una cafetera que va humeando el hervor y, la garganta, como si se le empalagara de saliva, le apura tragando grueso hasta que su cuerpo se paraliza tontamente. Entonces, un simple gesto la despide casi en el mismo instante en que se han topado; un adiós improvisado como un impulso incontrolable, deseando al propio tiempo que fuera otra su reacción. Ahora que comienza a admitir lo que siente por ella; el sublime vértigo de la atracción sexual, quizá consiga el modo de acercársele sin que los nervios le traicionen; de acopiar fuerzas para poder comportarse con la naturalidad con que lo hace frente otras mujeres.

Marcelo es un hombre entrando a la madurez, resistiéndose a ella con alucinada pretensión. Mientras, Susana, con una personalidad dominante, llena de una vitalidad que sobresale en su andar, en su comportamiento decidido, y sin ambages, es, además, varios años menor que él. En la rebelión de emociones en que consiste la atracción sexual, Marcelo representa, al final del camino, luego de un largo trajinar seductor, la parte más vulnerable de esa hipotética relación. A eso le teme, ante ésta se acobarda, paralizándose indeciso frente al dilema de atreverse en la incursión amorosa, o dejarla pasar para sepultarla en el olvido. Por momentos, desde el lado izquierdo de sus cavilaciones, como se suele imaginar que habla alguno de los *yo* agazapados en las profundidades de la mente, los deseos le animan impacientes; pero desde el otro extremo, donde yace aquel *yo* inspirado por la cordura de la madurez que se le acerca, se le frenan las pasiones con serena confesión. Es la perspectiva conservadora que comienza, después de mucho errar, a instalarse irremediablemente en su psiquis. Es el Marcelo Irausquin que

no se había manifestado antes, aquel que emerge desde las meditaciones de sus soledades, reconociéndose, sin darse cuenta, que los años han ido pasando tan veloz como acremente. Se le han deslizado con una rapidez de vértigo sobre una colección de mujeres quedándose en el camino. Sólo ahora le sirven para recordarlas ocasionalmente. Rescatándolas en sus momentos de reflexión calmada, en los gestos que le han dejado como huellas en esa intangible colcha de retazos que conforman los recuerdos. Allí, permanecen con sus aromas singulares; con sus miradas que alguna vez chispearon festivas; con los ademanes sumisos de una gata mansa, y también, con los aires altaneros que antes lo desafiaron. Se le han vuelto evocadores fogonazos espectrales, a veces nostálgicos, sin embargo, casi siempre, lujurioso deleite de aquellos instantes de entrega apasionada. Irá por ella, por la Valdez, aunque le tiemblen las piernas, si, acaso, no es ella, quien primero lo haga.

Hace rato que los chicos se han ubicado bajo el techado del estacionamiento. A placer disfrutan del tiempo libre que se les ha obsequiado este viernes. Es como un fin de semana largo que puentea desde hoy hasta el próximo lunes. Matilde se ha quedado con las ganas de apurruñar el gato negro que se le ha escurrido por las escaleras. Desde donde ahora se encuentra, ligeramente apartada del grupo de amigos, busca con su vista a la mascota de los jubilados en derredor. A la distancia la divisa sorteando el cercado que protege las residencias, se ha encaramado sobre el lomo del paredón caminando con su parsimonioso andar pretendiendo brincar al solar contiguo. Se pasea como malabarista con la cola en alto mientras va posando sus patas pausadamente; no pareciera tener

apuro, disfruta su libertad con el gozo de la calma sin que aquellas paredes del piso cuatro le limiten su alma andariega.

—¡*Mateo, Mateito...* ven conmigo!... ¡*Misu, misu... misu Mateo!* —clama Matilde por el felino. El resto de los compañeros voltean a mirarla, igual que ella, reconocen a la mascota indiferente a sus llamados. Samuel, con la travesura brillándole en las pupilas, corre hacia ella intentando atraparla, inútil esfuerzo, el animal entrevé el propósito del chico, y, como un bólido, despega huidizo dejando atrás la calma que antes exhibiera. Matilde, colérica, le reprocha el pícaro intento. *Mateo* ha saltado fuera de los linderos del edificio, quizás regrese en un rato, o, finalmente, se atreva extender su libertad a fronteras menos próximas.

Liliana ha estado observado la escena desde la ventana que hace frente con el área del parqueadero. Nunca le pierde pisada a la hija. Cada cierto tiempo se asoma a indagar qué hace junto a sus vecinos. A veces, incluso, se acerca hasta el mismo lugar donde se encuentra. Finge alguna cosa para abordarlos y, sin que ellos se den cuenta, ya ha cumplido su propósito protector. Desde arriba observa cuando el gato brinca al solar del costado residencial. Lo ve adentrarse en la espesura de una vegetación baja, luce tranquilo dirigiéndose sin titubeos hacia el monte. De pronto, otro micifuz aparece viniendo desde aquella zona a la que pareciera encaminarse *Mateo*. No sería *un*, sino *una* micifuz. Ambos se irán liándose con el vértigo de la atracción que en el aire se percibe. «Sí Albertina los viera, se moriría de un soponcio». Dice sonriéndose, mientras se aparta de su atalaya, afanándose en el resto de sus ocupaciones domésticas. Ha sido solamente un instante, unos apurados minutos en los que

se ha despejado de la angustiosa preocupación en que, igualmente a sus vecinos, a los residentes de la ciudad, y a los habitantes de su país, aguardan por el pronto regreso de la electricidad.

Todos los chicos han retornado a sus tareas infantiles, nada les detiene, ni siquiera la infructuosa gestión por atraer el gato de Albertina. Matilde, por su parte, esperará por otra oportunidad para finalmente apurruñar la mascota.

En la plaza, una escultura de San Benito se yergue con unos cinco metros de altura desde el piso. Ocupa el centro del cuadrángulo y, en derredor, unas miserables áreas verdes parecieran pedir clemencia a las adversas condiciones climáticas de la región. El santo negro, cubierto pobremente con una vieja capa azul, de la cual restan únicamente unos jirones colgándoles desordenadamente, luce con una apariencia de esperpento, cuya ruina a causa de los efectos resplandecientes de la luminosidad con que la castiga el sol, la han venido destruyendo progresivamente. Es inevitable, nada puede hacerse que no sea, además, de reponerle oportunamente las telas, remozar su desvanecida negrura; ocupación que exigiría de la alcaldía local, una puntualidad que no tienen, ni siquiera con aquellos asuntos de vitalísima importancia en la ciudad. Al caer la noche, la penumbra se cierne tan intensa que, apenas es posible distinguirla, se mimetiza en la oscuridad, y, no es, sino con la luz plenilunar alumbrándola que, su figura se aprecia con particularidad fantasmal. A medianoche, descolla como un estrafulario monumento al que, si el viento de mayo soplara con las fuerzas con que se encrespa en agosto, parecería, entonces, que estuviera a punto de cobrar vida, impulsándose en el aire con

las alas azulinas en que luciría su capa agitándose deprisa. Angélica y Diego se quedaron dormidos muy tarde en la madrugada, al levantarse ya eran cerca de las nueve de la mañana. El calor, aunque soportable a estas horas, no deja de tener sus efectos fatigosos sobre los cuerpos. Queriendo dormir un poco más, no habrían podido conseguirlo, el sofoco agobiante empezando a cubrirlos lo habría impedido. Saben que la electricidad todavía no ha llegado porque perciben la mudez espectral que reina en el ambiente. Ningún motor, ni nada que funcione con energía eléctrica, se escucha encendido.

La ventana de la habitación donde durmieran hasta hace muy poco, deja entrar la abundante claridad con parte de la ciudad desplegándose en pulcra percepción policromática. En ella, sembrada como una estaca, las ruinas de la escultura de San Benito, posada sobre un terreno semibaldío, destacaba prominente en el paisaje. Años atrás, éste lugar era un envidiable prado con palmeras, grama y unos arbusticos de flores rojas que, cortados en setos a no más de sesenta centímetros del ras del suelo, dibujaban una serpenteante hilera escarlata distribuida como un trazo de festivo encanto simétrico. Renato, el relojero, mientras se dirigía a su negocio, un par de cuadras más adelante, siendo su paso obligado, se detenía durante unos segundos admirando con particular devoción aquella plaza. Alzaba su vista sobre el santo negro y, en el acto, se persignaba como fiel creyente ante él. Así lo recordaba Angélica.

Fue en los meses finales del año pasado, antes de marcharse de Residencias Mercurio, cuando se encontró con él. Iba vestido en un color vainilla que resaltaba con el resplandor de aquella mañana luminosa: camisa y pantalón iguales. Lucía pulcro y elegante, dirigiéndose afanado

a la relojería con aquella puntualidad con la que se han de registrar las horas en los objetos de su consagración. Por sus manos pasan, desarmándolos y armándolos con meticulosa entrega, usando sus delgados dedos, tan finos como el instrumental que los ajusta, para en habilidosa operación, ir corrigiendo precisos, los desvaríos ocasionales que los llevan a su taller. Se saludaron agradados.

—¡Señor, Renato! ¡Qué gusto saludarlo!...

—¡Igualmente, Angélica! ¿Cómo me le va?... —responde halagado—. Pues, ya ve usted, que sean raras las veces en que nos veamos en nuestro edificio, y, sea la calle, con más casualidades que la misma vecindad, la que finalmente nos encuentre... —continuó expresándose obsequioso, con ánimo de entablar charla—. Así es el mundo de extraño, ¿verdad?... ¿No le parece? —concluyó, esperando de ella su parecer.

—¡Sí, tiene usted razón! Es que a veces son tantas las ocupaciones que el tiempo apenas nos deja ocasión para vernos... —admitió la joven.

El relojero es uno de los escasos vecinos de Residencias Mercurio con los cuales Angélica y Diego tiene relación amistosa. Generalmente se encontraban al pie del ascensor yéndose a sus respectivas labores.

Angélica recién se ha sentado sobre la cama, entrelazando sus piernas sobre el nudo de sábanas en que se ha convertido el lecho. Con el torso erguido, plenamente despierta, ha sido la primera en levantarse ante el haz de luz reluciente que va ingresando por la ventana. Sus pupilas, sobresaltadas por el resplandor, la obligan a restregarse ambos ojos con el dorso de sus manos y, poco a poco, como quien se reanima de un letargo molesto, el incordio acumulado del desvelo se le va haciendo ya un asunto superado. Aquella imagen de Renato le asalta

grata junto a la vista de la ciudad, de la plaza que se le muestra desde el fondo de la panorámica. Por unos instantes se ha quedado observándola extasiada, mirándola con la evocación que simultáneamente se le planta junto al paisaje citadino. Enseguida, un asomo de sonrisa, va surgiéndole espontáneo como un visaje mudo, estirándole los labios a un ritmo de tan encendido encanto, que el rostro completo fue despertándose alegre como una flor abriendo sus pétalos con esplendida calma. Su cabeza, inclinándose en dirección a sus senos, tímidamente agitándola de un lado a otro en acompasado júbilo de su semblante, iba estremeciendo su cabellera fugazmente, casi como lo harían las hojas de un árbol ante una brisa débil. Se sonríe de la chispa elocuente del relojero.

—¡Qué bella plaza, la que era! —musita, por último, escogiendo para sus labios las palabras que revelan sólo una parte de sus recuerdos. Ha sido una expresión tan naturalmente dicha como ella luce ahora. Una mujer delgada, larga, y sin arreglos artificiales. De una tez diáfana, atrapada entre el claro y oscuro que descubre el cruce de razas de varias generaciones. Con unos ojos negros plantados detrás de un nudo de pestañas crespas y abundantes, y una melena castaña que brilla festiva entre los fulgores de la luz matinal, Diego la escucha semidormido, atontado por el fuelle calórico y el desvelo. Estira sus brazos, abriéndolos como un abanico y de un impulso se sienta igualmente encima de la cama. No tiene idea a que se refiere con aquello que ha dicho con un acento tan lleno de nostalgia.

—¿Qué dices, no comprendo? ¿A qué te refieres?

—Nada, no es nada, cosas dichas al viento a causa de la fatiga... Tonterías, nada más...

—¡¿Y eso por qué?!... No hay palabras tontas si ellas vie-

nen después de razonarse...digo yo —comenta Diego, en un arranque reflexivo inusual en él, tampoco habría comprendido si lo que hubiese escogido Angélica para expresar sus meditaciones, hubiere sido la impresión del recuerdo del vecino. Diego se desvive por comprenderla, por agasajarla a cada instante, no se conforma con la explicación y por eso la ha cuestionado sin ánimo polémico. —¡Mírala!... ¡Obsérvala! —le exhorta Angélica, apuntando su mano hacia la ventana al percatar la inquietud de su pareja— Aquello que ves ahora, es la plaza San Benito. ¿Te acuerdas como era? —concluye preguntándole, cuando en realidad está afirmándose la idea que hace un rato ha expresado.

—¡Ah, sí!... Es la plaza, desde luego. ¿De qué te asombras?... Eso es lo que va quedándonos como país —manifiesta Diego con gesto resignado. La toma por la cintura y la besa en el cuello con el sublime encanto que el vértigo de la atracción contiene.

Con el comienzo de la tarde, viendo acercarse la segunda parte del día, algunos deciden tomar sus previsiones para enfrentarse a la noche que ahora aparenta lejana. Se provisionan de velas y linternas en varios de los establecimientos que aún mantienen inventarios. Los precios de los comestibles, y aquellos artículos de utilidad durante la penumbra, se disparan insolentes en medio de una ola especulativa que no tiene contención por autoridad alguna. Las personas, encontrándose en un desamparo gubernamental tan ostensible, protestan a los comerciantes, pero impotentes se ajustan a las circunstancias. Se las ingenian procurando pasar el trago amargo con las menores calamidades posible, ceden con ánimo conformista frente al abuso. En las calles, las fuerzas del orden público, como

para que no haya ninguna excepción en los efectos de la hecatombe, igualmente han sido tomadas por sorpresa. No tienen un protocolo de procedimientos para situaciones como estas, pues nunca antes habían estado ante un suceso semejante. Sus pertrechos y recursos operativos, ya menguados antes de la propia crisis eléctrica, los mantiene ahora en la más absoluta anomia para atender las emergencias que de seguro se anunciarían. Sólo las fuerzas militares que han sido especialmente entrenadas para situaciones de contingencia extrema, se les ve esporádicamente recorriendo la ciudad en labores de patrullaje preventivo. Con firmeza repelerían cualquier intento de alteración pública.

Conforme se despide el atardecer, quienes aún no se han enterado de la versión oficial sobre el hecho, permanecen confiados en el restablecimiento de la energía de un momento a otro; no se imaginan pasar una nueva noche sin fluido eléctrico. Mientras que, aquellos que lo saben porque el ministro ya lo ha dicho, se preparan para la siguiente vigilia con las provisiones que sus bolsillos les han permitido.

Susana Valdez, se ha quedado en casa, esperanzada, como tantos otros, en que el retorno eléctrico se produjera muriendo la tarde. El día entero se le ha ido ocupándose en labores domésticas que, en circunstancias distintas no habría realizado, llenando sin mayores sobresaltos, el desgano de caer de las horas. Así, iba inventándose quehaceres, para ahuyentar por ratos, la exasperación inevitable de las ocasiones en que le asaltaba sorpresiva. Transcurriendo el tiempo, fue desocupando gavetas, desmontando armarios, arreglando viejos desordenes, y apilando montones de papeles, que ya tiene poco caso seguir con-

servándolos. En varios de los estantes, se conseguía con revistas y libros que, olvidados, se habían vuelto amarillentos, representando ahora un estorbo entre sus cosas. «¡Uf!... ¡No se da uno cuenta de lo que acumula con los años!». Llega a decirse cuando se queda mirando el bulto que ha ido dejando sobre el piso.

Apoyándose con una de sus manos en una de las paredes de la habitación, y con la otra quitándose el sudor corriéndole por la frente, se ha tomado una pausa momentánea para luego continuar con la siguiente de las secciones. Ahí todavía conserva una cantidad de trastos y enseres por despachar. Hay un calor tan tremendo que ni siquiera las puertas abiertas logran menguarlo. Las ventanas, todas, con las cortinas recogidas con un lazo que las amarra por el medio, despejadas para que el aire ingrese ligero, no registran ni la más insignificantes de las brisas que a veces baten en las alturas de la edificación. Hoy, por aquellos caprichosos rumbos que escoge el clima, el viento sopla arrebatado hacia otros lugares imprecisos. La tarde pareciera haberse detenido, como si cayera sobre ella un peso celestial que atajara la rotación de la tierra para que las horas se deslizaran lerdas y perezosas. Las personas sienten la desazón sobre sus cuerpos, padecen la opresión agresiva en todo cuanto les rodea, y por esa razón, evitan los esfuerzos físicos que reclaman un desgaste corporal excesivo. Los sofocones, en ocasiones, llegan a cobrar víctimas fatales entre los mayores. También, entre quienes sufren determinadas patologías, aun sin que sean de edades avanzadas. Susana, con una vitalidad a prueba de condiciones severas, no obstante, se toma un descanso ante la pesadez vespertina. No tiene prisa en lo que hace. Una vez que ha culminado aquella pausa en la faena, vuelve sobre ella con el mismo vigor de antes; se inclina sobre un estante de uno de los

recodos de la habitación y reinicia sus labores de limpieza. En una de los cajones que guarda objetos diversos desde siempre; recuerdos de todo género, cartas y fotografías familiares, recoge varias fotos que el pálido transitar de los años ha teñido implacable. Les da un vistazo y su rostro se va trastornando en un orquestado gesto de sentimientos que en algún momento le vidrian los ojos. Las toma con afecto entre sus manos, agrupándolas en otro sitio: las conservará, pese al estado vahído que presentan. De otro rincón, retira un manojo de papeles, tal vez un fajo de tres o cuatro páginas delicadamente dobladas; lucen como manuscritos guardados con celo, con el rigor de lo que se ha de preservarse por siempre por alguna razón especial. En efecto, eso representan. Son cartas. Un inventario epistolar resguardado del olvido. Están escritas en tinta negra, cuya intensidad todavía sorteaba el acoso del tiempo, y hasta el hostigamiento del descuido, podría decirse, puesto que aún se preservan en muy buena condición, como si el esmerado ritmo de los años que han ido cayendo, les hubiera ofrecido un trato considerado.

Una a una las fue desplegando con ceremoniosa calma y, como si las leyera por primera vez, iba acomodándose sobre el piso con ellas frente a sus ojos. De un extremo a otro del texto, su mirada fue paseándose sin prisa sobre el nudo de palabras plasmadas en letra corrida. Se apreciaban como ondas que, extendiéndose en línea recta, desenrollándose imaginariamente sobre un impecable trazo horizontal, como si se hubiesen ensayado antes sobre una línea invisible corrigiendo los desvaríos de la escritura, se desataban en sinuosa carrera. Los márgenes de cada página se observaban escrupulosamente respetados, y las oraciones que llegaban al borde de ellos sin poder culminarse, estaban separadas

con sus respectivos guiones; precisos y firmes sin dejar dudas sobre el meticoloso desglose. El final del escrito, se rubricaba en rectilínea caligrafía, la misma que caracterizaba todo el relato. Debajo de ella, la fecha y lugar de expedición con similar acento. La dobla de nuevo, y la agrupa con los otros objetos que minutos antes ha escogido para preservar. Durante unos segundos, la fracción que le toma regresarla a su plegado anterior, se queda mirándola absorta, en una especie de trance introspectivo, recordando el texto final de la extensa misiva. Sus dedos largos, por último, terminan doblándola, arreglando con deferencia cada una de las páginas sueltas. El brillo de aquellos ojos verdes, como si alumbraran sus manos, apuntan sin mirar la reposada operación con la que va ordenado las hojas. «Algún día, cuando pasado el tiempo con sus dolores, y la calma torne sin sobresaltos, comprenderás lo que significan las pasiones que van alentando los corazones». Cruza en su pensamiento, el párrafo que, como si él se lo dijese, lo escucha en la voz que ya comienza a extraviársele en el olvido.

La electricidad aún no llega. Languidece la tarde, tatuándose el crepúsculo con ese tono azafranado que posterga la claridad del día hasta casi las siete de la noche. Susana Valdez alza su mano consultando el reloj. Marcelo por su parte hace lo mismo.

.

Ciudad bajo asedio

Con el sábado despertando luminoso, los temores sobre las implicaciones de la falta de electricidad, comienzan a transformarse en las nuevas angustias para las personas. No hay agua potable, incluso, habiéndola en las tuberías, para los residentes de Residencias Mercurio, llevarla hasta sus tanques a veinte o veinticinco metros de altura, es sencillamente imposible sin el sistema de bombeo hidráulico. A los escasos establecimientos comerciales que todavía abren sus puertas, desafiando la impaciencia colectiva y las arremetidas de la delincuencia incontrolada, tampoco les quedan inventarios suficientes para atender la demanda desesperada; hace tres días que no hay despachos de víveres desde las empresas distribuidoras radicadas en otras regiones del país. Todas las estaciones de gasolinas permanecen cerradas, desiertas, tal como se observan en aquellos filmes de terror después de alguna hecatombe fantasmiosa.

Los rumores circulando en las redes sociales, y en el boca-oreja de costumbre, apuntan sin la menor de las contenciones, a extravagantes versiones sobre duelos a tiros por una bolsa de hielo; incendios de locales por especulación en los precios de los víveres; riñas entre mujeres desesperadas por asirse de la última porción de cualquier alimento; y hospitales clausurados por la pestilencia de cadáveres en las morgues contaminando sus inmediaciones. De todo se habla en arrolladora ola de comentarios. En muchos hogares, aquellos comestibles que deben permanecer bajo refrigeración, a la carrera han tenido que cocinarse y, en ciertos casos, repartirse entre varios

vecinos y familiares para evitar su descomposición. En otras situaciones menos afortunados, carnes, pollo y pescado, siendo irremediable su deterioro, han ido a parar a los basureros públicos, a las calles atestadas de basura, o a los drenajes que, a cielo abierto, se han convertido en selvas por el descuido de varios años sin mantenimiento. A la altura del mediodía, bandadas de zamuros, se agrupan en rebatiña inesperada sobre diversos puntos de la ciudad. Tampoco, faltan indigentes, pobres diablos que, ya antes del colapso, erraban hambrientos, y después de éste, simplemente extienden sus labores, recogiendo las sobras de aquellos desperdicios incomedibles.

Mateo pareciera dispuesto a no regresar con sus dueños. Una vez que, espantado por el arrebato inesperado de Marcelo sobre su auto, la mascota salió corriendo trepando encima del paredón contiguo al estacionamiento. Albertina, como si hubiera estado esperándolo en vigilia permanente desde su ventana, enseguida se percata de la agitada huida del animal. Desde que ayer se escapara, sobre Evaristo no ha cesado el persistente reclamo por su descuido; sus intentos por encontrarlo y regresarlo a casa, han sido infructuosos. Ahora, cuando Albertina lo ve, ésta se desgañita llamando a su marido.

—¡Evaristo! ¡Evaristo!... —grita insistente, apoyándose sobre la punta de sus pies para levantar su torso en un mismo acto de impaciencia. Con su atención puesta sobre el micifuz, lo va siguiendo sin perderle la pista. El hombre, distraído, como siempre, en los oficios repetitivos que va inventándose durante el día, escucha a su mujer agitada. No necesita adivinar la causa del alboroto en una mañana donde la gente tiene una sola preocupación. Ya lo sabe; la mascota de sus tormentos.

—¡Voy, voy! —le responde rápidamente, mientras suelta el cepillo con el que lustraba los mismos viejos zapatos que se resiste a dejar— Dime... ¿Qué sucede?! ¿Regresó *Mateo*?

—¡Allá está!... ¡Allá está! —vuelve a gritarle apremiándolo— ¡Apúrate, Evaristo!... Muévete rápido a buscarlo...

El jubilado se le acerca diligente, llega hasta ella con el apuro metido en el cuerpo, de inmediato se ubica detrás de su mujer, apuntando su mirada hacia el lugar que le indica. En efecto, ahí observa al gato encaramado sobre el filo del cercado buscando el modo de saltar hasta el terreno contiguo, aquel donde ayer lo viera Liliana refugiarse.

—¡Ay, Albertina! No quiere regresar. Se irá para siempre, sería inútil lo que hagamos... No se siente a gusto aquí —le dice en tono resignado.

—¿Cómo qué no?! ¡Te has vuelto loco, esa es nuestra mascota! ¿Qué pasará con *Rocco* si no vuelve, se moriría de tristeza?!

—No es una mascota, mujer, nunca realmente lo ha sido, es un felino andariego con alma libertaria. No vendrá, Tina, y si viene a la fuerza, igualmente, volverá a escaparse a la menor oportunidad. No pude retenerse a nadie contra su voluntad. Deberíamos saberlo de sobras, ¿no te parece?...

—¿Y quién dice que un gato tiene voluntad?

—Pues si no tiene voluntad, tampoco tiene afecto, ni nada que nos reconozca como sus amos... Déjalo ir, Albertina, sólo tú lo extrañarías por un tiempo, ni siquiera *Rocco* lo nota, míralo —gira su cuerpo y señala hacia el otro de los animalitos que indiferente los observa— cómo está de relajado. ¿Te parece que lo extraña? —comenta finalmente.

La mujer se quedó pensando unos instantes, su cara se había encendido con el tono rojizo de un tomate, impotente se negaba a rendirse a semejante argumento. Por

unos segundos no dijo nada, quizás analizaba las últimas palabras de su esposo. Voltea, entonces, a verlo.

—¿Me extrañarías tú si yo me fuera? —le interroga, viéndolo a los ojos, como pretendiendo sacar la respuesta primero de su mirada antes que de sus labios.

—¿Y tú estarías conmigo contra tu voluntad? —le repregunta el marido, sonriendo casi en el mismo acto en que le responde. Conoce ese gesto tan particular de su esposa, con él busca metérsele en sus pensamientos para desentrañar sus intenciones. Esta vez, igual que en otras, se deleita reconociéndolo, mientras espontáneamente se le va dibujando la línea irregular de aquella dentadura amarillenta que, la nicotina ha teñido en indiscreta labor. Es su respuesta a esa mirada escrutadora, perseguidora, con el brillo azulado de un lucero, cuyo poder adivinatorio, es mayor que su decisión de aceptar aquello que no le gusta.

—¡Qué vas a extrañarme! —exclama Albertina, de pronto, sacudiendo sus manos al aire, y dando media vuelta. De nuevo enfoca su vista hacia el lugar donde el gato se encuentra. Evaristo, todavía con esa mueca llena de picardía, segura de haber atrapado el vuelo mental de su mujer, decide continuar el juego de palabras que ha comenzado. Delicadamente la toma por la cintura y le dice al oído.

—Nunca crees lo que ya sabes...

—Quizá sea tu culpa, nunca dices la verdad... —le contesta con oscilante movimiento de sus caderas, como si aquellas expresaran por su cuenta, el afecto que sus palabras se niegan tercamente a expresar.

—Sí ya la sabes, Albertina, la sacas de mis ojos... —asintió con tono empalagoso el jubilado.

Durante un cortísimo lapso, apenas llegando a un suspiro, ambos escogieron el silencio para culminar aquella danza de palabras y sentimientos. Ella, melancólica, si-

guiendo al micifuz y, Evaristo, justo a su espalda, rubricando la feliz transición de la mascota.

—Tal vez tengas razón, dejémoslo ir... —expresó afligida, después de un rato.

Mateo, entonces, ganó su libertad.

Superada la mañana, y habiendo conservado hasta buena parte de ella una todavía remota esperanza sobre la resolución de la falla eléctrica, Joaquín optó por salir en busca de provisiones, especialmente, velas para alumbrarse en las noches y algunos comestibles. Está convencido ahora de la gravedad de la situación, y de las dificultades técnicas que podría entrañar restituir la electricidad prontamente. Persuadido de tales ideas, decide junto a uno de sus hijos, Andrés, el mayor de ellos, adentrarse en el caos que ahora gobierna la ciudad; no por exceso de gente, como pudiera pensarse, sino por la ausencia, casi como concertada, de las personas en las calles y avenidas. El corredor de seguros aspira garantizarse los pertrechos de emergencia para varios días. Enterado de que no hay gasolina, ni transporte público, desecha la idea de ir en su vehículo, escoge, por tanto, caminar, aventurándose principalmente en las zonas aledañas a Residencias Mercurio.

—Papá, creo que, al final, Ernesto tuvo razón —dice el muchacho, siguiéndole el paso, y colocándose justo a su lado.

—Uju... Así parece... —contesta con desgano. Le preocupa no conseguir las provisiones necesarias, pues tiene la sospecha de que se les agotarán si la suspensión eléctrica se extiende por varios días. Cerca de donde ahora avanzan, los sorprende la discusión que dos hombres sostienen; uno de ellos, dentro de su vehículo, descontrolado por la rabia, saca medio cuerpo por la ventanilla, reclamándole airadamente al otro su despiste al momento

de cruzar la calle. Un sujeto delgado y largo que llevaba asido un paquete debajo de su brazo derecho; vestido de una llamativa camisa verde iguana, quien de pronto, quizás distraído o absorto en lo que traía consigo, se encontró casi en medio de la vía sin percatarse del auto que venía a punto de arrollarlo. La refriega duró muy poco, después de los insultos y manoteos al aire, cada quien cogió su rumbo.

—¡Vámonos, no perdamos tiempo! —ordena el padre.

Albertina los ha visto cuando de su boca lanzaba la humareda viciosa. Padre e hijo no se detienen durante la escaramuza que estos protagonizan. Apenas si los ven gritarse y amagarse. Llevan prisa.

«¡La gente está como local!». Ha dicho la mujer de Evaristo, dado que no es común para ella este tipo de sucesos. Suelta el comentario y desde el extremo cercano del altercado, divisa a sus vecinos caminando en dirección al centro de la ciudad, se queda observándolos con la curiosidad que se empecina, mientras el ocio lo permite. Por su mente cruza la comparación física entre ambos; casi la misma estatura y el mismo modo parsimonioso andar, como si alguien tuviera que empujarlos por las espaldas para que pudieran arrancar; sus torsos rectos, tan erguidos como una vara, y los pies afincándose en las puntas con cada paso. «¡Cuánto se parecen padre e hijo! ¡De su madre, Andrés, sólo tendrá el apellido! En cambio, Ernesto es el vivo retrato de ella...». Comentó a media voz. Siguió observándolos hasta que fueron perdiéndose, ya sin que nada se le ocurriera en torno a ellos. Joaquín levantó su dedo índice al viento y como queriendo continuar la conversación que antes dejara a mitad de camino con su hijo, le dijo:

—Pues sí, Andrés, parece que Ernesto hubiera adivinado lo que vendría. La electricidad no llegará hoy, ni mañana,

y quién sabe cuándo. Según parece es una situación muy complicada la que afecta al país. Así, lo dijo el ministro.

Al llegar al primer establecimiento que encuentran abierto, unas cinco, quizás, seis o siete personas, procuran lo mismo que ellos buscan: velas, baterías para linternas, agua, y enlatados de cualquier género, siempre y cuando sirvan para paliar la necesidad nutricional. Nada excepcional, básicamente igual requerimiento que otras veces. Nada de eso hay disponible. En el siguiente, dos cuabras más adelante, tampoco hay nada en existencia. Continúan por una callecita perpendicular a la avenida, donde varios locales comerciales se han abierto en los últimos tres años, en su mayoría propiedad de esa legión de árabes que han invadido la ciudad desde entonces. Siempre tienen mercancía en inventarios, y la mayor parte de las veces, con ofertas razonables para los compradores. Ahí vuelven a pedir lo que han solicitado antes con menos suerte. Otros sujetos que les han seguido como en romería, vienen detrás de ellos con similar zozobra, buscan igualmente víveres y pertrechos de emergencia.

Una vez que se plantan frente a las puertas del establecimiento, a escondidas, como quien trafica con algo ilegal, dos hombres grandotes custodian su ingreso, no los dejan entrar sin antes detallar sus pedidos. Uno de ellos, con cara de pocos amigos, serio como una estatua, barbado casi desde el pecho, con un bulto en la cintura disimulado con la camisa, y con una voz de parlante retumbando con aquel acento en el que se fusionan delicadamente algunas vocales, mientras las consonantes, como si las apretujaran, se descargan mansas en la punta de los labios, pregunta a la fila de media docena de personas qué desean comprar. Cuando le responden, preciso, va indicándoles de memoria, los precios de cada uno de los artículos que le han

mentado. Posteriormente, a ritmo de vendedor ambulante apremiado por la gente, y contra la idea que de ellos se tenía, les lanza la observación que desanima a varios de los angustiados compradores. «Escuchen todos, las compras sólo se pagan en bolívares soberanos, con dinero en efectivo. Quienes tengan dólares, mucho mejor todavía...». Desde el inicio de la pesadilla energética, todos los medios de pagos electrónicos quedaron fuera de servicio. Los bancos, sin poder atender las aspiraciones de sus usuarios, cerraron sus puertas hasta nuevo aviso.

Algunos de los sorprendidos clientes revisaron sus billeteras, repasaron lo que llevaban en ellas, y conforme a lo que disponían pagaron unos u otros bienes. Ninguno llegó a tener para todo lo que pretendía. Luego, en un intervalo muy corto, que los comerciantes árabes trataban de acortar para clausurar sus ventas cuanto antes, las personas se fueron retirando del local para volver a sus casas. Un ambiente de inseguridad se presagiaba inminente ante la desolación que les rodeaba. Horas más tarde, cuando los límites de la tolerancia lleguen a sobrepasarse, se confirmarían para ellos, las razones del sobresalto que ahora les inquietaba.

Joaquín y Andrés, de regreso, apuran el paso presintiendo lo mismo que el resto de quienes hacían sus compras, ninguno expresaba sus temores a viva voz, los guardaba entre sus cavilaciones como una sospecha frente a la cual debían moverse rápidamente. Las calles, desoladas en su inmensidad, desnudas de su ajetreo acostumbrado, se apreciaban más amplias que de costumbre. Varias de las esquinas controladas por semáforos que no funcionaban, apilaban un montón de desperdicios desde el jueves en la tarde. En algunos casos, el montón de desechos estaba

esparcido en tales dimensiones que se desbordaba nauseabundo desde las aceras hasta encima de las vías. En otras partes, un tropel de perros vagabundos, después que algunos mendigos les dejaban espacio, rebuscaban afanados entre las sobras, la porción de basura orgánica que les mitigara el hambre crónica. En casos como estos, acuden inesperadas en la imaginación, aquellas ciudades fantasmales de las películas, donde unos rollos de paja, van dando vueltas por las calles, arrastrados por un viento que se escucha silbando, como si fuese la burla de unos seres que ya no están entre los vivos; y los escasos pobladores, asomándose al paisaje arruinado, apenas si tienen el coraje para apuntar sus miradas tras los cristales quebrados de unas ventanas opacas.

Padre e hijo, sorteando los estorbos del trayecto, sujetan con fuerza las provisiones que han encontrado. Les sobrecoge la desolación que van descubriendo a medida que se acercan al lugar donde viven. Caminan en silencio, ensimismados en el trecho que van aminorando con el fin de no distraerse. No llevan, en realidad, gran cantidad de suministros, pero podrán, con buen criterio, soportar los rigores de la escasez durante dos días; lapso que Joaquín ha estimado previsivamente como razonable para el fin del excepcional tormento. Cargan agua potable, en par de botellas plásticas de cinco litros cada uno, turnándose las de una mano a otra para aliviarse un poco del peso que les incomoda. Igualmente, algunos enlatados, café, harina y varios otros víveres. Un lote de velas, no muchas que, quizás con un racionamiento estricto, les alcanzarían para unos tres días de discreta iluminación.

Al levantar la vista sobre el ras de la avenida, el sol les cae encima con tal ferocidad que, en algún momento,

sintiéndose obligados por los quemantes destellos, escogen parte de los modestísimos bultos que traen consigo, para protegerse del encono climático. Alzan algunas de las bolsas con aquel de los brazos menos atareado, y las atraviesan al haz de luces sofocantes con pretendido esfuerzo por evitarlas. Se sombrean un poco, tan precariamente que, en realidad, amortiguan sus efectos más con la idea de pensarse protegidos que con un amparo verdadero ante ellos. La imagen íngrima de estos caminantes, desplazándose apurados en medio del conjunto de fachadas clausuradas, abandonadas, y percutidas, cercándolos en ambas márgenes de la vía, revela la escena devastadora de una ciudad atormentada por una pesadilla.

—¡Apurémonos, hijo! No me fio de una calma tan premeditada... —expresa el corredor de seguros, volteándose ligeramente sobre Andrés. No aminora la marcha, prosigue la ruta mientras le habla al muchacho. Antes no había querido comentar nada para evitar alarmarlo. Ahora, a menos de una cuadra separándolos de Residencias Mercurio, se desahoga transmitiéndole sus temores.

—No creo que la gente soporte por mucho más tiempo la falta de agua, electricidad y comida al mismo tiempo. En algún momento podría desatarse un caos muy grande y peligroso. ¡Apúrate! —alegó, con su vista puesta en el edificio que fue mostrándoseles ya en inminente cercanía.

Pasadas unas dos horas del arribo de Joaquín y Andrés a casa, una humareda oscura se esparce desde uno de los recodos distantes de la ciudad. Se va elevando gradualmente debajo de las nubes, como si de donde se originara, una hoguera inesperada lo produjera. El vendedor de seguros en compañía de sus dos hijos, hace rato que descansan. Se preparan en rutina que van descubriendo,

a soportar estoicamente, el transcurrir agobiante de la tarde; las horas más pesadas del día, aquellas en que pareciera afincarse el suplicio calórico con particular encono. Yendo a una de las habitaciones, desde la ventana en que se apacienta el este con su eterno esplendor matinal, se divisa en el cielo el vapor negruzco de una protesta.

—¡Allí está, yo sabía que esto terminaría mal! —exclamó Joaquín, señalando el lugar del escándalo oscuro. De aquella pira citadina, el bullicio exaltado les llegaba distante, se escuchaba como un rumor sordo, confuso, esparciéndose en el ambiente rápidamente. Allí, las personas iban agrupándose hostiles hacia el objetivo, como la manada de fieras que se congrega en torno a la presa indefensa. La fuerza pública los observa atentos, dos o tres vehículos equipados con antimotines los rodean, y, eventualmente, encienden sus alarmas intimidantes. Un grupo de efectivos policiales, por otra parte, con sus pertrechos letales a punto de entrar en acción, tan sólo esperan el instante cumbre en que han de proceder. Si aquellos atacan, ellos asaltarían con fragor agresivo. La imagen ahora, cuando la tarde se hunde con sus incertidumbres fustigadas por el resplandor calcinante que se descarga desde más allá de las nubes, es la de una ciudad asediada por sus propios residentes; por los custodios de ella; y por la pesadilla de saberse inermes ante la carencia de electricidad, agua y comida. Podría haber sido un sábado cualquiera despidiéndose en la acostumbrada calma vespertina. Pero no lo es, algunos lo comprenden, mientras otros simplemente lo lamentan. Los más optimista esperan por el milagro. Los pesimistas, ya tienen velas y linternas para la noche.

La sorprendente fragilidad de la existencia

De la calle, una algarabía tremenda fue entrando por las ventanas, era un eco de voces que como sorprendidas por algún trastorno recién descubierto, venía ascendiendo desde las cercanías del edificio, junto al canto orquestado de los pájaros inmune a estos jolgorios humanos; el rumor que se escuchaba, parecía el de una muchedumbre desplazándose en carrera hacia un lugar impreciso para quienes aún los domina la modorra del desvelo. Los domingos suelen ser tan calmados que, si no fuera por ésta agradable impertinencia de las aves despertando las mañanas, cada amanecer se descolgaría con tal pereza que, las personas sin darse cuenta, se sorprenderían hasta bien tarde todavía en sus camas. Hoy, además del trino que no comprende la arbitraria separación de los días por nombres, el bullicio que llega de la calle, sobresalta a quienes han sido menos afortunados para conciliar el sueño. Fue Evaristo, primero, luego Susana, Andrés, el siguiente, Samuel, después, y finalmente Marcelo, quienes se percataron antes que, el resto de los residentes, de la perturbación extraña que alborotaba tan temprano. Sus cuerpos sudorosos, aunque mejor tratados a esta hora que durante la víspera, resisten con vigor el sofoco acumulado de varias noches sin sueño plácido. Dentro de poco, la sensación térmica, aliviada ahora por el apenas incipiente centelleo solar, se encrespará formidable con los fogonazos

colorados atacando por el flanco oriental del edificio. Antes del tumulto que fue agrupándose, las vías cercanas tenían la misma calmosa condición de cualquier domingo, sumaban, sin embargo, esta vez, la orfandad eléctrica que se había extendido desde el jueves en la tarde. Muy poca gente se aventuraba a salir cuando la claridad del día aún no era un hecho cierto, vencido dicho lapso, paulatinamente, a cuenta gotas, se diría, fueron apareciendo en sosegado deambular desde unos u otros lugares como hormigas saliendo de sus cuevas. Se movían aparentemente sin rumbo definido, pero en realidad no era así. Nadie anda por las calles, principiándose un domingo, en el que no bien, todavía, no se logran sacudir la modorra del desvelo eléctrico, para trajinar ellas por el simple gusto de recorrerlas. Era evidente que no paseaban, como podría haberse supuesto en un fin de semana cualquiera; uno de aquellos en que, los mayores, movidos por su fe devota, se trasladaban temprano a la iglesia al servicio dominical acostumbrado, o bien, otros, quizás, menos fieles, yendo de compras a los sitios con ofertas atractivas para rendir el escuálido ingreso que ha de dar cobijo a los apremios familiares. La única razón por la cual recorrían la ciudad en estos momentos, es por la angustiante carestía que les devoraba. A tres días del apagón, los suministros para la sobrevivencia, ya no son los mismos, ni los comestibles son suficientes, ni las provisiones para pasar la oscurana tampoco. Esa es la nueva realidad a la que se enfrentaban todos. Antes tuvieron la esperanza puesta en unas horas, y los suministros permanecieron inalterables. Posteriormente, corriendo el día siguiente, los alimentos perecederos, comenzaron a dañarse, y la despensa, sorprendida por la emergencia, a menguarse con el mismo fragor con el que la angustia los consumía en la espera.

Después, ya no hubo suficientes, y la escasez se convirtió en crónica condición. Cada día las personas, entonces, en hormigueo errabundo, empezaron a salir de sus casas a bregar el sustento para el consumo al detal. La esperanza, a veces, el último refugio de los desamparados, desvaneciéndose con las horas que fueron transcurriendo, fue ubicándolos en su nueva realidad, dotándolos de una rutina que, en excepcionales coyunturas, salvo aquellos pueblos azotados por las guerras, conmocionados por cismas sociales, o sorprendidas por terribles catástrofes naturales, no era posible conseguir en regiones razonablemente organizados.

Cuando un par de formidables aves se posaron con tan nítidos y encantadores trinos sobre la ventana de Susana Valdez, Andrés no pudo evitar salirse de la cama, pegó un brinco irritado por la algarabía que sus oídos no se acosumbraban a recibir. Hacía rato que percibía el vocerío viniendo del exterior, se escuchaba como una tormenta en crecimiento, perturbando sus intentos por exprimir de la mañana un poco del sueño que tanto le había costado conseguir. Posterior a un bostezo prolongado, revelando el fastidio que le acosaba, de pronto se sintió interesado en moverse hasta la ventana para indagar el origen de tales ruidos. Una vez ahí, apoyándose sobre el marco con sus antebrazos para ganar altura, se asoma encima de la romeoría que va corriendo entrometida. El tumulto iba dirigiéndose a un mismo punto, como la corriente de un río que se desboca en una sola vertiente hacia igual destino. Algunos, probablemente, viniendo de zonas más cercanas, o quizás habiéndose enterado antes, ya se encontraban haciendo un círculo sobre algo que yacía en el piso. Empujados por el asombro, varios de estos sujetos se ven agachando sus torsos, inclinándose sobre aquello que tanto les turbaba.

Otros, desde una distancia discretamente próxima, señalaban con sus dedos hacia el suelo, como apuntándolos para no dejar dudas sobre lo que observaban con sorpresa. Sus gestos son de estupor, de alarma, que transmiten afanados a quienes están a sus lados.

Ernesto, en la cama contigua, nota el interés del hermano, lo ve moviendo su cabeza y levantándose sobre la punta de los pies ganando un mayor dominio visual, es evidente que algo le inquieta. De inmediato, impelido por la curiosidad, pregunta en voz alta.

—¡Andrés!... ¡¿Qué pasa?!

El mayor de los hermanos, absorto en el acontecimiento que trastorna la mañana, no le responde. Sin distraerse de su propósito, continúa estirándose buscando un mejor ángulo para enfocarse. Luego, en una reacción premeditadamente sigilosa, escoge como respuesta lanzar su brazo derecho hacia atrás, alargándolo y moviendo su mano en acompasada invitación para satisfacer el requerimiento que Ernesto le ha hecho.

—Algo sucede allá en la esquina... —responde en voz baja, mientras su hermano va acercándose—. Fíjate cómo van rodeando algo... —termina diciendo, señalando con la punta de su boca, el gentío que corre agrupándose en la esquina.

Un nivel más abajo en el edificio, la doctora Valdez, conforme a su hábito de levantarse con los primeros clamores del alba, incluso ahora que tanto le cuesta dormirse, tiene algunos minutos oyendo la estridencia. Ha postergado su interés en ella por el empeño que hace en la cocina tratando de rendir algo del resto del café que le quedaba. A Susana, el café se le agotó desde ayer en la tarde, la provisión de que disponía bajo administración rigurosa, finalmente se acabó sin que pudiera reponerla

tal como había estimado. Es su flanco débil en las mañanas; cuando no lo consume, la ansiedad la trastorna, le perturba las horas, y el mal genio se le encumbra inevitable. La bandada de pájaros alegres que se apostó sobre la ventana con vista al alboroto que se izaba desde afuera, la sorprenden tan agradablemente, que, rápidamente, conservando la discreción que su juicio le aconsejaba, fue acercándose hasta ellos para apreciarlos con admirado encanto. «¡Qué bellos!». Se exclama admirada, reteniendo su júbilo entre los límites de su pensamiento. Sin parpadear para no perderse la ocasión, los observa inquietos, moviéndose al azar como halados por hilos invisibles. Sus pequeñas cabezas emplumadas en azulados tonos, oteaban impacientes en derredor buscando quién sabe qué cosas. Nunca guardaban un poco del sosiego que tanto ansían los humanos. A veces de sus picos largos, estilizados como la punta de una aguja de tejer, surgía un chiflido melodioso como si pretendieran con ello llenar el vacío del aire con los sonidos armoniosos de un pentagrama imaginario. Susana, inmóvil, para no alterarlos, sigue ahí contemplándolos, por unos instantes, el café ha pasado al olvido. Residencias Mercurio, como hito invasivo de las alturas, se encuentra justamente en la ruta que a diario bandadas de aves realizan surcando el cielo en rumbo noreste. Navegan durante las primeras horas del día, a veces hasta un poco después, como hoy precisamente y, luego, cuando la tarde comienza a rendirse en su eterno desfallecer, retornan desandado sobre el mismo trayecto matutino.

Pasando unos segundos lentos de admiración extasiada, Susana deja escapar un ligero movimiento de su cuerpo. Súbitamente encogió su rostro por un picor inoportuno que se le instaló en la punta de su nariz; unas ganas irrefre-

nables de estornudar que le arrugaron la cara comprimiéndosela con tensión. Se la aprieta aún más, encogiéndola como un nudo, pretendiendo ahuyentarlas, o, simplemente, amortiguar la expulsión enérgica del aire. Sólo eso bastó para que, enseguida, con un aleteo vigoroso, las aves se levantaran escurridizas en el vacío; zarpando en abrupta exhalación hacia el lugar donde mejor se encuentran: el cielo despejado de aquella mañana luminosa. Susana, ahora, no teniendo ya nada que se lo impida, suelta con fuerza su estornudo, se frota acto seguido la nariz y, sin nada que la contenga, se acerca libremente atendiendo al ruido que llega azorado.

Un gentío desbordando una de las esquinas que, colinda algunos metros más adelante, con las fronteras posteriores del edificio donde vive, se agolpa en labores de figoneo desordenado ante una indefinida presencia tirada en la carretera.

Aproximándose la temporada de las lluvias, toda la naturaleza lo sabe antes que los propios seres humanos. La intensidad del calor se eleva tanto que, algunos animales, llegan a pausar sus movimientos de tal modo que, a veces parecieran estar paralizados; amodorrándose como en un bostezo prolongado, ahorrando sus menguadas energías, para poder defenderse de los depredadores que los acechan permanentes. Durante las madrugadas, una invasión de bichos que se despiertan buscando sus presas, tienen en las elevadas temperaturas de las fechas previas al desplome aluvional, sus más firmes aliados para perpetuarse como especie. Se persiguen unos a otros hasta conseguir sus cometidos, construyendo en un sinfín constante la cadena alimenticia que, en cientos de miles o millones de años, tienen en el clima el requisito principal para su

continuidad. Un grillo cantando en la oscuridad opresiva, perturba el sueño que, posterior a muchos intentos, Evaristo, finalmente consigue, antes de que el domingo aparezca con su fulgor plenamente. El animalito se oculta en algún rincón inaccesible que, una lagartija enorme, ya ha descubierto para hacerlo más tarde su bocado. En un rato, ya no se oiría más, mientras el compañero se fugará poniéndose a salvo, y, Evaristo, con su panza peluda aireándola en la penumbra, no podrá retener el sueño que nuevamente se le escapará. Al comenzar los primeros resplandores de la aurora, el jubilado tiene los ojos abiertos esperándolos. Los descansan, ahora, de la intensa opacidad en que, aun cerrándolos, no advertiría diferencias al abrirlos. Se encuentra plenamente despierto, percibiendo que el reposo habitual de los domingos, por alguna extraña razón, se escucha contrariado, turbado por un murmullo inusual en crecimiento. La confusión de voces, escasas y apagadas primero, y más adelante, en segundos, podría decirse, potentes, a nivel de bullicio, se cuela hasta la habitación que Albertina y él ocupan. Se sorprende, naturalmente, la calma continuada de los ruidos de una ciudad, también se convierte con los años, en costumbre que, cuando se altera, no es precisamente algo muy difícil de notar. Sin embargo, prefiere por unos minutos, revolverse en la cama con algo del regocijo que todavía puede experimentar justo después del alba. Repetidamente girando semidesnudo sobre el moño de sábanas estrujadas por el ciclón calórico; sin camisa, mostrando un vientre abultado, sudoroso y moteado por una legión de vellos desordenados; el jubilado, ciertamente, despierto, reconoce el escándalo en crecimiento. Suspira hondo antes de finalmente decidirse a indagar la causa de éste. Albertina, en cambio, aún duerme a pierna suelta,

dándole la espalda, ausente del fastidio de su pareja.

Al incrementar la luz matinal su vigor fulgurante, prodigio celestial que ocurre en un lapso muy breve, Evaristo se sienta sobre el borde de la cama, posa sus piernas con firmeza sobre el piso, y de un envión se levanta para dirigirse a la ventana con su radiante regocijo. La esplendida vista, tan clara, como esas postales que ahora nadie envía de lugares de ensueño, se muestra ante la pereza de sus ojos aclimatados a la penumbra.

—Albertina, ven a ver... —le dice, todavía con cierta desidia, inclinando su rostro para apuntar la mirada cansada. En camino, nota como el tumulto van precipitándose en la calle hacia un mismo lugar. «¡Qué vaina es esa!». Se dice.

—¡Tengo sueño, Evaristo! ¿Qué puede pasar que ya no hayamos visto?... —le responde. Ni siquiera voltea en dirección a él.

—No sé... Algo extraño sucede. La gente va corriendo y gritando... ¡Coño, ya veo!

Samuel es un dormilón por naturaleza, es despreocupado y travieso, como igualmente lo son sus amigos del edificio. Tiene un carácter arrebatado y siempre con una ocurrencia a punto de salirle de la boca, destaca entre el grupo por su locuacidad extrovertida. Medio desnudo, con el cuerpecito de piernas y brazos abiertos esperando alguna brisa piadosa, se aguanta en la cama sabiendo que el nuevo día ya ha llegado. Escucha el latir exterior invadiéndole la habitación, pero nada importa para él en estos instantes soplados por el aliento de un lobo. En pocas horas, la tormenta que va en proceso, se descargará formalizando la temporada que ha tardado un semestre en volver. Ella se anuncia con el incremento insoportable de la temperatura que la ausencia de ventiladores y aires

acondicionados, eleva a cotas de desierto en el interior de las casas. Samuel, como el resto de sus vecinos, resiente el impacto calórico del cambio de estación, quedándose inmóvil sobre la cama, y desnudándose casi completamente como reacción instintiva para soportar en mejores términos la ola caliente que se empecina sobre todos.

Esta ciudad, enclavada a orillas de un lago, de una aridez medanal por su topografía llana, tiene muy pocas variaciones importantes durante el año, apenas unos grados menos cuando caprichosos vientos se acuerdan de ella viniendo de un flanco nororiental, o de cualquier otro punto cardinal precediendo excepcionalmente alguna lluvia tempestuosa. Solamente durante los meses de diciembre, enero y con suerte parte de febrero, la sensación térmica destierra un poco del agobio que con frecuencia golpea a las personas, animales y vegetación la mayor parte del año. El resto del tiempo, los termómetros se mantienen promoviendo ese calor seco y árido del verano que ya se aleja. Instalándose el semestre invernal, como ocurre ahora, llegan los calores húmedos y pegajosos que aturden los cuerpos sin compasión. El ciclo nunca cambia, a menos que el mundo se ponga patas arriba, y entonces, un cataclismo se imponga para que termine acabando con todo.

La ciudad sufre inesperada los rigores de un colapso energético que eleva a cotas insufribles el efecto de las temperaturas. Los servicios públicos, por otra parte, esos que la urbanidad ha convertido en imprescindibles para la convivencia humana, se encuentran absolutamente paralizados, generando un enorme embrollo en los suministros de agua, alimentos, medicinas y combustible. Nada hay que no haya sido trastornado en la emergencia. La vida se ha detenido.

Cuando la calle se ha convertido en un hervidero, la curiosidad que ha empujado a otros, entre ellos a Marcelo, su vecino del piso de abajo, Samuel brinca de la cama y busca la ventana, descorriendo una cortina de tela tan fina que el viento y la luz del exterior pasan por ella como si fuese un velo de esos que usan las novias en el altar. Apresurándose para averiguar de qué se trata, se arrima divisando la panorámica. Su baja estatura le impide una vista cómoda, muy poco puede ver, únicamente oye la bullanga viniendo con intensidad desde el lado en que su habitación se proyecta en el paisaje. Se coloca deprisa un pantalón de media pierna y sale corriendo dando aviso a sus padres.

Abelardo y Rosana, ya se han levantado, al notar el apremio con el que viene el muchacho, salen nerviosos a su encuentro sobresaltados. Desde el otro extremo del hogar no se han percatado de la bulla que viene entrando desde afuera. Samuel, sin reparar en detalles, aborda enseguida a su padre.

—Papá, hay un alboroto en la calle... Se escucha muy fuerte desde la ventana de mi cuarto... ¡Ven a ver! —le dice intranquilo, tomándolo de la mano mientras va señalando a la habitación.

Marcelo se quedó dormido muy tarde en los linderos de la madrugada. Llevaba varios días en los que, conciliar el sueño, se le había convertido irónicamente en una pesadilla, librando en cada ocasión una dura lucha por conseguir quedarse rendido. Al retirarse a su habitación, dejó que la llama de la vela, alumbrándole solitaria, se fuera consumiendo sobre la mesa donde *El Estudiante* esperaba en una de sus páginas marcadas el reinicio de su lectura; íngrimo recordatorio de una suspensión abrupta, de cuando la electricidad, aún con sus altibajos, sin embargo,

permitía esas elementales singularidades del solaz entretenimiento de un cualquiera. No quiso apagarla para evitar hundirse en la lobreguez asfixiante de las noches. La imagen del ministro riéndose en la fotografía, de pronto le vino a la mente en algún ocioso instante de cavilaciones fatigosas, le fueron regresando como un torbellino de pensamientos que iban y venían sin control, buscándole explicación al gesto del funcionario anunciando la catástrofe eléctrica. A ratos, sepultado el ministro por otras atenciones, recordaba ciertos pasajes de la novela que hubo de pausar justo al comenzar a desvelar el desenlace de su trama, asimismo, en otros momentos, Susana Valdez se le instalaba seductora en sus meditaciones, hasta que, finalmente, conseguía quedarse dormido, sumido en el desencanto de unos instantes que morían con desfalleciente lentitud. Agobiado, decide salir de su habitación y regresar a la sala donde había dejado la llama, como si el responsable del fastidio persistente fuese el lugar escogido para dormir. Como la noche anterior, casi desnudo, para soportar en mejores términos el calorón de la noche que iba entregándose a la madrugada inexorable, recostó sumiso su cabeza sobre el apoyabrazos del sofá, dejándose llevar por la inercia que siempre hace su trabajo con la mayor de las discreciones. El rostro le quedó orientando con la vista excepcional de un atalaya que dejaba entrar el brillo remoto de unos luceros titilantes rodeando una luna grande.

Cuando el canto desentonado, pero enérgico, como ha de suponerse en un gallo joven, se escuchó preciso desde las cercanías de Residencias Mercurio, el clarear de las horas, anunció el domingo con su silencio habitual. Así porfió, hasta que poco a poco, tal como fue extinguiéndose la llama que antes iluminara, un ajeteo de gente ha-

blándose impertinentes, comenzó a cobrar fuerzas hasta transformarse en una bulliciosa presencia de la que emanaba un ruido sordo en ascenso.

Marcelo fue despertándose sin saber exactamente en qué lugar de su casa se había quedado dormido. Aturdido con aquella sensación, todavía recostado en el sofá, sus ojos se le fueron abriendo, recibiendo el impacto de la luz del día entrando por la ventana que se desplegaba frente a él. Venía acompañada de aquel murmullo extraño que sorprendía al domingo tanto como a él. «¿Qué vaina es esa?!». Dice a media voz, doblando en el su brazo derecho para protegerse los ojos del haz luminoso que invadía con intensidad el interior de la sala. En ropa interior, se fue incorporando hasta sentarse despierto en el mueble, orientándose ya con plenitud. Las altas temperaturas, después de una breve tregua, justo antes del amanecer, fueron apaciguándose a niveles soportables, haciendo que su reposo, sobre todo si, como era su caso, se estaba liviano de ropas, fuese algo más agradable llegando la aurora.

Abelardo, tan impaciente como el hijo, una vez que observa desde el cuarto la aglomeración, decide ir hasta allá para enterarse de lo que allí sucedía. Samuel, intuyendo la pretensión paterna, corriendo a ponerse zapatos y camisa, sin cepillarse, incluso los dientes, se pasa las manos por sobre el pelo apretado que poco requiere de peine, y se lanza detrás del padre que ya va traspasando el umbral de la entrada para tomar las escaleras.

—¡Rosana, regreso enseguida! Voy a ver qué pasa allá abajo...

Cuando Ernesto se asoma, la multitud no dejaba apreciar aquello sobre lo cual se habían venido agrupando. Efecti-

vamente, se trataba de una novedad excepcional la de este domingo temprano. Ambos hermanos, no pudiendo determinar de qué se trataba, con la descarga hormonal propias de la edad de los riesgos, de inmediato voltean sobre sus pasos y acercándose las ropas livianas que en los adolescentes suelen ser costumbre, se visten de prisa y salen de la habitación apenas indicando a Joaquín que averiguarán eso que a tantos ha congregado en la esquina. El padre, con la taza de café humeando como un volcán en miniatura, único deleite dispuesto a defender con las últimas de sus fuerzas, les pregunta sorprendido.

—¿Qué les pasa a ustedes!?... ¿Para dónde van tan apurados?

—Papá, ¿no te has dado cuenta?... Hay un alboroto en la calle, detrás del estacionamiento.... ¡Asómate a la ventana, ya venimos!...

El par de muchachos dejaron al padre perplejo, quien portando en una de sus manos la placidez del vicio humeando, se retiró del asiento para indagar sobre lo que ambos le indicaron.

Llegando a toda carrera, colándose entre las personas de todas las edades, pero en su mayoría, adultos que han salido muy temprano el domingo atendiendo los menesteres de la contingencia, los dos adolescentes se fueron acercando rápidamente al objetivo que no pudieron precisar desde la alcoba. Unos y otros de quienes habían acudido curiosos, comentaban sobre el hecho con la congoja que este tipo de situaciones inspira. El primero de los hermanos en llegar a las proximidades, fue Ernesto, detrás de él, una chica más o menos de su edad en compañía de un hombre mayor y, seguidamente Andrés, a la cola de estos últimos, quien desde dicho lugar ya precisaba de qué se trataba debido a su estatura superior a la de quienes tenía delante.

La perspicacia de Susana Valdez viendo el gentío arremolinado en torno a algo que yacía en el suelo, la llevó casi enseguida a formarse una idea de aquello que tanto les apremiaba. Desde su panorámica observaba a todos apuntando al piso, girándose calmadamente en el sentido de las agujas de un reloj, como si fuesen haciendo una coreografía de calculada planificación, donde a ratos, se detenían mirando al suelo, levantaban sus rostros, y a continuación, se comentaban entre sí. Siempre se movía en derredor. Su intuición no le falló.

Marcelo metido en el pudor de su desnudez, temiendo que desde alguna parte se le viera en cueros, se levantó rápido del sofá, dio un vistazo por la ventana, y creyendo que se trataba de alguna gestión gubernamental por el apagón extravagante alcanzando los cuatro días, husmea durante unos segundos bajo el apremio pudoroso, y sin notar nada más que la multitud agrupada, se retira a su habitación para vestirse. «¡Estos tipos después que no hacen lo correcto, quieren arreglar las cosas con paños calientes!». Dijo molesto.

Evaristo, siendo el primero en darse cuenta del irregular discurrir dominguero. Ha visto con nitidez, antes de que el grupo de curiosos ansiosos lo impidiera, aquello que los otros residentes del edificio no han podido apreciar. Un llamativo punto verde tirado en la calle, próximo a la calzada, destacando colorido en la luminosa diafanidad de la mañana. Efectivamente, era un hombre, el que descansaba tendido sobre una parte del asfalto y la acera polvorienta. Estaba atravesado en la esquina que formaba una intersección detrás del parqueadero de Residencias Mercurio, en las cercanías de la calle donde se han ido agrupando informales, los comerciantes árabes que levantaban un co-

mercio en un parpadear. Cuando Albertina se asomó, la multitud ya cubría la vista para ella. «La gente está como loca?». Volvió a decir al ver la aglomeración.

Abelardo y Samuel llegaron abriéndose espacio entre la muchedumbre que apenas permitía el paso de los nuevos fisgones. Ambos se acercaron a modesta distancia y, entonces, pudieron percatarse del hecho. Samuel, súbitamente, peló los ojos sorprendido. Al ver aquella turba corriendo desde su cuarto, no se imaginó que pudiera tratarse de lo que ahora sus ojos de inocente estaban presenciando. Era la primera vez que veía a un cadáver. Se mantuvo callado al lado de su padre, sin despegársele ni un instante. Escuchaba cómo comentaban sobre el sujeto en el piso, aunque su mente no procesaba en su certera proporción, aquello que referían en confusas conjeturas. Impactado por el hecho, acobardado con las piernas pareciendo que se le doblaban, sólo quería ahora marcharse con su padre, rogaba dieran media vuelta, y regresaran cuanto antes a la seguridad de su edificio.

Ernesto se acordó de su madre en aquellos ojos cerrados, aparentaban dormir esperando por alguien con el poder suficiente para hacerlos abrir de nuevo, fulgurando, entonces, con el brillo relampagueante de la vida. Para la chica a su espalda, también era la primera vez que veía tan de cerca un muerto; la cara impasible, la mueca indescribable de aquella boca que pareciera, según cada quien naturalmente decida, el gesto irónico del placer retozando sobre el dolor al despedirse del mundo de los vivos, o simplemente el esfuerzo que sus músculos hacían reteniendo desesperados el último de sus alientos para no dejar la vida. La imagen que ahora se aloja en su cerebro,

forma ya parte de esa colcha de retazos en que van consistiendo los recuerdos que su memoria conservará hasta el fin de su existencia.

Andrés, alargó su cuello por encima de los otros buscando averiguar con mayor precisión, bajó su vista al suelo, al sitio donde se agolpaban los curiosos, y entonces pudo ver aquel color verde chillón de la camisa del infeliz que el día anterior discutiera en la avenida con un conductor. «¡Guaol!... ¡Yo lo conozco, lo vimos ayer!». Dijo sin poder moderar el tono de su voz. El adolescente solamente quería decir que había visto aquel hombre mientras junto a su padre iba al centro de la ciudad. Quienes a su cercanía lo oyeron, voltearon a mirarlo, y enseguida, lo atosigaron a preguntas: «¿Tú lo conoces?... ¿Quién es? ¿Cómo se llama? ¿Dónde vive?... El muchacho se limitó a decir, balbuceante lo que escasamente conocía. Perplejo, ante la sorprendente fatalidad de los hechos, por la fragilidad de la que depende la existencia de cualesquiera de los seres vivos, se quedó enmudecido. De inmediato Ernesto lo toma de la mano, y ambos se retiraron tal como llegaron: desplazándose a empujones entre la barahúnda, para retornar con la increíble novedad a Residencias Mercurio.

Así fue que, iniciándose éste domingo con su espléndida diafanidad, y no bien despabilándose las primeras horas del aletargado y paciente discurrir que venía cayendo desde el amanecer, varios de quienes transitaban principiándose en los quehaceres de un fin de semana sobrecogido por las emergencias de las carencias, se encontraron con el cuerpo de un hombre recostado con la mitad de él sobre la calzada y la otra parte sobre el asfalto. Descansaba exánime, boca abajo, con una de sus manos posada lateralmente sobre el abdomen en su costado izquierdo,

como oprimiéndose delicadamente la región, repleta de una sangre negruzca que parecía haber corrido a borbollones entre sus dedos, mientras buscaba desesperado subirse a la discreta cuesta de la acera. La otra de sus manos, plantada abierta sobre el concreto poroso, destacaba en el anverso de la palma, manchas de sangre resacas que formaron sobre sus uñas una película fina mezclada con el polvo seco del camino. Éste brazo, lo tenía extendido como quien lo estira en toda su longitud, en posición de nado; flácido, encima del concreto sucio que, una porción rala de vegetación seca protege corriendo paralela a la vía. Su rostro tostado, de cejas gruesas y enmarañadas, tenía la boca abierta y los ojos tan delicadamente sellados que, si no fuera por lo que ya todos reconocen, podría creerse que estaría poseído por un tan pesado sueño que, para despertarlo, únicamente bastaría con darle un buen sacudón para reanimarlo. A su lado, un paquete apretujado, especie de envoltorio hecho de papel dentro de una bolsa plástica transparente, parecía contener varios objetos cuidadosamente empacados. Era un envase con restos de leche, algunos panes y un trozo de queso lechoso deshidratado por el calor.

De aquella risa alegre no volvió a saberse

Cuando Samuel llegó, los chicos estaban esperándolo tan ansiosos que, si no hubiese llegado en el lapso en que, finalmente, lo escucharon descender a toda carrera por las escalinatas, algunos de ellos habrían subido hasta su casa para obligarlo a salir. El clan de muchachos, desde muy temprano, aguardaban apostados en el lugar de juegos que, la fraternidad entre ellos, había venido construyendo durante el colapso eléctrico, la oportunidad para enterarse de los pormenores de aquello que sus padres comentaban desde ayer en la mañana. En efecto, aquel resguardo festivo en el que se había convertido el techo del estacionamiento, los agrupaba inquietos, entreteniéndose, mientras el compañero, retrasado quién sabe por cuáles motivos, llegaba con los detalles que, bien sabían ellos, él conocía de primera mano.

El sol, afincado con una leve inclinación en el poniente, atormentaba en exhalación sofocante, toda la superficie que la vista de los habitantes de Residencias Mercurio pudiera alcanzar. El par de jubilados, entre ellos, buscaba atenuar la atenazante sensación térmica, situándose frente al ventanal aspirando que, alguna brisa errante, los ventilara un poco, y aplacara, a su vez, la opresión calorífica en el interior de su morada, haciendo soportable el paso de las horas corriendo de la tarde temprana hasta la llegada del ocaso. Llevan ahí algunos minutos, Evaristo, estrujando los últimos sobrantes de una colilla de cigarrillos, se distrae curioseando el impetuoso andar de los chicos del edificio; el afán laborioso de dos hombres

sobre el techado metálico y, de pronto, sin que se diera cuenta de dónde salía, aparece la mascota con su andar impasible, paseándose con tal desparpajo, que pareciera hacerlo para burlarse ahora de sus antiguos amos. Albertina, uniéndosele unos minutos más tarde, viniendo de los rincones opacos de alguna de las habitaciones. Al ubicarse al lado de su marido, se da cuenta de que, además, de observar el jugar animado de los chicos, sigue con atención al gato que se desplaza sobre el techo. Enseguida, al verla, levanta el índice gordo y arrugado de su mano derecha, con su prueba fehaciente del efecto amarillento de la nicotina en su dedo, y le indica regodeándose, con ese acento socarrón que a veces usaba. —Mira, allí tienes la respuesta a tus dudas del sábado en la madrugada...

A todos los animaba el interés por conocer la experiencia de Samuel, averiguar cómo había sido aquel momento en que, a poca distancia, pudo presenciar junto a su padre, el suceso del fallecido tirado en la vía. Ninguno de ellos había estado jamás próximos a un muerto con tanta cercanía, ni siquiera, en realidad, habían visto a alguno de ellos. Samuel, en cambio, ahora podía expresar con toda propiedad, los pormenores de una vivencia como aquella. Cuando llegó hasta ellos, de inmediato se agruparon en torno a él, y acosándolo a interrogantes, fueron interpelándolo de tal modo que, nuevamente, trajeron a su memoria la secuencia de imágenes sorprendentemente descubierta durante la mañana de este domingo. Era un sujeto de piel curtida, como tostado por el sol, a primera vista, sin embargo, en verdad, su aspecto más bien era el de alguien demacrado. De una flacura muy extrema, cuya ropa le quedaba tan ancha que, podría pensarse, no era

precisamente de él, sino de alguien de una talla mayor, sí, en efecto, se llegase obviar, que tenía la apariencia fármica de quienes están a punto de fallecer por hambre. Llevaba una camisa de un color escandaloso, un verde estridente, fuera de lo común, asunto que termina llamándole la atención, no por el tono exactamente, sino porque en el fondo no lograba imaginársela usando. Tenía una herida en un costado, a la altura del abdomen, en el costillar izquierdo que la gente identificaba como un disparo. De una edad en que a las personas comienzan por ser aludidas con el circunspecto trato de señor.

—Parecía como si estuviera durmiendo en la carretera, como esos borrachos que a veces se quedan dormidos en las calles —puntualizó, haciendo con sus manos el gesto con el que usualmente se imita el sueño.

Evaristo los ha visto congregarse alrededor del chico mientras *Mateo*, desde uno de los extremos de la cubierta, va descendiendo para perderse debajo de algunos de los vehículos que ahí permanecen. Damiana y Lorena, con la vista fija, como si al momento vieran al muerto tirado a distancia cercana a ellas, oyen el relato de Samuel sin pronunciar palabras. Tenían tanto miedo que no se atrevían a consultarle nada. Una de ellas se ríe nerviosa, mostrando unos dientes de leche tan pequeños que daba la impresión de no tener dentadura. La otra, con el rictus de quien va figurándose los detalles, frunce el ceño sin sacar fuerzas para saciar su curiosidad. En cambio, Adrián, indagaba sobre la forma en qué estaba tirado en el piso; el rostro; la causa del fallecimiento; y un sinfín de otras particularidades. Samuel, por unos minutos, disfrutaba ser el centro de admiración de todos, y nunca admitió, por supuesto, el pánico que sintió cuando vio al hombre acostado en el asfalto sin vida. Matilde, reservada, como

siempre, sólo se atrevió a lanzarle una interrogante que él no pudo responderle.

—¿Y por qué le dispararon?...

Una vez que Samuel se encogió de hombros sin saber qué decir, Matilde dio media vuelta desinteresada del asunto, saliéndose del grupo con su natural proceder; una azarosa amalgama de caracteres en la que se concertaban la serenidad de la madre, con la perspicacia del padre. Tal vez haya sido el fastidio de la hora, el calor pegajoso del momento, o quizás ambas cosas a la vez, conforme a la sincronía ordinaria en que tales sensaciones confluyen durante las tardes tempranas, las que, finalmente, la hayan impulsado a apartarse. Apenas gira su cuerpo para dar el primero de sus pasos, cuando en la parte posterior de sus delgadas piernas, la cola de *Mateo* las roza despacio. Las acarician con su punta levantada y doblada en el extremo, como si fuese un dedo que va pasándose tierno sobre ellas. La chica se sobresalta, y al darse cuenta, de inmediato se agacha para abrazar la huraña mascota que de pronto ha tenido este gesto afable. Esta vez, el gato se deja coger entre sus brazos, con tal mansedumbre que pareciera un ejercicio de afecto hecho con frecuencia. Complacida por su docilidad, posa su mano tierna sobre el lomo, sobándolo desde su cabeza aplanada con su mirada ambarina, hasta la cola obediente que va envolviéndosele entre los dedos. Albertina se aspavienta con el hecho. Abre la boca y se lleva una de sus manos a ella, como tapándosela para que no le salgan palabras, sino el asombro que ahora la enmudece. Evaristo se ríe, y frotándose la panza, le repite:

—Para que no tengas dudas, allí tienes la respuesta a tu pregunta.

Del ministro no se supo más, de aquella risa fácil retratada en los periódicos, no volvió saberse. En realidad, por diversas fuentes noticiosas, continuó repitiéndose la misma información que suministrara la mañana del viernes. Nada nuevo se había dicho desde entonces. Después de cinco días sin electricidad, como suele ocurrir con todas aquellas cosas que se vuelven rutina, el lunes parece una continuación del domingo; un asueto ordinario en que se han ido transformado todos los días. Así, las personas, en alternancia aprendida, van haciéndose correr las horas de mayores aprietos, con una celeridad superior a las de aquellas en que, condescendentemente, la tragedia puede resistirse.

En Residencias Mercurio, la gente ha encontrado el modo de sobrevivir. Ya no tienen las angustias iniciales, la exasperación delirante aguardando el milagro. Simplemente, ahora, esperan el instante en que habrá de llegar la electricidad; el momento de clausura de la catástrofe energética. Tienen aquella certeza por elemental intuición deductiva, por el descarte básico de entre las opciones que un gobierno sensato habría de manejar. Eso piensa Joaquín, mientras conversa con sus dos hijos, explicándoles paciente, las dimensiones de una tragedia de tan grave impacto nacional; Marcelo, hablando con Evaristo, su vecino de enfrente, al encontrarse con él, para espantar el hastío, de unas saetas estancadas en el reloj de sus apremios; Susana, cuando observa a Santiago junto a Carla, despidiendo sus hijos al patio del edificio, inventándoles una vacación de papelillo; Javier, platicando con Liliana, dándole consuelo a Matilde, a través del teléfono móvil posado entre sus manos; Albertina, turnándose con el marido, el sabor del cigarri- llo que va aliviándoles las horas; Angélica, reprochán-

dole a Diego, la ausencia del coraje para marcharse del país; Abelardo, abrazando a Rosana, en aquellas noches opacas, sabiéndose impotente ante el caos que tanto los domina; Melina, fantaseándole a sus nietos, historias que ellos no creen y tampoco quieren escuchar; Santiago, besando a Carla, después que ambos aligeraban sus pesares; Marcelo y Susana, venciendo, por fin, las aprehensiones instintivas que cada quien guardaba. A todos les animaba la misma consideración sobre la culminación de la emergencia eléctrica.

Fue durante la tarde, al caer los últimos fogonazos del ocaso, en la que una ventisca inesperada moviéndose desde el sureste, varios de los residentes se sintieron atraído por la idea de dejar sus apartamentos por unos instantes, animándose sin muchas consideraciones a sacudirse un poco del fastidio acumulado del día. Marcelo Irausquin y Susana Valdez, entre ellos.

En la época de lluvias, durante el día siguiente a una tempestad, el cielo, como renovándose en sus remotos cimientos, se vuelve impresionantemente nítido, de un matiz tan vívidamente celeste que pareciera haberse lavado en juiciosa labor con agua y jabón. Flotando sobre él, como adornándolo, inmensas nubes blancas se van estacionando pausadas en tanto que, el sol refulgente, como si tuviera baterías nuevas, descarga impetuoso sus quemantes rayos sobre la tierra; la sofoquina se eleva con tanto vigor que, cualquier brisa repentina, es un soplo indulgente frente a la calma sudorosa que enfarda los cuerpos. Poco a poco, los residentes del edificio, fueron congregándose en sus alrededores, aprovechando los minutos previos a la despedida definitiva de los resplandores del astro diurno, para ventilarse y aliviarse momentáneamente del encierro abrumador.

Los árboles en su contorno, recibiendo el paso apresurado del viento, se mueven con jubiloso vigor, como aplaudiendo con sus hojas la caricia invisible que inesperadamente los envuelve. Marcelo lleva unos minutos rondando sus inmediaciones, se pasea tranquilo de un extremo a otro sin los habituales acosos de los asuntos pendientes; se conforma, sin nada en especial en qué pensar, con ir apreciando por primera vez los contornos y recovecos de la edificación: el techado del parqueadero, el ya desvaído cercado perimetral reclamando una capa de pintura nueva; el viejo jardín, reseco y mustio, sobreviviendo a las destemplanzas nada piadosas del clima; la vegetación silvestre que, a ras del suelo, va creciendo en los alrededores conformando una urdimbre de plantitas ralas de vivaces florecillas amarillas; la entrada principal, compuesta de dos grandes hojas verticales de vidrio, reflejando el paso indiferente de la gente que por la calle de enfrente cruza cada día. En las alturas, levantando su vista, observa la sección de ventanales que, en éste costado de las residencias, cada uno de los apartamentos tiene por paisaje hacia la ciudad detenida. El encumbreado inmueble ahora le parece más alto de lo que antes se imaginaba, sin embargo, no es eso lo que le llama la atención. Buscando el lugar donde vive, en despreocupado uso del tiempo, se percata de la imagen de una persona que le observa un poco más arriba. Es Susana Valdez, siguiéndolo en sus movimientos en derredor sin que él lo notara. Sorprendida en el fisgoneo, cuando ambos se descubren, a la mujer, un leve parpadeo le turba el rostro, y su cuerpo, respondiendo intempestivo, pretendiendo deshacerse de la situación, se defiende espontáneamente intentando alejarse de la ventana. En la turbación momentánea, por su mente, el trozo de la carta que leyera

hace unos días, como el mismo viento que alegra las copas de los árboles sin anunciarse, le irrumpa desde las remotas y no siempre aleatorias asociaciones. «Algún día, cuando pasado el tiempo con sus dolores, y la calma torne sin sobresaltos, comprenderás lo que significan las pasiones que van alentando los corazones». Marcelo entonces, como en otras ocasiones, alza su mano y saluda sonriente. Esta vez, llevado por un impulso que no eligió su juicio, su gesto se convirtió en una vehemente invitación que Susana no pudo eludir. Agitando risueño su mano varias veces, fue apremiándola con el ademán demandante para que finalmente ella respondiera, diciéndole con sus manos pausadas, como en un lenguaje de señas sobrevenido por las distancias, que pronto bajaría para acercarse hasta él.

—Han pasado cinco días del apagón. Nadie dice nada — comenta Evaristo a Joaquín. Ambos se encontraron bajando las escaleras camino a las afueras de las residencias. El zumbido de un viento fresco, mucho más piadoso que el de costumbre, si se comparase con el sofoco de la madrugada presagiando lluvias, se cuela por las claraboyas de la colmena de concreto en la que habitan. Vienen como algunos de quienes ahí viven, interesados en aliviarse un poco del encierro y del calor que se almacena durante el día. Dentro de poco, la luz natural, esa que hace brillar durante los días cualquier superficie por opaca que ella sea, se despedirá hasta el próximo día. Volverá la penumbra a enseñorearse sobre la ciudad, sobre Residencias Mercurio, y con ella, sublevándose los temores que acechan a las personas. Desde lejos, se verán, en algunas de los hogares, el resplandor de las llamas que duran hasta casi el amanecer. En otros, la oscuridad en toda su plenitud, invadirá todo

lo humano que se ha edificado, para dejarlos así indefensamente ciegos esperando el nuevo día.

—No, no se ha dicho nada nuevo. Parece, según comentan por diversas fuentes que, en algunas partes del país, se ha restablecido el servicio, hablan de la capital y otras regiones. Pero, poco se sabe con certeza —afirma el corredor de seguros, llevándose en sus comentarios por las afirmaciones que vagamente ha conocido; él como tantos otros, conserva una duda razonable sobre lo que se dice entre la gente. Aún, la ola de rumores, sacude al país, sin que se sepa claramente, cuál es el alcance de las gestiones realizadas por el gobierno para remediar la catástrofe. El giro de la conversación, llegando a la puerta principal del edificio, es el de la misma incertidumbre de cuando recién iniciaba el apagón. Contiene un acento de impotencia similar al que se siente frente a las desgracias sin remedio, o cuya resolución, en cualquier caso, no está en manos de los afectados.

—¿Tendremos que irnos de nuestro país, Evaristo? Si esto se prolonga... ¿Cómo podríamos vivir de este modo?... ¿Qué crees que pase? —insiste Joaquín. No logra percatarse de las limitaciones que dos jubilados, como él y su mujer, tendrían para abandonarlo todo y comenzar en otro lugar, en cualquier otro país del que no conocen, sino es por los libros o referencias de tantos otros que ya se han marchado.

—No lo sé, Joaquín... ¿Adónde podríamos ir un par de viejos cuyas vidas ya están en lista de espera en el otro lado...? —interroga chistoso. Está consciente de sus restricciones, sabe que ahí morirá cualquier día de estos junto a su pareja.

—Oye, Joaquín, toda la vida trabajamos duro para no llegar a lo que ahora somos: un par de jubilados desampara-

dos. Es como si hubiéramos perdido el tiempo, como las horas perdidas en que ahora se consume el tiempo para gentes menores que Tina y yo... Ellos, por lo menos, todavía tendría tiempo para reaccionar. Nosotros no...

—Es cierto, ¿qué puedo decirte? —le manifiesta Joaquín, quizás sintiendo que esas horas, también, las está perdiendo él.

Cuando los dos hombres llegan al piso tres, doblando en el vestíbulo para continuar por las escaleras a los siguientes niveles, Evaristo se topa —como todos los que por estos días han tenido que cruzar por ahí buscando la siguiente sección de peldaños— con la puerta del antiguo hogar del capitán Fausto. No puede evitar posar sus ojos sobre aquella entrada abandonada. Se acordó de él, como se recuerda fugazmente la imagen de alguien que ya se siente muy remota. La última vez que lo vio, un jueves, siempre un jueves, muy de mañana, iba renqueando un poco más que de costumbre, apoyándose con dificultad en su bastón; sin embargo, se erguía en su esbeltez militar con la voluntad de quien no se dejaba vencer por la adversidad que le afectaba. «Era un excelente individuo, algo temperamental, diría yo, pero buena gente, el capitán Fausto». Pensó sin dejar que el recuerdo lo turbase. El capitán se dirigía, entonces, a la última sesión de diálisis en el hospital.

Una vez que se encuentran en planta baja, varios de los vecinos ya han llegado hasta ahí como convocados a una reunión ordinaria de condominio. Se han ido ubicando en distintos lugares del espacioso patio conforme a los intereses que les unen a unos y otros. La tarde, habiendo iniciado su transición inexorable a las sombras de la noche incipiente, por unos minutos más, sin embargo, todavía podría permitirles quedarse fuera de sus casas aprovechando lo que resta de luz natural.

Santiago, Carla, Liliana y Abelardo, platicando sobre la suspensión de actividades escolares; del retraso que ha significado para los chicos la interrupción de las actividades académicas, se enfrascan sobre el tema situándose en un recodo del lugar. Podría decirse, precisamente, a un costado, de la fachada del edificio, donde un golpe suave de aire les pega sin mayores obstáculos. Están concentrados en el asunto relativo a las clases de los hijos. Nada pareciera perturbarles tanto, como imaginarse que, por causa del colapso energético, deban someterse a jornadas adicionales de complemento académico, en el mejor de los casos, o simplemente, ver truncada a niveles de mediocres estándares, la formación educativa de los hijos. Sufren por ello. Les alarma tanto como el mismo percance en que se encuentran.

Evaristo y Joaquín, llegando juntos, se fueron agrupando con Marcelo, quien, estacionándose, justo frente a la puerta principal de Residencias Mercurio, deliberadamente se ha cruzado de brazos, como esperándolos sin moverse del sitio. Su interés, obviamente, es esperar por la doctora Valdez.

—El ministro se quedó mudo... —comenta Marcelo a ambos, como quien pone sobre la mesa el tema de conversación. No obstante, a quien enfocan sus ojos es a Joaquín. Con él se ha visto el sábado en la mañana, siendo ya noticia lo dicho por el ministro durante su conferencia de prensa—. Se suponía que en las «próximas horas» se restablecería el servicio eléctrico —continuó diciendo, en son de mofa, mientras pronuncia la oferta del ministro. Es un ademán burlón hecho con los dedos de ambas manos. La ironía, en realidad, matiza la profunda indignación que siente por la promesa del funcionario.

—¿De qué nos extrañamos?... No sería la primera vez que ellos mintieran —alegó Joaquín, como resignado ante el infortunio.

Cuando el tema comienza a cobrar fuerza, la puerta, justamente detrás de Evaristo, y con la vista de Marcelo sobre ella, se abre con la calma de quien sabe que le aguardan. Susana la ha empujado y, tras el cristal vertical que ha lanzado un crujido sumiso, aparece espléndida, anclando el brillo oliváceo de unos ojos que Marcelo recoge al instante. Los dos vecinos, enseguida, leen el lenguaje de los dos cuerpos que se hablan, sin que de ellos salga ni uno solo de sus sonidos: la mirada pausada, plena de un halo celestial al hallarse con la otra; la dirección en que se orientan los pasos cuando viniendo como si una brújula los guiara, no titubeaban ponderando otros lugares; el pestañeo instantáneo con el que reacciona Marcelo, similar al de una gota cayendo en el agua generando una onda expansiva; en su rostro se va reflejando una turbación festiva sin que pueda evitarla y, finalmente, la sonrisa entusiasmada que ambos se comparten apenas descubriéndose en el concierto de voces y sonidos que les rodea. Evaristo y Joaquín, entonces, luego del saludo de rigor, se apartan discretamente. Marcelo y Susana, despidiéndose la tarde con el último de los suspiros del día, por primera vez se hablarán de cerca, despejándose llanamente las aprehensiones que tantas vueltas dieron en sus pensamientos. Quizás puedan recuperar las horas perdidas que, como Evaristo ha dicho, para quienes tienen edades menores a la suya, aún tienen oportunidad de reaccionar.

—Me agrada mucho que hayas venido... —le musita Marcelo, mientras la toma delicadamente por un brazo.

Las horas perdidas

El martes amaneció con la misma semblanza luminosa de los días anteriores; una claridad deslumbrante que fue apareciendo desde el horizonte, descargándose ardorosa sobre la superficie llana de la ciudad. Sin embargo, una ventolera repentina se fue armando confusa, desarreglando a su paso la quietud amodorrada de las personas, la calma de los árboles, y la tranquilidad del pedazo de cielo con sus gordas nubes sobre la ciudad. Durante varios minutos de atolondrados vientos y un centelleo de relámpagos presagiando lluvia, el clima se aquietó como si sólo hubiese sido un intento desesperado de las nubes por desparramarse atribuladas sobre la tierra. En Residencias Mercurio, todos se levantaron diligentes de sus camas, preparándose enseguida para la tormenta a punto de desplomarse, corriendo urgidos asegurando las entradas de aire que permanecían abiertas desde la noche anterior.

—No te preocupes, no lloverá nada, quizás en la tarde o en la noche... —asegura Evaristo a su mujer. Se regodea en el lecho mientras ella se dirige apresurada a cerrar las ventanas. —¡Claro que sí!... No ves los centellazos cayendo, después de semejante estruendo, ¿cómo puedes pensar en que no lloverá? —le refuta, caminando sin demora al resto de las habitaciones, apoyándose en las paredes teniéndolas como guía ante la aún persistente oscuridad interior. El aspaviento climático ha obligado a los residentes del edificio a suspender el mejor de los sueños, ese que ha sido bregado en las horas apeándose silentes durante la madrugada. El golpeteo de puertas que se cierran intempestivas; el clamor alborozado de los ár-

boles; el retumbar en el cielo de las descargadas eléctricas junto al estrepito de toda clase de objetos alzándose del suelo, sobresaltan a las personas para que desde muy temprano desalojen sus lechos.

—¡No caerá ni una gota, ya lo verás! Llevo años viendo el mismo proceder de la naturaleza. El ciclón se lleva la lluvia y, cuando regrese la calma, casi siempre varias horas después, entonces llega el diluvio. ¿No te has dado cuenta?... Pasará igual que ayer en la tarde, una ráfaga con algunas gotas y nada más —insiste el jubilado sin salirse de la cama. Su mujer ya viene de vuelta de cerrar las ventanas y puertas. No dice nada, se refugia en su silencio proclamándose la certeza del aguacero por desprenderse. —Ven acá, acuéstate un rato, engañemos las horas y durmamos un poco antes que amanezca.

Evaristo sacude su mano sobre el costado derecho de la cama, haciéndole espacio a Albertina, en jaloneo complaciente del trozo de sábana descansando a su lado.

El país aún en ascuas cuando han transcurrido seis días desde que se desconectara. Poco se sabe oficialmente sobre las labores para restablecer la electricidad. El tema básicamente ha girado sobre las causas que lo han provocado, teniéndose la versión del ministro como aquella que el gobierno ha respaldado a través de su extendida red de medios a su cargo. Una y otra vez se repite sin cesar el origen de la emergencia, sin que a su vez se defina cuándo se repondrá la energía. Desde el lado de quienes se le oponen, insiste en afirmarse que la catástrofe es la consecuencia del abandono a las grandes instalaciones y equipos generadores de electricidad que integran el Sistema Eléctrico Nacional. Desde ayer, en algunos comercios, los generadores eléctricos portátiles han comenzado

a instalarse masivamente, pareciera asumirse que la emergencia pasaría a convertirse en una carencia permanente. Igualmente, unos cuantos hogares, exhiben ahora, como tratándose de un nuevo integrante de sus artefactos, dispositivos a gasoil o gasolina suplantando la falta de electricidad por determinadas horas. En toda la ciudad, desde el quinto día de suplicio energético, sobre el semblante sofocado de las noches, una dispersa propagación de gases por distintos lugares, ha comenzado a sentirse, es una humareda revuelta que va haciéndose densa, con un tufo de combustible quemado levantándose desde el piso hasta una altura discreta, viene acompañado de un ruido atormentado como el que hacen unos autos viejos con el escape libre y a punto de apagarse. Cuando va llegando el día, en Residencias Mercurio, ese olor penetrante se mete por las ventanas primero que la brisa añorada impacientemente por sus residentes. Al llegar la estación lluviosa plenamente, en mayo, generalmente, si no ocurre algún fenómeno climático de esos que se presentan trastocando las fechas, las tormentas se forman con una frecuencia tan seguida que las lluvias podrían desprenderse casi a diario. Después del vientecillo fresco con el que se animaran los vecinos ayer en la tarde, unos nubarrones se fueron formando apretados en el cielo, anunciando una lluvia intempestiva que se esfumó con el mismo impulso sorpresivo, interrumpiendo de este modo, luego de unos instantes de encuentro, la ocasión placentera de intercambio fortuitamente convocada.

La fuerza del viento comenzó a crecer y antes de que desde el cielo se desparramara el chubasco junto a las sombras de la noche encumbrándose, las personas fueron regresando apremiadas a sus hogares. Marcelo y Susana se quedaron entre los últimos en ingresar al edifi-

cio, se acogieron debajo del techado del estacionamiento, a unos pocos metros de la entrada principal y, por un rato austero, mientras el resto subía por las escaleras, se hablaron con el embeleso que antes dudaron compartirse.

—Con tantos meses viviendo aquí, ¿cómo es qué nunca nos hablamos? —indaga Marcelo, sobreviviendo apenas un tenue resplandor llenando el vacío. Hace un alto, esperando la reacción mirándola a los ojos, como quien quisiera leer en ellos lo que sus palabras dirán.

—Siempre andas corriendo... —le responde sonriendo, inclinando su rostro y cruzando sus brazos, para continuar—. Cada vez que nos vemos, te ves tan apurado observando la hora, que a veces creo que no te das cuenta de mi presencia. Incluso que saludas por cumplido —confiesa finalmente, levantando su mirada para sostenerla fija ante Marcelo. Todavía conserva esa expresión alegre de unos instantes, un concierto de revelaciones inconscientes exponiendo con sencillez el vértigo que la atracción provoca. Sus palabras han dicho aquello que no siente, su cuerpo expresa, sin embargo, en un sinfín de gestos, lo que esconde en sus profundidades irreflexivas.

—¡Ah, sí! ¿Eso te parezco?! No sabía que generaba esa impresión...y, ahora, ¿cómo me ves? —exclama con cierta perplejidad, en verdad no pensaba que su proceder pudiera generar esa idea en los demás, particularmente en ella, cuya imagen quedaba por algún rato dándole vueltas en sus pensamientos una vez que se topaban en el edificio. Marcelo pertenece a la categoría de aquellos seres cuyo sesgo egocéntrico, rara vez les admite una idea de sí distinta de la que se atribuyen. La mujer, pese al imán que la atrae hacia él, atrapada en la contradicción de lo que dice y aquello que siente, le ha tocado su fibra sensible, quedándose en consecuencia, cuando

éste la interpela, final e irremediablemente, obligada a expresarse conforme al torbellino de sentimientos que la posee. No obstante, por unos segundos de expectativa seductora, guarda un discreto silencio con una sonrisa congelada, como la pose retratada en el instante efímero de una fotografía. Súbitamente, la corriente de aire que ha ido creciendo sobre ellos, rápidamente se ha convertido en fuertes ramalazos viniendo de todos los flancos a la vez. Las plantitas que lucieran alegres raspando el piso, ahora se agitan con tal fuerza bajo el tormento de un remolino que, si no fuera por la tenacidad silvestre de sus tallos y hojas, saldrían volando repartiéndose en muchos pedazos. Del techo del parqueadero, salta abismado *Mateo*, corriendo a pasos largos, como perseguido por alguien pretendiendo atraparlo, viene buscando refugio debajo de los autos; detrás de él, en gavilla montaraz, otro gato sigue a sus zancadas. Es un animal de cabeza más pequeña, estilizado con las formas evidentes que, un buen observador, reconocería como la de una gata. Su cuerpo es un armonioso despliegue de pelos grises y blancos, como si con esmero se le hubiesen sembrado en intercalada trama desde el lomo hasta la punta de la cola. Ambos llegan despavoridos para resguardarse entre los autos. Marcelo y Susana los ven cruzar casi a sus pies, cuando arriban raudos perdiéndose en las sombras que vienen cerrándose. Apenas se percatan de la azorada presencia, también ellos, alarmados por la ráfaga de aire que les llega, están ya por retirarse.

—¡Ese gato es *Mateo*! —exclama Marcelo, sorprendido por la mascota que pasa por entre sus pies y los de Susana.

—¿Sí?... ¿Es la mascota de Albertina?... ¿La que se le fugó hace unos días?

—Esa misma es, y tal parece que ya tiene mejor compañía —confirma Marcelo, con una sonrisa de satisfacción mordaz acompañado su parecer.

El aire perfumado por el olor a tierra mojada, invadiendo el ambiente en compañía de la tormenta que corre encimándoseles, los apremia a retirarse del lugar. Marcelo, entonces, con un suspiro hondo en resignada actitud, declara enseguida la intención de ausentarse buscando protección para ambos.

—No respondiste a mi pregunta... —le insiste, intentando retomar el hilo de la charla, mientras estira la palma de su mano invitándola. Ha dado los primeros pasos para salir del techado en pos de mejor refugio. Las gotas, en desconsuelo antojadizo de las nubes, como saliendo de un colador imaginario, comienzan a caer cuando emprenden veloz retirada en dirección a la puerta principal de Residencias Mercurio. *Mateo* y su yunta, acucillados en uno de los rincones nebulosos que han escogido para guarecerse, los ven partir con la misma tremolina que tuvieran ellos antes. En sus pupilas, con la fosforescencia taimada de sus miradas, se retratan marchándose tomados de la mano en apresurado andar, van dejando el lugar que los cobijara durante unos instantes, después del seductor duelo de palabras que, como esgrimistas de ellas, han sostenido descifrando las pasiones que los alientan.

Angélica y Diego, se han quedado en casa a la espera de la tormenta encimándose, la ven venir en la distancia con la noche poblándose con sus tinieblas. No pasará de una borrasca impetuosa con algunas gotas desprendiéndose impacientes. No han tenido ánimo para acompañar a los otros vecinos que decidieron llegarse hasta las inmediaciones del edificio minutos antes. No hay

aire fresco que les consuele, porque sus penas tienen el agobio de la desesperanza, el temor por el tiempo que aún no les llega.

—Todo seguirá igual, aunque regresara la luz ahora, poco después otra cosa distinta surgiría. Siempre es así... —le comenta Angélica a su pareja. Nada hay que la impulse a pensar de modo diferente. Diego, menos fatalista, intenta abogar por algo que, igualmente, en sus convicciones, tampoco cree.

—Quizás mejoren las cosas. No comprendo cómo es que no podemos tener un país normal...

—Diego, ¿te gustaría vivir siempre así?

Abrumados por las horas, por los días transcurridos, y mucho antes, por las adversidades acumuladas sin poder vencerlas, buscan la manera de escaparse del futuro incierto en que las presagian mayores. Eso intenta explicar Angélica al dispararle la interrogante que le ha hecho desistir.

Hace mucho que el país se les ha convertido con sus desdichas en un dique de imposibles, consumiéndoles en frustrados esfuerzos los mejores momentos de sus vidas. Son las horas perdidas denunciadas por Evaristo en un arranque de sabiduría espontánea. En ellas reconoce sus reales proporciones para quienes apenas van abriéndose al mundo. Pues tratándose de los similares segundos en que se miden, sin embargo, para él ya no tienen el mismo valor. Su tiempo es simplemente pasado, un recuerdo nebuloso asentado por instantes en sus reposos seniles, sonriéndole amigable con gesto de labor cumplida. La joven pareja lleva algunos días paseándose sobre la opción que otros han escogido. Se marcharán, finalmente, en la primera oportunidad. Se irán junto a varios amigos hasta la frontera con Colombia para aventurarse en otros lugares. No hay nada

que logre cambiar el parecer de Angélica; la bugía que enciende el flanco inconforme de la relación.

Después del jaloneo del clima, amaneciendo el martes, la calma rutinaria de todos los días precedentes, nuevamente se instaló sobre la ciudad. Evaristo tuvo razón, los centellazos y nubarrones que ensombrecían el cielo, se disiparon luego de unos minutos largos sin caer la lluvia que tanto se anunciaba. Si el propósito del sobresalto, acaso fuere ese, en el misterioso albur de los azares, pues ya se había cumplido: las personas se levantaron atolondradas buscando evitar el efecto nocivo del agua cayendo desmesurada. Después de aquellos instantes ruidosos, nadie se quedó en cama. El trajinar agitado de la gente, comenzó a sentirse entonces en cada uno de sus hogares, apartando cualquier otro de sus menesteres para encontrar la manera de sobrevivir en la jornada que se iniciaba. Al rato, cuando bien se alzó el sol, el tropel de niños volvió a descender por las escaleras como invariablemente habían venido haciéndolo durante cada día. Así, el ambiente apacible y despejado de la mañana, avanzando con su lentitud acostumbrada, se fue llenando en segundos con sus risas bullosas retumbando en el vacío de los pasillos. Todos los días, más o menos a la misma hora, el grupo de muchachos se despeñaba por los escalones inventándose los quehaceres divertidos con que se acortaban las horas. Es el recreo prolongado con el que ha premiado el colapso eléctrico la inocencia indefensa de los adultos futuros. —¡Ojalá que el apagón dure más tiempo! —clama Damiana, mientras bajan contentos y chillones compitiendo por ver quién llega primero debajo del techado que protege los vehículos. Un coro de asentimientos alegres se escu-

cha junto al sonido que sus pasos van dando al brincar de un peldaño a otro; nada los detiene, corren con aquella velocidad que sólo puede moverlos cuando algo les excita. Un periodo de la vida que se esfuma en un santiamén. —¡Sí, sí, así podremos jugar todos los días! —exclama asintiendo una voz metida entre las risas. Es Lorena la que se oye gritar. Es la alegría del colapso revoloteando inocentes en las horas perdidas, diría juicioso Evaristo.

Susana ha preferido continuar camino a su casa, ha declinado la invitación que con su mano extendida en suplica seductora, le ha hecho Marcelo. Siguió de largo posterior a una pausa corta frente a su puerta. Cortésmente la ha rechazado instintiva, despidiéndose con el fragor ardoroso del corazón latiendo apurado. Cuando decida cruzar dicho umbral, así lo piensa, será bajo el control pleno de todos sus sentidos. Apoyándose, entonces, en el pasamanos, y tomando como guía la pared corriendo paralela al ascendiente de los peldaños, inicia su cuesta teniendo el ulular del viento entrando por las ventanas, como la banda sonora que inspira sus pasos.

El aire tempestuoso del que corrieran, ha devenido en una menguada ventisca con algunas gotas de lluvia dispersándose prudentes en el vacío. Se quedará dormida después de varios días de insomnio impertinente antes de la medianoche. Una vaga sensación de contento le fue llenando el pecho. Y, desde la garganta, el nudo de las ansiedades atoradas con cada pensamiento inusitado, se le fue desatando en relajada alegría que habría podido gritar sí así lo hubiera querido. Susana, como en sus días de niña consentida, centro de atenciones de su padre, en La Habana, se dejó llevar por el recuerdo como si una película se le proyectara en los primeros efectos somníferos del sueño. En su casa

de infancia, se veía junto al padre sujetándola por la cintura, mientras ella de pie, frente a una mesa que hacía las veces de escritorio, reconocía las letras del abecedario. La enseñaba a leer sobre un libro colorido con figuras animales y de personas. Regulo Valdez, era un hombre delgado, con una melena negra aindiado, peinada hacia atrás, con un bigotico ralo sobre una boca de labios finos. Tenía sus mismos ojos, un verde limón oscuro como el de un gato misterioso. Al separarse sus padres, ella se vino a Venezuela con su madre. Pasados los años, llegando sus cartas sin faltas prolongadas, después de un tiempo dejaron de recibirlas. Aquella que leyera hace unos días, está fechada en agosto de mil novecientos ochenta y uno, se la entregó en sus manos cuando se despidieron en La Habana. Tenía, entonces, siete años de edad. Susana se entregó profundamente al sueño, rendida sin que nada la perturbara, dejando fluir sobre la nada un desandar onírico similar a una película que iba quedándose en blanco.

El calor de otros momentos ha dado un respiro aliviado a los residentes del edificio, dejándolos libres, por lo que resta de noche, de aquellos sudores ácidos mojándoles los cuerpos en humillante recordatorio de la sustancia animal que los conforma. Algunos de los generadores eléctricos de los muchos que ya se han instalado, no se han encendido aprovechando quizás la sensación térmica benigna. Nuevamente el canto de los gallos se escuchaba lindando la medianoche; el ladrido azorado de unos perros alertándose, se multiplicaba hasta que el cansancio, o el hastío, tal vez, los obligaba a silenciarse en un gesto de resignación humana. Así, la noche primero y, luego la madrugada, se desplomaron enigmáticas, velando el sueño de las personas.

Llegando la mañana, Marcelo se ha levantado escuchando a los niños que bajan las escaleras, los centellazos y el viento que Evaristo desestimó como lluvia cierta, los ha sentido como un eco perdido antes del amanecer pleno. Desearía ahora ducharse con el divino placer de quienes tan elemental urgencia tienen resuelta. Pero no hay agua, una pequeña porción le queda reservada en unos recipientes para los menesteres impostergables. Igual que al resto de los residentes, le angustia la falta de agua. Dentro de poco, todos saldrán a buscarla para asearse y consumirla en racionada cantidad. Con la claridad entrando por las ventanas, se toma unos minutos en arreglarse, estira sus brazos, alzándolos en el aire mientras traquea los huesos de sus manos. Respira hondo y abre su boca con un bostezo prolongado yendo camino al baño. Frente al espejo, se examina el semblante estropeado, toma un buche de agua y se limpia los dientes. Con la punta de sus dedos se acomoda el cabello, y con el dorso de uno de ellos, se alisa el bigote como planchándolo. En un instante fugaz se acuerda de Susana. «¿Tendrá agua? ¿Necesitará ayuda?». Piensa enseguida.

Pasada la media mañana, la ciudad ha recobrado el andar errático de la gente yendo de un rincón a otro, se topan en las calles con un movimiento similar al de las hormigas cuando avanzan por una trilla, todas se ven ocupadas en sus muy particulares quehaceres, unas van y otras vienen. Así se aprecian las personas, hombres y mujeres, caminando afanados, como tratando de ganarle a las horas que corren el tiempo necesario para atender las urgencias impuesta por la emergencia. Buscan, invariablemente, agua, velas y víveres.

Carla y Santiago, apuraditos, se desplazan por una de las vías frente a las residencias, y en el otro extremo, en sentido

opuesto, Joaquín, Andrés y Ernesto, viniendo de regreso, equipados precariamente con lo que han conseguido. Marcelo y Susana, detrás de Evaristo, por la calle contigua al edificio, aquella hacia cuya esquina, el domingo temprano, alarmara esta parte de la ciudad con el cadáver de un pobre hombre tirado en el piso, caminan hacia el oeste, buscan en algunos de los comercios abiertos, lo mismo que todos procuran. Han cruzado justo encima de la acera donde el infortunado de camisa verde falleciera. Nadie lo ha recordado, aun habiendo pisado el mismo asfalto y acera que lo recibiera en descanso eterno. Ninguno se ha percatado de eso porque nunca estuvieron allí para verlo de cerca, como Andrés, Ernesto, Abelardo y Samuel, para quienes será un recuerdo por siempre, como un retrato que, almacenado con sus detalles en sus memorias, sobrevivirá inmune al olvido.

Ánglica y Diego, buscando provisiones y pertrechos para el viaje previsto, se han dirigido hacia el este, orientándose persuadidos de que en los alrededores de la plaza San Benito hallarán lo que buscan. Avanzan igualmente apurados, al mismo ritmo que todos exhiben mientras se les distingue desde una de las ventanas elevadas de Residencias Mercurio. Albertina, con su mirada, sigue el destino de Evaristo por el oeste y, Liliana, el de los otros por el este. Ambas observan el ambiente atolondrado en el que, por las mañanas, antes de concentrarse toda la potencia ardiente del astro diurno, la personas se avientan por las calles intentando conseguir el sustento para sortear la hecatombe.

—Marcelo, te figuras que, de ahora en adelante, todos los días sean así... —comenta Susana sin perder el ritmo de su andar. No se ha volteado a verlo, tampoco él a ella, los dos van caminando siguiendo el rumbo de los otros; de los que vienen de regreso y de aquellos que, como tras

un rastro, se orientan en línea recta hacia un tumulto de gente al final de la ruta.

—No me lo imagino, pero podría suceder. En ese caso, no me quedaría ni un día más aquí. ¿Vendrías conmigo? —le pregunta, esta vez girando su semblante para descansar su mirada sobre ella. Una expresión muda, como la de alguien asaltada súbitamente por las dudas, se le refleja en el rostro. Abre sus ojos y una leve sonrisa le estira los labios sin que salga una palabra de ellos. Sobre el puente de su nariz, un naciente de pequeñitas gotas de sudor, se le asoman curiosas, para finalmente responderle evasiva.

—No tengo respuesta para hechos probables. Dejemos primero que ocurran, y luego veremos. Tal vez la tengas cuando menos la esperas...

Marcelo se carcajea y sin distraerse del objetivo que los ha unido esta mañana, continúa marcándole el paso en vía. Él va adelante y ella ligeramente detrás, a su lado. Si alguien los viera por primera vez, no dudaría en afirmar que son marido y mujer. Eso ha pensado Albertina divi-sándolos detrás de Evaristo, sabiendo que no lo son.

Liliana, siguiendo los pasos de Angélica y Diego, con ella avanzando decididamente adelante, se le ha ocurrido pensar que se trata de una promesa de pareja con muchos percances por vencer. Se ha proyectado en ellos, cuando en una asociación arbitraria —podría suponerse—, se ha dado cuenta que alguna vez era ella quien marcaba la pauta en su relación con Javier. Sufre ahora con Matilde el infortunio de una distancia depa-rándoles una separación, cuyas razones a ella le escapan y, naturalmente, también a él.

Nada se sabe aún con certeza con relación al apagón, es decir, de las gestiones realizadas para remediar la emer-

gencia. Desde algunas regiones, en esa ola incontenible de rumores que se ha encrespado sobre el país, se afirma que la electricidad se ha restablecido parcialmente. Son murmuraciones y continuarán siéndolo hasta que no sean confirmadas por alguna de las fuentes oficiales autorizadas. El ministro, como si el tema no le fuera relevante, durante las pocas ocasiones en que ha comparecido públicamente, sólo se ha limitado a reafirmar la versión ofrecida el viernes.

Llegando la tarde, habiendo todos regresado con las provisiones que han podido hallar, los residentes del edificio ya se encuentran en sus casas, conformándose con lo poco que han encontrado en medio de la seguridad de las cuatro paredes de sus moradas. Por ahora, esa es uno de las mejores suertes con las que pueden contar; la protección de sus vidas. La ciudad experimenta ahora una calma alelada, como una atontada perplejidad de la que no logra reponerse. La vista del lago desde las alturas de Residencias Mercurio, es la de un remanso apacible de aguas que va meciéndose por un viento débil viniendo de occidente. Sobre su superficie colmada como un bosque de zancudos enormes afincados sobre ella, se ven los taladros encarrilados en filas, agrupados en líneas imaginarias, extrayendo el petróleo en oficio persistente que lleva ya más cien años. Un cielo limpio, desde la inmensidad, dibuja el horizonte como si nada pudiera cambiar en él si no fuera por un cataclismo. La gente aguardando el paso de las horas, sólo verán perturbado el fastidioso letargo vespertino por las veleidosas irrupciones que el clima hace de improviso. Razón ha tenido Evaristo, cuando amaneciendo, dijera a su mujer que la tempestad llegaría cerrándose la tarde.

Antes que amanezca

Un soplo débil viniendo del poniente, se fue arreciando con los rigores que ya todos conocen en esta época del año. Primero se fueron enturbiando las nubes, agrupándose en una espesa capa sobre el horizonte, mientras iban avanzando con una lentitud angustiosa sobre el extendido manto de agua que separaba ambas riberas de lago. Se movían con tal pereza que a veces daba la impresión de estar detenidas por cualquier causa en las infinitas lejanías del occidente. Luego, durante lapsos muy cortos, cuya duración únicamente daba tiempo para apreciarlas en instantes efímeros, se desprendían atronadoras y zigzagueantes las descargas eléctricas, rasgando insolentes la espesura vaporosa de las alturas, como si fuese un gigantesco telón aruñado hasta que, finalmente, un ventarrón surgiendo de la cólera atmosférica, iba aumentado presuroso con los apremios de una tempestad en ciernes. Sobre el cuerpo de agua, después, esos nubarrones comenzaron a esparcirse, empujados por unas antojadizas ráfagas de una alocada orientación cardinal, en la que se iban alternando, vientos viniendo del sur y otros del occidente. Se fueron mezclando con un mismo aliento en un torbellino furioso, fantasmagórico y amenazante con rumbo preciso sobre la ciudad inerme.

Las sombras nocturnas, apareciendo tempranamente y, la gente apurándose, previniéndose de la tempestad ineludible, competían impacientes para ganarle ocasión a los instantes que corrían. La gente buscaba los resguardos imperiosos en el ajetreo de puertas y ventanas cerrándose en portazos. Era esa una de las primeras reaccio-

nes instintivas en el edificio. De un lado corría Albertina ajustando algunos cerrojos y, en otro extremo, Evaristo trancando los restantes. *Rocco*, como si las urgencias no fuesen con él, distraídamente levanta su torso, mientras el resto de su cuerpo permanece plácidamente sobre el lecho. Gira su cabeza de tigre rayado y sacude el rabo con un movimiento rápido de arriba abajo, como cuando alguien hace un ademán con su mano despachando un fastidio cualquiera.

—Tina, te dije que la tempestad llegaría en la tarde... ¡Las lluvias son más puntuales que las promesas del ministro!... —manifiesta bromista Evaristo. Dirigiendo su voz hacia una de las habitaciones donde su mujer se afana con una de las ventanas.

—¿Y cuándo han tenido ellos palabra? —riposta lapidaria. Más arriba, Susana Valdez, ha visto el vaivén atormentado de los árboles; el desplazamiento anubarrado con sus centellazos saliendo abruptamente y, el lago, oscureciéndose con una agitación de olas, meciendo las embarcaciones como si fuesen de papel. La corriente de aire que va estrellándose contra el edificio, estremece los cristales de las claraboyas y se cuela furtiva por las hendijas de las puertas de cada uno de los apartamentos. Un murmullo con tono de chiflidos se desprende, entonces, ingresando apresurado con invasiva rapidez en los hogares de quienes lo habitan, y también de aquellos que ya no viven en ellos. El capitán Fausto y Celestina ya no discuten desde hace algunas noches. Les habría gustado continuar la porfía que se llevaron a otras instancias. Pero, aun allá, las controversias tienen finitud a pesar de tener la eternidad para prolongarse. Habrán de encontrar otras ocupaciones para que, estirándolas con tal lentitud, puedan conseguir torcer el tiempo que no se mide, porque siendo

infinito, no tiene caso ir midiéndolo para dar cabida a los apremios que sólo tienen espacio entre los vivos.

Carla, Santiago y Melina, haciendo uso de la indiscutible autoridad filial sobre el trio de revoltosos niños, una vez que los han obligado a retornar, subiendo desde el lugar en que distraen sus horas de recreo permanente, los aquietan prometiéndoles sagazmente que podrán bañarse en la lluvia cuando comparezca sin los relámpagos acoquinando ahora siniestros. Persuadidos de la oferta, se acomodan en la sala del hogar, juiciosos y comedidos, esperando el momento con ansiosa candidez. Sobre la humanidad de la abuela tendrían que pasar para conseguir semejante comedido. Es una promesa, tan sólo una promesa, de esas que se inventan para salir del paso, como otros ya conocen en ejercicio inveterado de sus oficios.

—Es cierto, Albertina, quizá tengas razón, pero algo tenía que responderle el ministro al periodista. ¿No te parece?...

Ha dicho Evaristo después de escuchar a su mujer. Por un instante pensó en no contestarle para simplemente disfrutar de la ocurrencia fulminante de ella. Algunas veces lo hacía; se reía y se conformaba con la idea que le cruzaba oportuna dándole vueltas en la cabeza. Albertina, entonces, lo miraba, y como cazando cualquier despiste en él, intentando adivinar lo que piensa. «Ahí estás, callado y pícaro, ¡burlándote!». Llegaría a decirle enseguida.

—¡Bah!... Evaristo, cuando se inventaron las excusas, también vinieron las promesas dentro del empaque... —vuelve a liquidarlo sorpresiva.

Con el embate del viento, el agua llega precipitándose en inclinada soberbia sobre la ciudad, viene mojando todo

a su paso con unas gotas gruesas que caen en diagonal, como si las nubes las expulsaran no en vertical desplo-me, sino en un ángulo de setenta o sesenta grados. Es la fuerza del ventarrón queriendo arrinconar el agua a otros lugares, como en la madrugada lo hiciera en pronóstico acertado del jubulado. Una cantidad apreciable de ella, al tiempo que se descarga sobre las paredes del *palazzo*, como bien diría Anna, se mete en cascada por el flanco oeste dentro de algunos hogares. Angélica y Diego, buscando el modo de contenerla, se arman de lampazos y recipientes para en afanosa tarea ir recogiénola del piso que se empapa a toda prisa. Lo mismo hacen Susana Valdez y el par de jubilados, y en menor medida, por el costado opuesto de la edificación, Joaquín y sus dos hijos; Santiago, Carla y Melina, en similar faena, apartando enseres en riesgo de mojarse; Rosana y Abelardo, reubicando muebles; Marcelo moviéndolos previsivo y, más abajo, Liliana en compañía de Matilde, resguardando discretamente aquellos artefactos de potencial peligro.

En el lugar donde vivieran los Martini, Marila, el capitán y el relojero, el agua entra sin contención, ingresando hasta algunas de las habitaciones, parte de la cocina, y asimismo en la sala a través del ventanal que otea de frente al occidente. Donde habitara Celestina, el chubasco no ha causado mayores problemas, su hogar ocupa el flanco este de Residencias Mercurio. En cualquiera de los casos, no importa, a nadie molesta la humedad que en cuestión de días desaparecerá por el incremento de la temperatura elevándose sin piedad por el fenómeno climático.

Cuando la calma fue retornando, ya la noche se aproximaba envuelta en el aire húmedo que iba dejando la tempestad, apenas unas gotitas continuaban cayendo

con ánimo desfalleciente. En un rato se esfumarán con el mismo aliento repentino con el que apareció el aguacero. En ambos márgenes de la avenida, frente al edificio, una corriente de agua turbia, desplazándose como sendos riachuelos, buscaba la pendiente de la vía rumbo a quién sabe qué destino, igualmente desde otras calles adyacentes, el flujo llegaba presuroso para unírseles; anegando los alrededores mientras la gente aguardaba indefensa que la corriente se aligerara para retomar la rutina de cada noche. Un rumor errante de los animales que se regocijan en las tormentas, se fue escuchando como un coro de chillidos en baja frecuencia similar a una cadencia de canto apaciguado, iba precipitándose en silvestres contrastes de fortuita armonía hasta las alturas, acompañando el sonido del agua corriendo desbocada hacia los desagües naturales de la ciudad, le servía de fondo acompasado. Son los ruidos que, el silencio convoca, al pausar las personas, su cotidianidad rutinaria; la esplendorosa diafanidad de sonidos brotando libres de la interferencia invasiva del quehacer humano.

—Evaristo, ¿qué habrá pasado con *Mateo*?

—Nada, Albertina, los gatos tienen siete vidas... —bromea Evaristo, apelando al viejo dicho para alejar a su mujer de la tristeza por la mascota evadida—. Bien sabes que a los felinos no les agrada el agua. Estará bien, no te preocupes —dijo finalmente.

Angélica y Diego contemplan la ciudad oscura y mojada después de culminar la tarea que les impuso la tormenta. Se han tomado unos minutos de descanso oteando el panorama desierto. Les abrumba el silencio hermanado con la penumbra que un par de candiles alivian menesterosamente. «¡Coño, tanto esfuerzo para tener al final que dejarlo todo!». Piensa Diego, descansando su mentón so-

bre la palma de su mano derecha acodada en el marco. Ha sido un grito impotente atrapado entre las sienes; una queja muda que deja constancia de sus iniciales resistencias al clamor de su pareja queriendo marcharse. El apagón los ha impulsado definitivamente en su decisión, los ha ido acordando a medida que fueron transcurriendo los días sin que se vislumbrara una solución. La espera, ahora, no solamente se remite al retorno energético como el fin de las calamidades que ha engendrado, sino especialmente el momento a partir del cual emprenderán su retirada

—¿Tú crees que sea lo mejor? —consulta Diego a su mujer. Se ha erguido recuperando su compostura para voltear a verla.

—¿Irnos? —interroga ella, adivinándole el pensamiento— ¡Desde luego! No hay ninguna oportunidad aquí para nosotros. ¿No te has dado cuenta?... Sólo observa y dime qué ves —concluyó increpándolo con cierta severidad cuando le señala el paisaje. Diego lo sabe, pero le asaltan las dudas, aun reconociendo la inevitable conclusión. Ambos son ingenieros en petróleo, conocen de primera mano el descabro de la industria donde laboran; salvo que se engañaran, las estimaciones para una recuperación económica que no se vislumbra del área que les compete, consumiría buena parte de sus mejores años de proyecto de vida.

—Es verdad, tienes razón. No le demos más vuelta al asunto. Nos iremos —admite Diego, asintiendo con su semblante la contundencia de la escena registrándose en su mirada; una lobretez tullendo la noche como una pesadilla en la que, se abren los ojos, y es como si se mantuvieran cerrados. Angélica y Diego no tienen recuerdos del país veinte años atrás, eran muy niños entonces, cinco o seis años, tal vez. Todo cuanto conocen de él, es lo que

han vivido durante las dos últimas décadas.

—¿Habrá sido antes así?

—¿Qué cosa? —inquire Angélica.

—Digo, el país... todo patas arriba, a eso me refiero.

—No creo... ¡Claro que no! Para que llegáramos a lo que ahora somos, esto que todos señalan como una locura, tuvimos que ser diferentes, es en la comparación dónde se advierte la diferencia... ¿No crees? —alega con vehemencia. Angélica tiene una agudeza que siempre ejercita soltando una interrogante al final, colocando en un santiamén a su interlocutor contra la pared.

Cuando el chinchineo que, había quedado resistiéndose, dejó de caer, desde diversos puntos de la ciudad apagada, comenzaron a sentirse los generadores eléctricos encendiéndose con sus sordas estridencias. Algunos puntos de luz fueron divisándose como distribuidos aleatoriamente entre la oscuridad. Iluminaban pobremente en derredor, pero ante la penumbra sin luna, ni estrellas alegrando el firmamento que, ellos irrumpieran sorpresivamente, abriendo con su resplandor algo de claridad, era naturalmente un consuelo para quienes se encontraban en sus cercanías. En Residencias Mercurio varios de sus residentes apelaron a sus lamparillas y linternas para iluminarse antes de finalmente quedarse dormidos. Joaquín, Andrés y Ernesto nuevamente se agruparon alrededor de una de las velas que han conseguido como provisión. Sentados en torno a la mesa del comedor, se hablan descubriéndose con la ocasión, aquellos pareceres que quizá nunca se habrían conocido. El padre, un conciliador de diferencias por oficio y naturaleza, apaciguando los caracteres dispares de ambos hermanos.

—Papá, hoy hacen seis días del apagón. Sin electricidad todo se ha detenido. ¿Cuánto tiempo crees que podamos vivir así? —interpela Ernesto.

—No lo sé, hijo, no lo sé. No deberíamos estar en esto ahora —responde. En su tono se percibe el desconuelo de la impotencia, el desasosiego de no tener respuesta para una calamidad que tanto les ha impactado. Ambos hijos le observan con sus semblantes desconcertados. La frente ancha de Ernesto, despejada como la de Marta, cayéndole en ella un bucle castaño que siempre lleva hacia atrás con su mano. Tiene una chispa en el centro de sus pupilas oscuras que se enciende espontánea con cada ocurrencia que otros le atribuyen estafalaria. Cuando el padre le ha contestado, ese brillo le ha saltado igual a otras veces.

—Papá... ¡Nunca hemos debido estar en esto! La electricidad es un servicio que pone en riesgo la vida de las personas, si se interrumpe por tanto tiempo muchos podrían morir...

—Cierto, tienes toda la razón, pero a veces hay situaciones que escapan de las manos de las personas... —expresa Joaquín.

Andrés, un chico larguirucho, extrovertido y de vocación conciliadora, elude tanto las polémicas como las disquisiciones sobre las cosas. Tiene el carácter afable de Joaquín y razona, a diferencia del hermano, dejándose llevar en las primeras de cambio por las presunciones.

—No muere nadie por eso, Ernesto. Mueren por otras causas, como el caso del hombre de la camisa verde... Es obvio que alguien le disparó... —alega.

—Andrés, esa persona murió porque alguien le disparó... ¿Cierto?... ¿Y si en lugar de la oscuridad de la madrugada, la calle hubiese estado iluminada, también

le habrían disparado? ¿No habría podido defenderse?
—le refuta Ernesto.

En agosto, en La Habana, el calor viene acompañado de una humedad tan pegajosa que, durante algunas horas, los cuerpos comienzan a sudar copiosamente, y las ropas se mojan debajo de las axilas, el cuello y en las espaldas, como si una cubeta de agua se hubiese derramado impertinente. Son esos momentos en que el sol pareciera haberla escogido como el objetivo de todos los centellazos amarillentos que fuera capaz de lanzar sobre la tierra. Entre agosto y septiembre, esos calorones calientan el aire en tales proporciones que, conforme al prodigio climático de la naturaleza, comienzan a formarse las tempestades que con frecuencia se transforman en los ciclones y huracanes azotando inclementes el Caribe. Susana Valdez se vino a Venezuela a mediados de agosto de mil novecientos ochenta y uno. En su memoria, dispersa entre varias imágenes de aquellos días, la figura del padre entregándole la carta que todavía conserva, está asociada a la de una mujer grande, de piel oscura, con un tono cobrizo, sentada justo debajo del umbral principal de su casa con un niño en brazos. Con lo que parecía un trozo de periódico, lo abanicaba con calma, sacudiéndole el sofoco del cuerpecito moviendo sus piernitas y manos hacia el cielo. Tenía una cabellera abundante, extraordinariamente lisa, cayéndole sobre los hombros mientras iba girando su rostro desviando su mirada de grandes ojos negros sobre ella. Ambas quedaron observándose por unos instantes, siguiéndose inexplicablemente hasta que la calle las fue separando. La mujer tenía unos senos tan prominentes que casi se le desbordaban del vestido encimándoseles sobre el niño pegado a su regazo. Hoy la ha recordado, cuando Marcelo fue ha-

blándole de varios de los vecinos del edificio que ha ido quedándose deshabitado por distintas causas. Fue durante la charla de regreso a Residencias Mercurio, llevando las provisiones que obtuvieron para culminar el día. Ahí, en curiosidad llenando el retorno, ella estuvo indagando sobre los vecinos y el pasado de ambos. La descripción de la figura de Celestina que Marcelo le ha hecho, corresponde a la de aquella mujer apostada en la puerta de su vivienda. «¿Será que el azar está lleno de tantas casualidades»? Cavila ahora en sorpresiva ocurrencia. «Igualmente ha venido de Cuba, madre de un único hijo y de una edad que quizás sea la misma que habría tenido ella. ¿Será posible?». Se pregunta por mera exigencia de la ocasión. En verdad tiene muy poco para aventurar una presunción de tamañas proporciones. El reloj en su muñeca registra el paso de las horas rumbo a la medianoche, la tenacidad del insomnio fue retrasándole el sueño junto a las conjeturas que en azarasas asociaciones se le fueron ocurriendo. No tiene deseos de dormir, pese a la sensación térmica que les ha dejado la tormenta, en su lugar permanece con su vista fija en la oscuridad del techo de la habitación. Sólo ve aquello que pasa por su mente como si fuese una secuencia fílmica. «¿Será que nos toca aquí el mismo destino del que huimos?». Confiesa interrogándose mientras suspira hondo. «¿Vendrías conmigo?». Recuerda la insinuación de Marcelo en continuado coloquio interior. «¿Y por qué no?!». Culminó preguntándose, pronunciando en tono exclamativo el final del debate que le espantaba el sueño. «¿Y por qué no?!». Volvió a repetirse, aunque esta vez, su voz quedó retumbando en el silencio encerrado de la habitación. Era claro que, la inflexión con la que se ha interrogado, apuntaba evidente a una decisión.

Al capitán Fausto le habría gustado marcharse antes, muchas veces lo había intentado, pero siempre regresaba buscando a los suyos con la esperanza de encontrarlos. No tenía caso seguir insistiendo. Todos ya se habían ido antes de fallecer. Su mujer y dos hijos que ahora son mayores, se fueron dejándolo por las discordias de una vida en común llena de sobresaltos. Salvo comunicaciones esporádicas, poco supo de ellos después, y conforme iban sumándose, primero los días, luego las semanas y, finalmente, los años, una realidad distinta para todos llegó a concebirse. Con los años cayéndole encima, su salud se fue resintiendo hasta que por último su cuerpo no soportó más. Una mañana esplendida, con el resplandor alucinante del verano llenando de espumosas nubes blancas el cielo, Evaristo lo vio partir a la sesión de diálisis de la que no regresaría sino a través del viento cálido que, ocasionalmente, empuja puertas y ventanas de su antigua casa, haciendo llorar las bisagras similar a un lamento solitario. Hoy se ha marchado con el tropel de ruidos causados por un ajetreo de gavetas abriéndose desahoradas sin que nada tengan por dentro; de armarios explayándose con el afán de alguien rastreando quién sabe qué cosa; de cerrojos sonando como un chasquido entrecortado rasgando el silencio nocturno; y de un airecillo quejándose misterioso en retirada apresurada por las hendidias de entre los cristales y puertas trancadas. Albertina y Evaristo nuevamente los han escuchado sin saber ahora que Fausto va despidiéndose. Ya no quisieran seguir prestando la atención de momentos anteriores. A esta hora, plena del sosiego que seis días continuos no han tenido, no desperdician la oportunidad de ganar unos instantes de descanso bajo una sensación térmica de mayor agrado.

—Duérmete, Albertina, no hagas caso de eso, el silencio

tiene sus propios sonidos, por eso reside en él la sabiduría... —manifiesta Evaristo, acariciándose el tope abultado de su abdomen, cuando su mujer le ha interpelado sobre el bullicio de siempre. Albertina, entonces, no sintiendo el solidario interés por su curiosidad, se resigna aceptando la exhortación. «Quizás tengas razón». Admite sin oponerse y alzando su pantorrilla izquierda, colocándola sobre la pierna lampiña de su pareja, cierra los ojos en la penumbra. Al poco rato, se quedarán dormidos, llenando el mutismo de las horas perdidas, con sus respiraciones vacilantes.

Marcelo se fue a dormir temprano. Una vez que cesó el goteo fastidioso siguiente al chubasco, se recostó en medio de la sala principal, tal como había hecho durante uno de los días precedentes. Ahí se durmió profundamente, despreocupado del tiempo discurriendo mansamente. Por la ventana, con vista a la ciudad oscura, un aire fresco entraba liviano junto a los rumores que de la calle subían aletargados. Por ella ingresaba el zumbido perdido de algún generador eléctrico haciendo su trabajo; el ulular de la brisa en su caricia invisible sobre todo cuanto encontraba a su paso; el crujir fortuito de alguna puerta zarandeada por el viento; el cuchicheo insomne de quienes no habían conseguido rendirse al sueño. Y, viniendo de muy abajo, de entre las inmediaciones de Residencias Mercurio, escalaba el gemido dramático de unos gatos en celo, disfrutando con su particular aspaviento, el placer de una cópula festiva rompiendo el amodorrado silencio de los linderos enigmáticos de la madrugada. Ni Albertina, ni Evaristo han oído el estrépito felino, tampoco Carla y Santiago, en el flanco opuesto del edificio, y menos aún los niños, indiferentes a tales propensiones gatunas. Samuel y sus padres, hace rato que ya duermen.

Matilde y Liliana, en el mismo costado, pero varios pisos más abajo, se han cambiado de habitación procurando el aire que cruza sin restricciones, se abrazan ahora dormidas, después de consolarse por el pánico infundido en el fragor de la tormenta. Diego y Angélica, en la cara oeste de las residencias, apenas oyen el impetuoso alborozo, dormitan, como esperando el grito autorizado de unos jueces de línea en una competencia, para marcharse en la primera de las oportunidades, como recientemente han acordado. Se pasean mentalmente por esos instantes con atribulada ansiedad.

Susana Valdez, todavía no ha logrado dormirse cabalmente, como un barco navegando en aguas turbulentas que, a ratos se calman, de vez en cuando, el sueño la atrapa durante unos minutos eternos, pero, aun así, no consiguen mover las agujas del reloj con la rapidez suficiente para verlas girar varias vueltas en el cuadrante. En alguna de sus idas y venidas oníricas ha escuchado el duelo ardoroso de los gatos. Su primera reacción fue una expresión de alegría dibujada en una sonrisa que le llega con Albertina en sus pensamientos. «¡Es *Mateo* junto a su *Matea*! ¿Qué dirá Albertina?». Se le ocurre al instante. El sueño se la ha ido ahora totalmente de sus ojos, escabulléndosele con el desenfreno amoroso de las mascotas entrando por la ventana a la izquierda de su semblante. Decide, entonces, con los ojos abiertos encajados en la penumbra, sentarse sobre la cama de un solo impulso, para luego, poniéndose de pie y tanteando el borde de la misma, ir orientándose en dirección al escandaloso amorío. Dando algunos pasos, con el grueso de su flequillo cayéndole desordenado sobre la frente, una mezcla simultánea de gestos se le fueron revelando en fortuita, pero acompasada aparición, donde iba alzando las cejas,

sus labios se le estiraban con el encanto del regodeo, y la mirada se le encendía con el brillo de quien descubre una extraordinaria novedad. «¿Vendrías conmigo?». Le llega de nuevo a sus pensamientos la oferta de Marcelo. «¿Y por qué no?». Se reitera.

Desde la calle, un vientecillo mueve las cortinas como si temiera levantarlas, es tan apagado como la claridad que por ellas ingresa, sólo hay ocasión para los rumores que trae la pesadez de las horas. A su lado, una vela con la mitad del mechero por consumir, reposa sobre una mesita junto a una caja de fósforos, rápidamente se orienta hacia ella encendiéndola, y una luz tenue se proyecta en las paredes, llenando la habitación de sombras grotescas de los objetos dentro de ella. Se alisa el cabello con las palmas de las manos, mientras busca una blusa y un pantalón corto colocados encima de una silla estacionada en una de las esquinas de la alcoba, y finalmente, en ejecución de planificada sincronía, se inclina por un par de tenis que siempre ubica al pido la cama. Al terminar de arreglarse para salir del cuarto, lanza un suspiro hondo y largo dirigiéndose fuera de éste. En una de las paredes, en una secuencia de sombras, su figura se ve agigantada moviéndose con destreza.

Los gatos en trance amoroso, continúan el romance escandaloso sin que nadie les importune. Después de unos minutos, fueron quedándose callados, y nuevamente el silencio, encumbrándose con su eterna comparecencia antes del alba, se desliza lerdo como a ninguna otra hora del día. Con una linterna que, ha recogido de una de las gavetas de la misma mesa, se encamina alumbrando sus pasos, Susana se dirige a la salida de su apartamento, abre la puerta con exquisito sigilo y la cierra detrás de sí. El corazón le late tan fuerte que en algún momento llega

a sentir que la blusa le brinca en el pecho; que sus latidos resonando con aquel fragor atropellado, impacientes retumban despertando la madrugada. Hace una pausa y suspira hondo nuevamente, recobrando el aplomo, para continuar por las escaleras. Dobla a su izquierda en descenso calculado, como contando los pasos para evitar alertar a sus vecinos pendiente abajo. Sobre su cuerpo llega a pensar que todos los ojos de quienes va dejando en el camino se han posado sobre ella, incluso percibe los murmullos agrupándolos tras los umbrales mientras la ven pasar. En algunas de los apartamentos, las puertas no están totalmente cerradas, podría empujarlas y entrar en ellos sin que lo notaran. Han pasado tantos días con estas de par en par que comienza a hacerse una costumbre para mejor ventilar sus interiores. «¿Y si no me abre?». Piensa, en dialogo excitado consigo misma con cada peldaño que va quedando atrás. «¿Y si no me escucha porque duerme profundo?». Se pregunta, cruzando frente al lugar donde vive Abelardo, Rosana y Samuel. A diferencia de Carla, Santiago y sus hijos, la entrada luce cerrada. Al frente, donde viviera el relojero, cuando la linterna ilumina el piso que antesala el ingreso a la morada, un grillo sale corriendo dispuesto a meterse a su interior por la abertura a ras del suelo, es el único sobreviviente de aquella cacería que se llevó a su pareja. El cuerpecito rayado del insecto brilla con el fogonazo que Susana le ha sorprendido justo al escabullirse dentro. El pasillo que rodea las escalinatas, cuesta abajo, parece un túnel lúgubre al final del cual la pared donde dobla a la siguiente sección, la luz de la linterna se estrella alumbrándola con visos tenebrosos. En cierto momento llega a dudar sobre continuar, titubea presa de la ansiedad, paralizándose por unos segundos antes de girar al tramo que la llevaría

a su destino; al vestíbulo que comparten los jubilados y Marcelo. Seguidamente, desciende los primeros nueve peldaños del tramo inicial y, a continuación, a su derecha, el resto de los que ya la acercan a la entrada de Marcelo. A su lado derecho, en el flanco oeste, los jubilados duermen plácidamente, se desquitan de los días infames del calor agobiante. Apenas se les oye la exhalación agitada de sus respiraciones saliendo de sus atormentados pulmones con unos ronquidos grotescos. Susana inclina su rostro en dirección al lugar de donde provienen, se cerciora que aparte de tales resuellos, ninguna otra señal se oiga, y de inmediato, vira a su izquierda, teniendo de frente el otro de los apartamentos. Ahí, donde Marcelo lanzado encima del sofá, reposa calmado su cuerpo, con su rostro mirando al amparo estelar.

Con tres toques ligeros sobre la madera, Susana rompe el ambiente mudo que embarga las horas, los distancia por unos instantes tan efímeros como el suspiro que ha dado antes de asestarlos. Se han percibido como tres martillazos que el silencio potencia exagerados en derredor, como los sonidos misteriosos que Albertina y Evaristo han escuchado en momentos tan callados como aquellos; como las canicas de Samuel estrellándose contra el piso días atrás. Marcelo, sobresaltándose, los oye nítidamente enseguida, ya sabe que no provienen del piso de arriba, vienen del acceso principal que da ingreso a su casa. Se alarma súbitamente y se incorpora sin dilación sobre la cama improvisada. Por la ventana, la claridad menguada que se asoma no tiene el fulgor de otras ocasiones. Un vacío opaco la colma como si fuese una cortina cubriendo el paisaje colorido de los días soleados, de las noches llenas de estrellas y lunas cambiantes. Respira hondo y se levanta, apoya una de sus manos sobre el espaldar del

asiento, y a tientas busca en la mesa donde descansa *El Estudiante*, la vela que ahí permanece para acompañarlo en las noches. Siguiendo el esquema que tiene en mente del espacio, recoge un encendedor y prende la mecha. La sala, entonces, recibe el resplandor del candil.

—Allí están otra vez los ruidos, ¿escuchaste los tres golpes? —cuchichea Albertina, sacudiendo el cuerpo de medio lado de su pareja— ¿Quién será, Evaristo?... Alguien toca las puertas... —insiste la mujer sobre el esposo dormido. El sueño relajante de hace unos momentos, se le ha espantado con el golpe de los nudillos asestándose sobre la madera.

—¡Duérmete, mujer, no hagas caso de eso! No hay nadie quien nos llame a estas horas y tampoco a ningunas otras. Algún día, también, a nosotros nos tocará hacer esos mismos ruidos. ¡Duérmete ya, antes que amanezca! —le contesta con un tono enérgico pero apagado, como el susurro que se hace entre las personas para no llamar la atención de otras en la cercanía.

Susana ha notado el resplandor asomándose discreto en el suelo, se anuncia por la ranura donde se cuelan el aire, el polvo del abandono, y el olvido inexorable que traen los años. Es una claridad amarillenta y temblorosa esparciéndose pobremente por la hendidura, cuya intensidad iba acentuándose oscilante a medida que se acercaba a la entrada.

—¡Marcelo... soy yo!... ¡Susana!... —susurra presurosa, pegando su boca en el filo de la puerta que descansa sobre el marco, pretendiendo con ello proyectar su voz al interior. Marcelo la oye claramente. Sorprendido, se encamina a paso rápido hasta ella, abriendo con extremo cuidado el cerrojo. Todos los pensamientos se le arremolinaron confusos sin saber qué decirle al recibirla. Simplemen-

te se miraron bajo la tenue luz, y ambos caminaron en silencio en dirección al centro de la estancia. Se fueron guiando ahora por la linterna de Susana hasta ubicarse en el sofá donde minutos antes durmiera Marcelo. Ahí, con el gesto de una mano abierta indicándole el lugar, la invita abismado a sentarse a su lado.

—Vengo a darte mi respuesta a tu pregunta de hoy —le dijo Susana rompiendo el silencio expectante. En la luz tenue, sus ojos verdes como el mar profundo, con aquella expresión escrutadora que alguna vez intentaron descubrir en su padre la razón de sus intenciones, se clavaron en las pupilas del hombre ansioso por escuchar lo que su instinto ya reconocía.

—¡Ya estoy aquí!... He venido contigo.

Un gallo escondido en las penumbras cercanas, lanza su canto al aire con el ímpetu animoso que su cronómetro preciso le urge en cada madrugada. Desde el oriente, en una lejanía remota entre las nubes, un tímido destello despunta declarando la llegada inminente del alba. El colapso eléctrico rumbo a siete días todavía persiste sin que se haya producido ningún cambio. Todos asumen que el país no podría permanecer indefinidamente así, pero pocos conservan el mismo optimismo de las horas iniciales. Cuando Marcelo, en su primera reacción ante Susana, se acercó conmovido abriendo sus brazos para recibirla en un abrazo cálido y colmado de ternura, un impacto sorpresivo, con una vibración vigorosa sobre el entorno somnoliento, se dejó sentir al energizarse todas las instalaciones eléctricas de la ciudad. Enseguida, una exclamación de palabras ausentes, surgiendo de la nada, se escuchó con estrepitosa euforia saliendo de todas partes. La electricidad acababa de sorprenderlos con su arribo inesperado. Marcelo Irausquin y Susana Val-

dez, pasmados ante el hecho, se levantan dirigiéndose al ventanal. Desde allí, las luces amarillentas de la iluminación pública, alumbraban desfallecientes una ciudad que ahora les parece extraña, como si despertando de un sueño eterno, finalmente, fuese recobrando el aliento. Contemplándola, ambos se quedan absortos sin decirse nada, dejando que sus cuerpos vayan juntándose conforme a las invisibles fuerzas de la atracción. Las palabras sobran cuando los cuerpos hablan, como ahora, bajo la todavía oscuridad interior de la estancia, la llama oscilante que proyecta sus sombras, comienza a extinguirse mientras aún sigue amparándolos. Ella, entonces, detrás de él, a su espalda, lo atenaza con aliento desesperado por la cintura, al tiempo que va dejando caer su rostro sobre aquel hombro que lo sostiene asomándose al paisaje junto al suyo. Y, como aquella pintura que cuelga de una de las paredes, reclina afectuoso su semblante, en roce tierno con el de ella. Se consuelan serenos, como dos desamparados compartiendo las mismas desventuras que los unen; las soledades que se han encontrado desde diversos caminos. Cuando nuevamente, quince días más tarde, se repita la tragedia energética, el destino los hará emigrar buscando otros horizontes.

—Tengo miedo, Marcelo. No quisiera verme, transcurridas nuestras vidas, igual que los jubilados, persiguiendo unas mascotas esquivas en medio de la pobreza.

—Yo tampoco, Susana.

FIN

Contenido

Un gato bajo el sol	5
La víspera	21
Así, lo dijo el ministro	41
La pregunta impertinente	65
Siempre un jueves	81
La inocente perspicacia	107
El sublime vértigo de la atracción sexual	119
Ciudad bajo asedio	139
La sorprendente fragilidad de la existencia	151
De aquella risa alegre no volvió a saberse	169
Las horas perdidas	181
Antes que amanezca	195

Este libro fue diseñado y exportado para su publicación en AMAZON por SULTANA DEL LAGO EDITORES, en los talleres gráficos del poeta Luis Perozo Cervantes, en Maracaibo, estado federal del Zulia, en el continente americano, del planeta tierra; a los 17 días del mes de febrero de 2021, el mismo día del año 1936 en que nace en Cabimas el boxeador **Ramón Arias**, primer venezolano en competir por un título internacional.